

2do. DOMINGO DE PASCUA: Jn. 20, 19-31

CICLO B

DEL MIEDO, A LA PAZ

El Evangelio de hoy nos presenta dos apariciones de Jesús. Es tradicional (Siglo VI) la lectura de este pasaje evangélico / el domingo siguiente a la Pascua, porque la primera aparición se dice que sucedió "al atardecer de ese mismo día, el primero de / la semana". Ese mismo día del que viene hablando el Evangelio es el día de la resurrección; y la segunda aparición, con Tomás presente, tiene lugar "ocho días después", es decir, de nuevo el / primer día de la semana, según la costumbre de enumerar los días los judíos.

Los adventistas y otras sectas dicen que los Papas cambiaron la Ley de Dios porque substituyeron el sábado por el domingo. Los Papas en la historia han hecho cosas buenas y no tan buenas; pero el domingo no es un invento de los Papas. Aquellos no tienen en cuenta textos como éste y otros del Nuevo Testamento / que señalan el domingo como día de la resurrección de Jesucristo.

Jesús resucitado se manifiesta a la comunidad reunida en domingo y esas reuniones "para partir el pan" (He. 20, 7) se siguen realizando desde los tiempos apostólicos en continuidad con esas experiencias pascuales. En la reunión dominical se hace presente Cristo resucitado.

Ciertamente, en los primeros siglos en que el cristianismo estaba fuera de la ley y era, incluso, perseguido, el domingo era un día común, no era de descanso sino de trabajo, como cualquier día. Sólo después del siglo IV, cuando el cristianismo llegó a ser religión del Imperio, el día tuvo un nombre cristiano: / dies dominica, "día del Señor".

Los demás días tienen en castellano nombres paganos: día de Marte, de Mercurio, de Júpiter, de Venus, a excepción del sábado que conserva el nombre judío.

El domingo es el día de reunión para los cristianos porque recordamos la resurrección de Jesucristo, comienzo de los tiempos nuevos del Reino de Dios.

El pasaje del Evangelio de hoy es muy rico. Presenta en forma de relato y con la maestría "contrapuntística" de Juan el cambio operado en los Apóstoles por la resurrección:

- el paso de la incredulidad a la fe;
- el paso del miedo, a la paz y la alegría;
- el paso del encerramiento, a la misión.

Los que habían huido por miedo la noche en que tomaron preso a Jesús, son presentados por Juan en un mismo lugar, pero encerrados por el miedo.

El miedo paraliza, impide crecer; un grupo unido por el miedo es destructivo. A este grupo dominado por el miedo le comunica Jesucristo resucitado el Espíritu Santo, la Fuerza de Dios para romper las ataduras del pecado, para invertir la tendencia a buscar la seguridad, la salvación, en el encerramiento e impulsar a la comunidad a la tarea en el ancho mundo: "Como el Padre me envió, así yo los envío".

La fe cristiana no se reduce a aceptar verdades acerca de otro mundo sino que implica asumir una actitud determinada en este mundo.

¿Creemos que Jesucristo resucitó? No respondamos rápidamente: "Sí, creo". Podemos engañarnos porque estamos demasiado acostumbrados a pensar en la resurrección como un hecho del pasado, como si hubiera sido algo que sucedió allá y entonces, y hubiera concluido así.

DEL MIEDO, A LA PAZ

La concebimos como un hecho de nuestra historia circunscripto y clausurado en un lugar determinado y en un tiempo determinado.

La fe cristiana afirma, ciertamente, que Jesús de Nazareth, que vivió en Palestina en el siglo I, resucitó.

Pero la resurrección de Jesús no fue un final sino un comienzo. No fue una especie de premio personal de Jesús, sino el comienzo en Jesucristo de ese mundo nuevo, de ese mundo reconciliado, de ese mundo en paz que El llamaba Reino de Dios.

Por eso, confesar: "Sí, creo que Jesucristo resucitó", significa comprometerse en la tarea de "cambiar las situaciones de vida menos humanas en situaciones de vida más humanas" (P.P. /// 20-21).

"Como el Padre me envió, así yo los envío". La misión de los creyentes en Jesucristo resucitado no es la de crear un ghetto que ofrezca una ilusoria sensación de paz porque se han cerrado las ventanas y las puertas para no escuchar los ruidos de los enfrentamientos entre los distintos grupos.

La paz que comunica Jesucristo resucitado y que en el Evangelio de hoy augura por tres veces no es fruto de técnicas psicológicas, sea que se presenten como científicas o religiosas.

La paz de Jesucristo resucitado es fruto de la justicia. De la justicia de Dios que intervino resucitando a Jesús, manifestando de qué lado estaba la justicia.

El Viernes santo, el poder religioso y político aparecieron triunfantes dando muerte al inocente Jesús. Restablecieron la paz suprimiendo a quien denunciaba la injusticia.

La paz que trae Jesucristo es totalmente distinta: Les doy mi paz, dice Jesús; esa paz que el mundo no puede dar.

Esa paz no es sólo ausencia de guerra y es incompatible con la injusticia. "Shalom" expresa una situación de integridad y plenitud física, mental y espiritual en su dimensión personal y comunitaria, el goce de la felicidad en una convivencia fraterna y reconciliada.

Esa paz es la atmósfera del Reino. Y así como hay un "ya" del Reino, que aún no ha llegado a su plenitud, hay también un "ya" de la paz.

Podemos experimentar ya hoy, como en germen, como un anticipo, la paz de Jesús. Paz con nosotros mismos.

Para ello, para encontrarnos con nosotros mismos, habrá que abrir un sendero en la maraña de las ocupaciones. El estar lleno de cosas que hacer ha llegado a ser un signo de prestigio en una sociedad en que el hombre vale por lo que produce.

Es un presupuesto para la paz re-unificar el yo disperso en tantas ocupaciones y dominar las preocupaciones aprensivas.

Reconciliarnos con nosotros mismos, con nuestros fracasos y limitaciones.

Vernos como nos ve Dios que nos ama y nos acepta, para poder también aceptarnos y amarnos.

Paz con los demás. Con el esposo, con la esposa, con los padres y con los hijos, con los compañeros de trabajo y con los vecinos...

La paz que trae Jesús no se consigue cerrando los ojos a los conflictos, ni aislándonos para ilusionarnos que no tenemos nada que ver con ellos, sino comprometiéndonos con la justicia que es el camino hacia la paz.

DEL MIEDO, A LA PAZ

Sólo pueden experimentar la felicidad de la paz los que trabajan por la paz (Mt. 5, 9). Quizás conozcan esa hermosa oración atribuida a San Francisco de Asís:

Señor:

Haz de mí un instrumento de tu paz.

Allí donde haya odio que yo ponga el amor;

Allí donde haya ofensa que yo ponga el perdón;

Allí donde haya discordia, que yo ponga la unión;

Allí donde haya duda, que yo ponga la fe...

Pero ¿dónde encontrar a Jesucristo resucitado que nos trae la paz?

No está presente en la historia de la misma manera en que estaba antes de su muerte. Pero está presente en sus signos.

¿Cuáles son los signos de la presencia de Jesucristo resucitado, hoy y aquí?

Los católicos tenemos tendencia a pensar sólo en uno de esos signos, el de la eucaristía. El Jueves Santo hablamos de él. Pero hay varios otros signos de la presencia real de Jesucristo, aunque de un modo diverso al de la eucaristía.

El pasaje evangélico de hoy presenta a la iglesia, la comunidad de los creyentes, como signo de la presencia de Jesucristo resucitado.

Jesús dijo: Donde dos o más estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

Esa expresión "unidos en mi nombre" quiere decir: viviendo mi vida, comprometidos como yo con el Padre y su Reino.

La comunidad de los creyentes hace presente a Jesucristo resucitado porque manifiesta las características del mundo nuevo en medio del mundo viejo.

En los Hechos de los Apóstoles tenemos una pintura de esa comunidad-signo: "Los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma y nadie consideraba lo que tenía como propiedad exclusiva, sino que todo era común entre ellos. Por eso ninguno padecía miseria porque se distribuía a cada uno según su necesidad" (He. 2, 42-47; 4, 32-35).

En un mundo que legaliza ordenamientos sociales y económicos donde algunos viven a costa de la miseria y de la vida de la mayoría, la existencia de un grupo que procura vivir una fraternidad concreta, no simplemente declamada, es un signo del Reino.

Pero hoy ¿la Iglesia es signo?

¿No es demasiado parecida a la sociedad de la que forma parte? ¿No están vigentes las mismas desigualdades?

Además, nuestra Iglesia está paralizada por el miedo. Miedo a los cambios culturales, a los avances científicos, a las iniciativas en los diversos ámbitos de la actividad humana que no están bajo la tutela eclesial.

Miedo a la inteligencia, a la libertad de investigación y de opinión en lo que toca a la teología, la moral, la liturgia, la historia de la Iglesia. Miedo a los laicos adultos que podrían aportar su competencia profesional a la comunidad.

El Evangelio de hoy presenta a una comunidad que no expulsa al contestatario. Tomás no cuestionó un aspecto secundario y sin embargo no fue excluido ni acallado.

En la década del sesenta, la Iglesia realizó un notable esfuerzo por superar "las distancias y rupturas ocurridas en los /

DEL MIEDO, A LA PAZ

últimos siglos, en el siglo pasado y en éste, particularmente, / entre la Iglesia y la civilización profana" (Paulo VI, 7.12.65).

El Concilio Vaticano II (1962-65) constituyó una seria tentativa de diálogo con el mundo moderno y sus valores: el reconocimiento de la libertad, de la ciencia, de la autonomía de las / realidades terrenas, etc.

Juan XXIII, un anciano Papa considerado como Papa de "transición", convocó el Concilio poniendo en transición a la Iglesia. Dijo que pretendía "abrir las ventanas para que entrara aire fresco". El movimiento siguió con Paulo VI quien, además de / la continuación del Concilio, dió valiosas orientaciones (Populorum Progressio, Octogesima Adveniens), y llegó a América Latina con Medellín y Puebla.

Pero desde hace un tiempo aparecen signos de miedo y de involución.

Es urgente una renovación de la Iglesia para que no oculte / sino que manifieste que en Jesucristo resucitado ha comenzado el mundo nuevo y es posible la esperanza.

Hoy tienen vigencia para la Iglesia las palabras con que // Juan Pablo II comenzaba su ministerio el 22 de octubre de 1978:

¡No tengan miedo! ¡Abran las puertas a Cristo!

+*****+

¡SOY YO MISMO!

Las palabras del comienzo: "contaron lo que les había pasado por el camino" se refieren al relato de la aparición a los // discípulos de Emaús que precede al pasaje de hoy y que es una de las páginas más ricas de este tercer Evangelio.

Lucas presenta la aparición a los Apóstoles y a "los demás/ que estaban con ellos" en Jerusalén, el punto de partida del E-// vangelio para el mundo (24, 49-52; He. 1, 8).

También Juan presenta las apariciones de Cristo resucitado/ en Jerusalén; la del capítulo 21 tiene como marco el lago de Genesareth en Galilea.

Después del saludo de Jesús "La paz esté con ustedes", el e// vangeliista comenta que estaban "atónitos y llenos de temor" (vs. 37). Este tema de las dudas de los once es común a los cuatro E-// vangelios (Mt. 28, 17; Lc. 24, 11, 37-41; Jn. 20, 25-29; Mc. 16, 11.13-14).

Quizás es un modo de hacer resaltar el carácter misterioso/ del resucitado: Jesús vive una vida distinta. Esto se expresa // también cuando se alude que los testigos de las apariciones teni// an dificultad en reconocer al resucitado (Lc. 24, 16; Jn. 20, 14-16; 21, 4.7.12). Jesús no es un muerto redivivo como el hijo/ de la viuda de Naím, la hija de Jairo o Lázaro. Pero es caracte-// rístico de Lucas y de Juan (20, 20-27) la insistencia en la rea-// lidad corporal del resucitado.

Los dos evangelios están dirigidos a cristianos de mentali-// dad griega. También Pablo, que en la carta a los Corintios habla de la resurrección de Cristo y de los cristianos, tiene en cuen-// ta esta realidad cultural tan diversa de la semítica.

Para los griegos, el hombre es un "alma encarnada"; tienen/ una concepción dualista del hombre. La forma concreta de esta // concepción dualista va desde la vieja tradición órfica hasta las más elaboradas de Platón y Aristóteles.

El alma es inmortal, de origen divino; el cuerpo en cambio/ es mortal, terreno.

Este dualismo llevaba al desprecio del cuerpo, que se consi-// deraba como la cárcel del alma: "sóma" (cuerpo) = "séma" (cár-// cel) (Platón: Gorgias, 47).

Es claro que, para una mentalidad griega, la muerte es vis-// ta como la liberación del alma que, finalmente, puede reintegrar se al mundo divino. El cuerpo no tiene ningún valor; condiciona// una existencia nada deseable.

Anunciar que Jesús, después de su muerte, había resucitado, provocaba el rechazo. Ese rechazo que experimentó Pablo cuando// predicó en Atenas que Jesús había resucitado (He. 17, 31-32).

En cambio, la mentalidad semita no es dualista: el hombre / bíblico es todo de una pieza. Para los semitas "el hombre es un/ cuerpo animado, no un alma encarnada" (H. W. Robinson).

El hombre, de suyo, es "carne". Así lo designa el Antiguo / Testamento. El ser carne implica una doble dimensión: vertical y horizontal.

En relación con Dios subraya la debilidad, la caducidad, la impotencia del hombre en contraposición a la fuerza y el poder, / de Dios. La carne muere; Dios es el viviente.

En su dimensión horizontal, "carne" no designa sólo al indi-// viduo aislado sino a la humanidad. La expresión corriente "toda// carne" se refiere a una colectividad humana.

¡SOY YO MISMO!

El hombre todo es frágil, mortal. La superación de esta fragilidad y mortalidad sólo se puede conseguir por el "espíritu" o "soplo" de Dios, que se presenta siempre como don gratuito.

La muerte, que los griegos veían como una liberación, era / para los judíos algo negativo y temible. Los muertos estaban separados de Yavé y de toda comunión viva con El.

Dios es únicamente Dios de los vivos. Eso explica la naturaleza con que Jesús argumenta en favor de la resurrección final, partiendo del hecho de que Dios es Dios vivo: "Con respecto a la resurrección de los muertos, ¿no han leído lo que Dios dijo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? El no es un Dios de muertos sino de vivientes" (Mt. 22, 31-32).

Pero lo que los discípulos esperaban para el fin de los /// tiempos acontece en sus días. El "ésjaton", el "fin" se hace presente en el decurso de la historia.

Los discípulos son "alcanzados" por Jesús resucitado, son / objeto de una "segunda llamada".

Lucas insiste en que el resucitado es el mismo Jesús con /// quien habían convivido los discípulos anunciando el Reino de /// Dios antes de su muerte. Pero si bien trata de expresar que es / el mismo en cuanto a su identidad, subraya a la vez que no es el mismo en cuanto a su realidad, existe de un modo distinto, no vive con la misma vida de antes, no es un cadáver "reanimado".

Jesús no "viene" sino que "aparece" de forma repentina en / medio de ellos suscitando temor... Es él... pero se diría que es tan viendo un fantasma (Lc. 24, 36-37). A continuación insiste / el evangelista en la continuidad y en la identidad: "Miren mis / manos y mis pies: yo soy el mismo" (24, 39). Se le puede ver y / tocar, y él puede comer.

"Estas dos evocaciones, espíritu y cuerpo, forman un con-// traste y se organizan en torno a la expresión: 'Yo soy el mis-// mo'" (M. Carrez).

Pretender hacer una "fisiología" del cuerpo del resucitado / es una empresa destinada al fracaso. Los evangelios no nos proporcionan más que esta afirmación de fe: "El que estaba muerto, / vive" (Lc. 24, 5.23.; He. 25, 19); y Pablo dice que el segundo Adán, Cristo, es un ser espiritual (pneuma) que da la vida (1 Cor. 15, 45).

El cuerpo es lo que permite al hombre relacionarse con el / mundo y con los otros hombres. Por una parte hace posible la comunión con los otros y el mundo y, por otra parte, limita. La // muerte comporta la modificación de esta relación.

¿Cómo se puede entender la relación de Jesucristo resucitado con la humanidad y el cosmos? Cristo resucitó como primicia / (1 Cor. 15, 23).

Hoy podemos renunciar a imaginar el "cómo" concreto de la / actuación de Dios a partir de la muerte de Jesús. En la aparición, cuyo relato escuchamos hoy, aparecen claramente los tres / pasos que caracterizan este tipo de relatos:

1) La iniciativa corresponde al resucitado. Con ello se // descarta que las apariciones fueran un producto puramente subjetivo. No fue una proyección de sus deseos sino una experiencia inesperada.

2) El segundo paso es el reconocimiento. El modo de reconocimiento es progresivo: en el hombre que viene a ellos, los discípulos ven a un hombre ordinario, un viajero (Lc. 24, 15ss.; // Jn. 21, 4), un jardinero (Jn. 20, 15); posteriormente, "reconocen" al Señor.

¡SOY YO MISMO!

Este reconocimiento es libre; el tema de la duda y la incredulidad es común a los evangelios, como veíamos. Se trata de una visión pero no de un objeto intramundano. A Jesucristo resucitado los Apóstoles lo perciben "oculata fide", según la expresión de Santo Tomás, con "fe visiva".

3) El tercer paso es la misión: Ustedes tendrán que ser // mis testigos: "Ustedes son testigos de todo esto" (Lc. 24, 48).

La presencia de Jesucristo resucitado no es estática sino / dinámica. El reconocimiento de Cristo resucitado no se cierra en un pseudo-espiritualismo místico sino que comporta la invitación a continuar la obra de Jesús, la misión de Jesús (Mt. 28, 19; // Mc. 16, 15; Lc. 24, 48; Jn. 20, 21).

Hay que tener en cuenta que nuestra situación de creyentes/ hoy, es muy diversa a la de los primeros testigos. Subrayan esta diversidad las palabras de Jesús en el Evangelio de Juan: "Has / creído porque me has visto. Felices los que creen sin haber visto" (Jn. 20, 29).

El sentido de los cuarenta días de que hablan los Hechos, / es, justamente, iniciar a los Apóstoles en este nuevo tipo de // presencia (He. 1, 3).

La predicación apostólica surge de las apariciones pascua- / les y no parece casual que muchas de las apariciones se realicen en el contexto de una comida. En el signo de una comida, Jesu-// cristo resucitado se encuentra otra vez, de un modo nuevo, con y entre los suyos. La Palabra y la Eucaristía son el lugar genuino del encuentro con el resucitado; el kerigma y el culto.

"La nueva concesión de la comunión de mesa, después de que / los discípulos habían roto la comunidad con Jesús por la nega-// ción y la huida, es al mismo tiempo signo de perdón... De este / modo, Eucaristía y penitencia no se deben primariamente a un acto institucional aislado por parte de Jesús. Están implicados en la resurrección y las apariciones del resucitado; son expresión, a modo de signo, de la nueva presencia de Jesús con los suyos" / (W. Kasper).

Teniendo presente lo que decíamos, podemos hacer nuestra la expresión de W. Marxsen: "La causa de Jesús continúa".

Creer en la resurrección de Jesucristo es dar testimonio de la victoria de la vida sobre la muerte, es anunciar la Buena Noticia de un Dios viviente y vivificador. La fe en la resurrec-// ción es la fe en Dios Salvador.

Decía Karl Barth que "la expresión 'resurrección de los /// muertos' no es otra cosa para Pablo que una perifrasis de la palabra 'Dios'".

Ser testigo no es primariamente anunciar con palabras la vi- / da nueva sino vivir de un modo nuevo.

Como lo expresa Pablo: "Es necesario renunciar a la vida // que se llevaba, hay que despojarse del hombre viejo... hay que / renovarse en lo más íntimo del espíritu y revestirse del hombre/ nuevo, creado a imagen de Dios en la justicia y santidad verdade- / ra" (Ef. 4, 22-24).

El hombre nuevo es el que se ha "revestido de Cristo. Por / tanto ya no hay judío ni pagano, ya no hay esclavo ni libre, ya / no hay varón ni mujer, porque todos son uno en Cristo Jesús" /// (Gál. 4, 27-28).

La fuerza del Espíritu, que resucitó a Jesús, hace estallar / las divisiones entre los hombres y crea una comunidad de hombres / nuevos.

14.04.91

- 4 -

8

¡SOY YO MISMO!

Una comunidad solidaria en un mundo envejecido por el egoísmo.

"Cristo (resucitado) es nuestra paz... derribó el muro de enemistad... por medio de Cristo todos, sin distinción, tenemos acceso al Padre en el mismo Espíritu" (Ef. 2, 14-18).

+#####+

4to. DOMINGO DE PASCUA: Jn. 10, 11-18

CICLO B

EL PASTOR AUTENTICO Y LOS PASTORES

La representación de Jesucristo como pastor es más bien rara en este tiempo. En cambio, en los primeros siglos de la Iglesia era muy común. En las catacumbas romanas, que no eran un refugio para los cristianos durante las persecuciones sino cementerios cristianos que nos conservan las más antiguas manifestaciones artísticas que poseemos, la imagen del buen pastor es la manifestación más frecuente.

Se conservan unas trescientas entre esculturas (150) y pinturas (120). Se lo representa con una oveja sobre los hombros o guiando un rebaño.

En algunos pasajes del A. T. se aplica la imagen del pastor a Yavé (Salmos 23; 79, 13; 80, 2; 95, 7; Isaías 40, 11; Ezequiel 34, 11-31; Miqueas 7, 14).

También los dirigentes de Israel son llamados pastores. Yavé les encarga a ellos el cuidado y la guía de su pueblo (Números 27, 15-17; Miqueas 5, 1-4).

Los profetas denuncian el mal desempeño de los pastores, y anuncian para los últimos tiempos la intervención de Yavé y del Mesías-pastor, descendiente de David (Ezequiel 34, 1-31; Jeremías 23, 1-6).

La imagen de Jesús pastor aparece ya en los evangelios sinópticos. "He sido enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mt. 15, 24), afirma Jesús.

Refiriéndose a los que lo siguen, les dice: "No temas, pequeño rebaño" (Lc. 12, 32).

Cuando toman preso a Jesús y los Apóstoles huyen, Mateo cita la profecía de Zacarías: "Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño" (Mt. 26, 31; Zac. 13, 7).

Jesús justifica su actitud con los pecadores con la parábola de la oveja perdida: "Cuando la encuentra la carga sobre sus hombros, lleno de alegría" (Lc. 15, 1-7).

El Evangelio de Juan no presenta la imagen del buen pastor en un marco de serena belleza bucólica. El contexto lo constituye un enfrentamiento dramático entre Jesús y los fariseos.

En el capítulo anterior (9), se relata la curación que hace Jesús de un ciego de nacimiento. Los fariseos se niegan a reconocer el milagro y expulsan al recién curado de la sinagoga. Jesús denuncia la obstinada ceguera de los fariseos.

En este contexto se inserta la parábola. Jesús afirma: Yo soy el buen pastor, el pastor auténtico. Los otros pastores, los fariseos dirigentes del pueblo, no son auténticos pastores.

La pintura de los malos pastores se inspira en Ezequiel 34. Son mercenarios que buscan su propio interés, no el bien de las ovejas. Por eso, frente al peligro, cuando viene el lobo, se ponen ellos a salvo y abandonan a las ovejas a su suerte. Yo soy el pastor auténtico, repite Jesús; he venido para que las ovejas tengan vida en abundancia. Más aún, afirma, doy mi vida por las ovejas.

Esta imagen del pastor tomada de la vida pastoril de aquellos tiempos integra diversos rasgos: El pastor guía, conduce hacia los pastos y el agua, hace vivir. Defiende de los enemigos, ahuyenta todo lo que se opone a la vida; da un sentido de protección y seguridad.

EL PASTOR AUTENTICO Y LOS PASTORES

Entre el pastor y las ovejas se da una tierna relación afectiva: conoce y llama a las ovejas, éstas reconocen su voz y lo siguen.

No van a seguir a un extraño: se apartarán de él porque no les inspira confianza.

Jesucristo es el pastor auténtico de la Iglesia.

Es el pastor ecuménico: "Tengo otras ovejas que no son de este corral; oirán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor" (vs. 16).

Hay que tener en cuenta que cuando fueron escritos los Evangelios, y particularmente el Evangelio de Juan que se suele ubicar alrededor del año 100, ya las comunidades cristianas tenían en los distintos lugares su organización elemental.

No nos podemos extender sobre esto, pero hoy tenemos muchos estudios acerca de las iglesias del Nuevo Testamento: las iglesias paulinas: Corinto, Galacia, Filipos, etc.; la primitiva comunidad de Jerusalem; las iglesias de las cartas pastorales, etc.

"Lo que caracteriza al conjunto de las comunidades de la primitiva iglesia es que se consideraban a sí mismas como una comunidad fraterna en la que todos se hallaban sometidos al mismo Señor y se encontraban vinculados entre sí por un servicio fraterno."

"Por eso sus dirigentes, ya fuesen Apóstoles con autoridad plena, o carismáticos suscitados por el Espíritu, u hombres elegidos por la comunidad, estaban de tal manera enraizados en la comunidad misma que ésta aparecía como la que en realidad actuaba. Sin la anuencia de la comunidad, seguramente serían impensables las decisiones más importantes" (R. Schnackenburg, CONCI-LIUM Nº 77 (1972), pág. 28).

Ya en la vida de las comunidades se comenzaron a manifestar discusiones y diversas interpretaciones, algunas de las cuales fueron desautorizadas como erróneas.

También se tuvo la experiencia de malos dirigentes, de malos administradores o pastores. Mateo (24, 45-51) y Lucas (12, 42-46) traen la parábola de los dos administradores: el fiel y el mal administrador.

Las severas advertencias acerca de los malos pastores en la alegoría del buen pastor conservan su validez para todo el tiempo de la Iglesia.

La carta de Pedro se pone en esta misma línea aunque en forma exhortativa: "Exhorto a los presbíteros que están entre ustedes...; apacienten el rebaño de Dios que les ha sido confiado, velen por él no forzada sino espontáneamente, como lo quiere Dios; no por un interés mezquino, sino con abnegación, no pretendiendo dominar a los que les han sido encomendados, sino siendo de corazón ejemplo para el rebaño. Y cuando llegue el jefe de los pastores, recibirán la corona imperecedera de la gloria" (1º Pedro, 5, 1-4).

Los pastores, para decirlo con la expresión del Vaticano II, "hacen presente a Cristo Pastor y Cabeza", pero no lo substituyen.

Es Jesucristo, el pastor auténtico, quien guía a la Iglesia por su Espíritu y suscita en ella los diversos servicios y ministerios (1 Cor. 12).

A pesar de que hace más de 25 años que acabó el Concilio Vaticano II, sigue vigente la concepción de una Iglesia clerical.

EL PASTOR AUTENTICO Y LOS PASTORES

Cuando se piensa o habla de la Iglesia se comienza por el / Papa, los obispos y los sacerdotes; después vienen los laicos.

A la Iglesia se la concibe como una sociedad de servicios / dirigida por la jerarquía. Sigue prevaleciendo la concepción de / la Iglesia como una sociedad en dos estratos: "Nadie puede igno- / rar que la Iglesia es una sociedad desigual en la que Dios desti- / nó a unos para ser gobernantes y a otros para ser servidores. Es- / tos son los laicos; aquéllos, los clérigos" (Gregorio XVI. 1831 / 1846). Pío X, a comienzos de este siglo, es aún más tajante: "So- / lamente el colegio de los pastores tiene el derecho y la autori- / dad de dirigir y gobernar. La masa no tiene otro derecho que el / de dejarse gobernar como rebaño obediente que sigue a su pastor".

El Vaticano II enseñó claramente lo contrario: "En la Igle- / sia de Cristo no hay ninguna desigualdad... es común la digni- / dad..." (L.G. 32). (Ver todo este apartado y el hermoso texto / de San Agustín que se cita al final).

El Vaticano II intenta superar la eclesiología barroca que / era una "jerarcología" y volver al Nuevo Testamento.

La Iglesia es una fraternidad: "El único maestro es el Cris- / to y todos ustedes son hermanos" (Mt. 23, 8).

El documento sobre la Iglesia que citábamos, "Lumen Gen-/// / tium", trata en el Capítulo II sobre el Pueblo de Dios, y sólo / después, en el Capítulo III, trata de la estructura jerárquica / de la Iglesia y da la siguiente explicación del orden seguido:

- Se pone en primer lugar la consideración del pueblo por- / que "En el plan de Dios, el pueblo y su salvación son el fin; la / jerarquía, en cambio, se ordena como medio a ese fin" (Comisión / Teológica, Schema de Ecclesia, 1964).

No se puede hablar del ministerio sin explicitar lo que es / la Iglesia y su misión. Sólo en este contexto es posible delinear / la figura del pastor. El ministro no está fuera o sobre la I- / glesia, sino formando parte de la fraternidad. De otra manera, / se concibe el ministerio cristiano a la manera del sacerdocio pa- / gano: intermediario entre la divinidad y el pueblo.

El enraizamiento del presbítero y del obispo en la comuni- / dad dará la posibilidad de que ésta pueda intervenir en la elec- / ción y formación de sus pastores, de acuerdo a la norma vigente / durante siglos en la Iglesia y que aún hoy perdura en ciertos lu- / gares: "El que debe presidir a todos debe ser elegido por todos" / (León Magno. 440-461).

En el siglo XVI, como consecuencia de los decretos de refor- / ma del Concilio de Trento, se comenzaron a crear los seminarios, / esos internados para la formación de los sacerdotes.

Esa iniciativa respondía a una situación muy lamentable del / ministerio presbiteral.

En Europa central, el movimiento de la Reforma iniciado por / Lutero había reclutado muchos adeptos entre los sacerdotes. Se / hacía necesario preparar sacerdotes idóneos para un movimiento / de "contrareforma católica".

Por otra parte, hay una superabundancia de sacerdotes en // / Francia, en España, en Italia.

Pero habría que hablar de una especie de proletariado sacer- / dotal que se debate en la miseria material y moral. Se trata de / los llamados "curas de misa y olla", en su gran mayoría ignoran- / tes y dependientes de los señores a cuyo servicio estaban.

Menéndez y Pelayo dice en "Los heterodoxos españoles": "En / el siglo XVI, la tercera parte de España eran frailes y monjas".

EL PASTOR AUTENTICO Y LOS PASTORES

Era una afirmación algo retórica, pero cercana a la realidad.

Por las calles de Nápoles corría el proverbio: "Se vuoi andare al inferno, fatti prete": "Si quieres ir al infierno, hazte cura"...

Para hacer frente a esta situación surgen los seminarios // que, aislando a los candidatos de un ambiente convulsionado, ponen el acento en la formación espiritual e intelectual.

Se pone como ideal un tipo de sacerdote con rasgos monacales, insistiendo en su separación sagrada con respecto al pueblo (clero). Es el "mediador entre Dios y los hombres" que dispone de los poderes sagrados de consagrar la eucaristía y perdonar los pecados.

Si los seminarios fueron, con sus limitaciones, una respuesta a la situación del siglo XVI, mantener hoy, para la formación de los sacerdotes, el seminario según el modelo tridentino, constituye un anacronismo de consecuencias perniciosas para la vida de la Iglesia.

¿Cómo debe ser el presbítero de los próximos años? ¿Debe // ser "como siempre", "sacerdos in aeternum"?

Quienes piensan en una imagen inmutable del presbítero ignoran los cambios habidos en los 20 siglos de historia de la Iglesia.

¿Qué es la Iglesia y cuál es su misión hoy y mañana?

Sólo a partir de la concepción de la Iglesia y su misión en el mundo de hoy, será posible delinear la imagen del presbítero/ y los medios para mejor prepararlos.

+###+

IGLESIA PEREGRINA: SEGUIMIENTO Y ABANDONO

Esta comparación, esta metáfora de la vid, aplica a Jesu-// cristo una imagen del Antiguo Testamento.

El profeta Isaias compara a Israel a un viñedo plantado y / cuidado por Yavé. A pesar de los cuidados, la parra no produjo u vas dulces sino agrias. Por eso Yavé va a abandonar su viña (5,7 1-7). También Isaias 27, 2-6; Oseas 10, 1; Jeremías 2, 21; Salmo 80, 9-12; 15-17.

El evangelista pone en boca de Jesús: Yo soy la vid verdade ra.

El cuarto evangelio ve cumplidas en Jesús imágenes y metáfo ras del Antiguo Testamento como la serpiente de bronce, el pan 7 del cielo, la fuente de agua viva, el buen pastor, etc.

La imagen de la vid aplicada a Jesús expresa que él es el / nuevo Israel. Pero la imagen se refiere no a Jesús solo sino a / la unión vital de los creyentes con Jesús.

Es una imagen de la comunidad cristiana. Así como en una // planta las ramas sólo pueden producir fruto si están unidas a la planta, así los discípulos, los cristianos, tienen que estar uni dos a Jesucristo para vivir fructuosamente.

Todo miembro de la comunidad de Jesús tiene que crecer y re alizar una misión.

El fruto se puede expresar con la imagen del hombre nuevo / que se va concretando a nivel de individuo y de comunidad.

"Al sarmiento que no da fruto, lo corta, lo tira y se se-// ca..."

La rama que no da fruto representa al que pertenece exte-// riormente a la comunidad pero no de corazón. "No se salva, aun-// que esté incorporado a la Iglesia, quien no perseverando en el a mor permanece en el seno de la Iglesia "corporalmente" pero no 7 "de corazón"... serán juzgados con mayor severidad" (Lumen Gen-// tium, 14).

La unión con Jesús se expresa con la imagen de estar vivifi cados con la misma savia.

Los cristianos están animados por el dinamismo del amor, // por el espíritu que anima a Jesús. Y esto sucede cuando se acep ta vitalmente el mensaje de Jesús: Si "mis palabras permanecen / en ustedes".

Esta metáfora de la vid es una invitación para reflexionar/ sobre la Iglesia. Sólo será posible aludir a algún aspecto de un tema amplio y complejo.

La Iglesia es la comunidad de los que creen que Jesús es el salvador (L.G. 9).

Durante estos veinte siglos de historia de la Iglesia nos / encontramos con diversos tipos o formas de la Iglesia, ya desde/ el Nuevo Testamento.

No responde a una Iglesia inmutable a través de los siglos/ lo que conocemos por la historia. ¿Qué distinta es la Iglesia de Jerusalén de los Hechos de la Iglesia oficial del siglo IV; qué/ distinta la Iglesia del siglo XIII y la de la contrarreforma en / el siglo XVII! Uno de los aportes más importantes del Vaticano II es la reafirmación de la historicidad de la Iglesia. El no tenerlo

IGLESIA PEREGRINA: SEGUIMIENTO Y ABANDONO

en cuenta lleva a absolutizar concreciones históricas contingentes. Así ha sucedido, por ejemplo, con el medioevo (1).

Explícita o implícitamente, la imagen idealizada de la cristiandad, esa situación en que la Iglesia ejercía su influencia en todos los ámbitos de la sociedad, es considerada por muchos como lo que debe ser la Iglesia. Hay movimientos que tienden a una restauración del medioevo; con "computadoras", pero medioevo al fin.

La palabra "iglesia" evoca en la mayoría, fuera y también dentro de la Iglesia, una institución internacional presidida por el Papa y regentada por los obispos cuyas directivas llevan a cabo los sacerdotes.

Esta reducción de la Iglesia a la jerarquía ha nacido en el contexto de la lucha contra los protestantes en el siglo XVI y se expresa en la definición abreviada de Belarmino (1586-1593): "Iglesia es la sociedad de los fieles cristianos cuya cabeza es el Papa".

Esta definición, que sólo menciona el aspecto externo y jurídico de la Iglesia, es consecuencia de una reducción apologética antiprottestante. No expresa la riqueza del misterio de la Iglesia.

Ciertamente, la Iglesia de Jesús no es un grupo anárquico: desde los comienzos hubo autoridades de diverso tipo. Pero la comunidad de los creyentes es una fraternidad y la autoridad está al servicio de la vida fraternal. No pocas veces los dirigentes de la Iglesia han confundido servicio con dominio: "No llamen a nadie maestro; ustedes tienen un único maestro, el Cristo, y todos ustedes son hermanos" (Mt. 23, 8). "Entre ustedes los dirigentes no tienen que ser como los que gobiernan las naciones; entre ustedes deben ser servidores" (Mc. 10, 41-45).

No todo lo que ha sucedido durante la historia de la Iglesia es obra del Espíritu Santo. Tampoco, no todo lo que hoy se da en la Iglesia católica (el modo como se eligen el Papa, los obispos y los sacerdotes; la forma en que ejerce su autoridad el Papa y la Curia vaticana; el no reconocimiento de la corresponsabilidad de los laicos, etc.), estas formas concretas que tiene la Iglesia católica en este final del segundo milenio, no se pueden considerar como características irreformables de la Iglesia de Cristo. Más bien son aspectos que hay que reformar.

Así como la psicología y la sociología nos "liberan" del "peso" del presente, la historia nos "libera" del "peso" del pasado. El recorrer los siglos que nos separan de los orígenes con el oído atento para "discernir los espíritus" hace posible descubrir el origen y la evolución de las características que presenta la Iglesia hoy. La confrontación de las diversas autocomprensiones de la Iglesia posibilita descubrir la unidad en la diversidad.

Ignorar ese pasado comporta el riesgo de considerar como constitutivo irrenunciable costumbres o enseñanzas que han entrado en la Iglesia como consecuencia de fortuitas circunstancias. O, por el contrario, no percibir la carencia u obscurecimiento de un aspecto fundamental de la identidad de la Iglesia de Cristo.

La asunción lúcida del propio pasado y del propio presente es una condición de salud, sea para cada persona individual como para la comunidad de los creyentes en Cristo.

Una Iglesia que quiere responder en el presente a su misión de anunciar el evangelio de la esperanza, no puede hacerlo de u-

(1) que ha sido considerado como la edad de oro en la historia de la Iglesia.

IGLESIA PEREGRINA: SEGUIMIENTO Y ABANDONO

na manera creíble si pretende esconder o pasar por alto su infidelidad al mensaje. De hacerlo, seríamos semejantes a los "escritas y fariseos hipócritas" (Mt. 23, 23-28). "No nos predicamos a nosotros mismos sino a Cristo Jesús, el Señor" (2 Cor. 4, 5).

Como cristianos hemos recibido el encargo de transmitir una invitación a la vida de parte de Dios, una vida para todos, no sólo para algunos.

Por eso no podemos aceptar como necesario un ordenamiento que deje a la gente sin trabajo y a las familias en la calle; que, a pesar de las declaraciones, mantenga la impunidad de asesinatos y ladrones; que atente contra la salud y la vida de millones de personas, particularmente jubilados y pensionados, a quienes se pagan sueldos de hambre.

La Iglesia, la comunidad de los creyentes en Cristo, tiene que tener en cuenta que muchos, católicos y no católicos, quieren que cumpla la función de garante sagrado del orden establecido y que contribuya a aplacar las reivindicaciones populares.

Por el contrario, continuar hoy la misión de Jesús anunciando la Buena Noticia a los pobres (Lc. 4, 18), exige no sólo cambiar de lenguaje sino cambiar la ubicación en la sociedad aunque esta opción signifique perder la protección del poder.

El Sínodo de los obispos (1971) afirmaba: "La acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del evangelio, es decir, de la misión de la Iglesia para la redención del género humano y la liberación de toda situación opresiva".

"El anuncio de la salvación del hombre más allá de la muerte sin el compromiso por una existencia digna del hombre en este mundo sería una deformación mítica del mensaje cristiano. Frente a tal deformación, que desgraciadamente ha tenido lugar en el pasado y constituye aún actualmente una traición al verdadero cristianismo, es plenamente válida la crítica marxista de la religión como "opio del pueblo" (J. Alfaro).

Además de la crítica marxista, se han hecho muchas críticas a la Iglesia en otros tiempos y en los más cercanos a nosotros.

Y usted, ¿qué piensa de la Iglesia? ¿La mira desde fuera, como si fuera un asunto del Papa, los obispos y los curas? ¿La siente como un peso del que desearía sentirse libre? ¿La siente como la responsable de un legalismo represivo que carga de culpa todo placer y mira con desconfianza la alegría de vivir? ¿Piensa que se puede ser cristiano sin iglesia?

A los ataques ha sucedido, en amplios sectores, la indiferencia con respecto a la Iglesia. Los ataques vienen casi exclusivamente de algunas sectas.

Ciertamente, no se puede desconocer que también en nuestro país hay manifestaciones de religiosidad popular que congregan grandes multitudes. No hay duda que la gente más pobre sigue refiriéndose a la Iglesia cuando se trata del sentido de su vida. Ante la ofensiva de las sectas, muchos se integran a ellas por qué se sienten reconocidos como personas; en algunos casos se les posibilitan experiencias religiosas. Algunos vuelven; después de un tiempo, abandonan los nuevos grupos.

El éxito de las sectas y de otros movimientos nos pone serios interrogantes. Sobre todo, apunta a la falta de vivencia comunitaria en la Iglesia católica. Un camino parece ser la formación de pequeñas comunidades. Eso acrecentará el sentido comunitario de nuestras misas dominicales.

IGLESIA PEREGRINA: SEGUIMIENTO Y ABANDONO

na manera creíble si pretende esconder o pasar por alto su infidelidad al mensaje. De hacerlo, seríamos semejantes a los "escritas y fariseos hipócritas" (Mt. 23, 23-28). "No nos predicamos a nosotros mismos sino a Cristo Jesús, el Señor" (2 Cor. 4, 5).

Como cristianos hemos recibido el encargo de transmitir una invitación a la vida de parte de Dios, una vida para todos, no sólo para algunos.

Por eso no podemos aceptar como necesario un ordenamiento que deje a la gente sin trabajo y a las familias en la calle; que, a pesar de las declaraciones, mantenga la impunidad de asesinatos y ladrones; que atente contra la salud y la vida de millones de personas, particularmente jubilados y pensionados, a quienes se pagan sueldos de hambre.

La Iglesia, la comunidad de los creyentes en Cristo, tiene que tener en cuenta que muchos, católicos y no católicos, quieren que cumpla la función de garante sagrado del orden establecido y que contribuya a aplacar las reivindicaciones populares.

Por el contrario, continuar hoy la misión de Jesús anunciando la Buena Noticia a los pobres (Lc. 4, 18), exige no sólo cambiar de lenguaje sino cambiar la ubicación en la sociedad aunque esta opción signifique perder la protección del poder.

El Sínodo de los obispos (1971) afirmaba: "La acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del evangelio, es decir, de la misión de la Iglesia para la redención del género humano y la liberación de toda situación opresiva".

"El anuncio de la salvación del hombre más allá de la muerte sin el compromiso por una existencia digna del hombre en este mundo sería una deformación mítica del mensaje cristiano. Frente a tal deformación, que desgraciadamente ha tenido lugar en el pasado y constituye aún actualmente una traición al verdadero cristianismo, es plenamente válida la crítica marxista de la religión como "opio del pueblo" (J. Alfaro).

Además de la crítica marxista, se han hecho muchas críticas a la Iglesia en otros tiempos y en los más cercanos a nosotros.

Y usted, ¿qué piensa de la Iglesia? ¿La mira desde fuera, como si fuera un asunto del Papa, los obispos y los curas? ¿La siente como un peso del que desearía sentirse libre? ¿La siente como la responsable de un legalismo represivo que carga de culpa todo placer y mira con desconfianza la alegría de vivir? ¿Piensa que se puede ser cristiano sin iglesia?

A los ataques ha sucedido, en amplios sectores, la indiferencia con respecto a la Iglesia. Los ataques vienen casi exclusivamente de algunas sectas.

Ciertamente, no se puede desconocer que también en nuestro país hay manifestaciones de religiosidad popular que congregan grandes multitudes. No hay duda que la gente más pobre sigue refiriéndose a la Iglesia cuando se trata del sentido de su vida. Ante la ofensiva de las sectas, muchos se integran a ellas por qué se sienten reconocidos como personas; en algunos casos se les posibilitan experiencias religiosas. Algunos vuelven; después de un tiempo, abandonan los nuevos grupos.

El éxito de las sectas y de otros movimientos nos pone serios interrogantes. Sobre todo, apunta a la falta de vivencia comunitaria en la Iglesia católica. Un camino parece ser la formación de pequeñas comunidades. Eso acrecentará el sentido comunitario de nuestras misas dominicales.

IGLESIA PEREGRINA: SEGUIMIENTO Y ABANDONO

Pero tenemos que tener en cuenta que la continuidad de la Iglesia a través de los siglos, con sus luces y sombras, ha hecho posible que Jesús de Nazareth no quedara reducido al recuerdo de un personaje del pasado.

La tradición viviente de la fe de la Iglesia hizo posible / nuestro encuentro de fe con Jesucristo. Ese es el encargo, la misión que tenemos como cristianos para el presente y para el futuro.

La tradición de la fe no es como un baúl que contiene cosas viejas; es como una planta enraizada en los orígenes del evangelio que integra vitalmente las manifestaciones antiguas con las actuales.

Hemos recibido la misión de transmitir el evangelio viviente que recibimos "sin poner más condiciones que las indispensables" (Hechos, 15, 28).

El formar parte de la Iglesia de Jesucristo no sólo corporalmente sino de corazón (L.G. 14), no comporta un estrechamiento del campo del pensamiento ni un cercenamiento de la vida humana en plenitud.

Cuánto mal se hacen a sí mismos y a la imagen de la Iglesia esos pretendidos católicos que han substituido la buena noticia de la liberación ("Ustedes, hermanos, han sido llamados a la libertad" repetía San Pablo, Gál. 5, 13) por una ley esclavizante.

Los que defienden fanáticamente las verdades y las prohibiciones morales que hay que aceptar para pertenecer a la Iglesia católica: "Con semejantes amigos, ¿quién necesita enemigos?".

El pertenecer a la Iglesia católica no implica estar de acuerdo y aceptar todo lo que diga o haga el párroco, o el obispo o el Papa.

Muchos fuera, y no pocos dentro de la Iglesia, atribuyen a todas las manifestaciones de los dirigentes de la Iglesia, sobre todo de los obispos y del Papa, un carácter de obligatoriedad // que las más de las veces no tienen. Se ha llegado a decir: "Entre ustedes es como en el ejército: hay que obedecer a los que mandan".

Pertenecer a la Iglesia de Jesucristo es saberse unidos a tantas y tantos que van abriendo brecha, que van realizando el hombre nuevo.

No sólo estamos unidos con los que todavía viven, sino con todos los que nos han precedido: Juan XIII, Francisco de Asís, Tomás Moro... y cada uno tendrá algunos con quienes se siente // más en comunión, es la común unión de los creyentes, lo que se llama "comunión de los santos".

Formar parte de la Iglesia de Jesucristo implica rechazar / todo lo que vaya en contra de la vida y estar abiertos a "todo lo verdadero y noble, todo lo justo y puro..." (Fil. 4, 8), todo lo que haga una vida más humana para todos (P.P. 20-21).

+*****+

6to. DOMINGO DE PASCUA: Jn. 15, 9-17

CICLO B

AMAR COMO JESUS

Este pasaje del Evangelio es continuación del que escuchábamos el domingo pasado. A la imagen de la unión de la vid y los 7 sarmientos, entre la parra y sus ramas, se habla en este pasaje/ de la amistad entre Jesús y sus discípulos.

El tipo de relación entre Jesús y nosotros -y lo podemos extender, el tipo de relación entre Dios y nosotros- no es el de amo y esclavos sino el de amigos: Ustedes no son mis sirvientes 7 sino mis amigos.

Y el evangelista explica: los esclavos ignoran lo que hace/ su señor; en cambio los discípulos conocen lo que Jesús ha aprendido del Padre.

En el Evangelio de Juan, compartir el conocimiento es compartir la vida, es una manera de expresar: vivimos la misma vida, estamos animados por la misma fuerza vital. Aunque aquí no lo nombra, el Espíritu Santo es quien posibilita esa unión en la verdad. Como se afirma en el capítulo siguiente del Evangelio: / "El Espíritu de la verdad los conducirá a la verdad total" (16, 13). Y ese mismo Espíritu es el Espíritu del amor que une a Jesús con sus amigos.

Ser amigo de Jesús es fruto de una opción libre. Yo puedo elegir seguirlo o no, aceptarlo o no. Pero dice Jesús: Esa decisión de ustedes es, en realidad, la respuesta a un llamado.

En este caso no se sigue la costumbre lógica de que los discípulos elijan al maestro; aquí es el maestro el que elige a estos discípulos-amigos. No los admite en condiciones de inferioridad sino de amistad.

El objetivo de la llamada es la misión. No pretende Jesús / formar un círculo cerrado. El llamado a los amigos es para que / continúen la misión que Jesús ha recibido del Padre: anunciar // con palabras y acciones el Reino de Dios.

Este es el criterio que verifica nuestra unión con el Padre y con Jesús.

La dedicación al bien del hombre como lo hizo Jesús constituye la prueba de que permanecemos en el amor de Dios, de que estamos unidos a Dios, ya que Dios es amor, como lo afirma la 1ra. Carta de Juan:

"Amémonos unos a otros... el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor" (4, 7-8)

'Dios es amor' es una revolución en la concepción de Dios. Decía, por ejemplo, Platón: "Si fuéramos dioses no podríamos amar porque en Dios no hay ninguna aspiración ni ninguna necesidad".

Por eso lo que nos asemeja a Dios es amar como Jesús: "Amenarse unos a otros como yo los he amado".

Es la misma enseñanza de Pablo en sus cartas: "Traten de imitar a Dios como hijos suyos muy queridos, y vivan amando como Cristo que nos amó y se entregó por nosotros" (Ef. 5, 1-2).

La característica distintiva de los amigos de Jesús es amar a los demás como El (Jn. 13, 34-35). Por eso, afirmar que lo propio del cristianismo es el amor al prójimo es algo ambiguo.

Lo propiamente característico del cristianismo es amar como lo hizo Jesús. Sólo así podemos imitar a Dios, a Quien no hemos/

AMAR COMO JESUS

visto: "A Dios no lo vio nadie; nos lo ha manifestado su Hijo único" (Jn. 1, 18)

Los Evangelios nos transmiten las enseñanzas y las acciones de Jesús; en ellos podemos aprender qué entiende Jesús por amor.

Jesús vivió hace casi dos mil años en Palestina, una pequeña y pobre región bajo dominio romano. Durante unos tres años anunció el Reino de Dios, particularmente por medio de parábolas, curó enfermos y se enfrentó con escribas y fariseos.

El enfrentamiento sobrevino como consecuencia de la actitud de Jesús que ponía el bien del hombre sobre el sistema religioso. De hecho la sociedad en que vivió Jesús era una sociedad sacerdotal.

El amor liberador de Jesús por la gente lo lleva a oponerse al ordenamiento vigente simbolizado en el sábado. En los oídos de los dirigentes, escribas y fariseos, y de sus seguidores había sonado como una consigna revolucionaria y blasfema la afirmación: "No está hecho el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre".

Jesús, que en el Evangelio de hoy nos dice: "Amense unos a otros como yo los he amado", tuvo de hecho una actitud muy distinta con Pedro y con Herodes, no trató de la misma manera a Zaqueo y a la prostituta que a los escribas y fariseos. En el Evangelio Jesús amó a todos, pero no a todos de la misma manera.

Una vez, para ilustrar el mandamiento del amor, contó la parábola del buen samaritano. Es un relato que va en contra de los cánones de la enseñanza moral.

La parábola pone en mala luz a la casta sacerdotal y presenta como modelo a un samaritano, un hereje despreciado por los judíos.

Un hombre había caído en manos de asaltantes que le robaron todo lo que tenía y lo castigaron ferozmente, dejándolo medio muerto. Pasó por allí un sacerdote, lo vio y siguió de largo. Pasó también por ahí otro encargado del culto, lo vio y siguió de largo.

Finalmente pasó por allí un samaritano, lo vio y se conmovió. Se acercó a él y lo ayudó, lo llevó a un albergue y pagó por él.

Jesús preguntó: "¿Cuál de los tres se comportó como prójimo del que fue víctima de los ladrones?". La respuesta era clara: el que lo asistió. Entonces dijo Jesús: "Hagan ustedes lo mismo" (Lc. 10, 29-37).

Amar no es sólo mirar y sentir sino conmoverse y actuar: "Obras son amores y no buenas razones", dice el proverbio español.

Hace varios años, un sacerdote colombiano explicaba esta parábola a un grupo de campesinos. Uno de ellos le preguntó: "Padre, ¿qué hubiera hecho el samaritano si hubiera llegado antes, si hubiera llegado mientras los ladrones estaban robando y castigando a ese hombre? ¿Qué actitud hubiera tomado el samaritano?"

El sacerdote contestó: "No lo había pensado...". A lo que replicó el campesino: "¡Qué lástima, Padre, porque esa es nuestra situación actual!".

De una manera muy sencilla, el campesino planteó el problema real con que se encuentra el cristiano que hoy quiere poner en práctica el mandamiento de Jesús.

AMAR COMO JESUS

Vivimos en un mundo conflictivo en que se enfrentan grupos/ con intereses contrapuestos. Y en este conflicto hay muchos que/ sufren y otros se benefician.

¿Cómo amar en tal situación?

Amar sería cubrir con un manto espiritual las desigualdades injustas y los enfrentamientos reales.

Pero el amor cristiano no es amar al hombre abstracto. Amar a todos los hombres no quiere decir mantenerse al margen de los/ enfrentamientos.

Pretender mantenerse al margen es ilusorio. Quien no toma / posición ante los conflictos, quien pretende ser sólo neutral es espectador, de hecho apoya al más fuerte, se pone de parte de los/ ladrones, se hace cómplice de la explotación.

Amar como Jesús implica optar por la liberación de quienes/ están siendo explotados y oprimidos.

Actuar como el samaritano exige elegir el campo de los que/ están siendo despojados de su humanidad.

El amor efectivo comporta hoy iniciativas bastante más complejas que las que puso en práctica el buen samaritano.

El Evangelio no aporta directivas concretas sobre las exigencias políticas, sociales y económicas del amor al prójimo.

El Evangelio de Jesús apunta al Reino de Dios que es como / un horizonte hacia el cual marchar, y que siempre se abre más allá de las realizaciones históricas que podamos concretar. Eso / posibilita las "experiencias de contraste", la denuncia de las / situaciones inhumanas.

Los obispos argentinos han publicado hace unos días unas reflexiones que pretenden explicitar las exigencias de una convivencia más humana, es decir, más justa y más fraterna.

Además, Juan Pablo II ha publicado una Encíclica para conmemorar el centenario de la Encíclica de León XIII "Rerum Novarum" publicada el 15 de mayo de 1891. El documento del Papa se titula "Centessimus Annus" y lleva la fecha del 19 de mayo. Esta fecha, día del Trabajador, recuerda los trágicos acontecimientos de Chicago de 1886, cinco años antes de la "Rerum Novarum".

Estas intervenciones de los obispos y del Papa reafirman // que el "ámen" unos a otros como yo los he amado" de Jesús, no / puede interpretarse como un sentimiento hacia el hombre en abstracto, hacia el género humano.

Se trata en cambio de visualizar y analizar la situación en que nos encontramos, discernir no tanto nuestras intenciones sino nuestra ubicación objetiva en la compleja urdimbre de estructuras, intereses, factores de poder, y tratar de orientar nuestra acción para "pasar de condiciones de vida menos humanas a // condiciones de vida más humanas" (P.P. 20-21).

Sobre todo a partir del Concilio Vaticano II (1962-65), de la Populorum Progressio (1967), de Medellín (1968) y Puebla /// (1979), se insiste en la dimensión política del amor al prójimo.

Pero debemos también tener en cuenta la dimensión interpersonal del amor: el amor entre amigos, el amor de pareja, el amor de los padres, incluso el amor a uno mismo.

La dimensión interpersonal del amor tiene consecuencia en // la dimensión política del amor.

Como escribía hace poco un analista político inglés (Cairn-

AMAR COMO JESUS

cross, 1985): La política no se forma en el vacío, sino que surge de una maquinaria muy compleja.

Los hombres que gobiernan suelen vivir algo aturdidos; se sientan en sus escritorios o alrededor de la mesa de reunión acuciados y faltos de tiempo, llenos de dudas y de dogmatismos, con todas las fuerzas y debilidades de los políticos.

No es espiritualismo alienante la afirmación que sin hombres nuevos no será posible una sociedad nueva.

Urge un cambio de estructuras, pero no será posible realizar la tarea sin un cambio de corazón, sin una búsqueda de interioridad, de reconciliación con uno mismo, de adulta aceptación de los límites y de apuesta por el sentido de una vida para los otros.

No será posible sin una perseverante tentativa de pasar de la hostilidad para con los otros a la hospitalidad.

Es necesario crear un espacio acogedor donde la esposa o el esposo, los hijos y los amigos, el otro, el extraño, pueda entrar y salir, y abrir su corazón.

Tenemos que retormar, cada día, el aprendizaje del arte de amar.

+***+

ASCENSION DEL SEÑOR

CICLO B

JESUS ES EL SEÑOR

Celebramos hoy la ascensión de Jesucristo al cielo, que confesamos en el Credo: Jesús resucitado "subió al cielo y está sentado a la derecha de Dios Padre".

El Credo es una oración que no solemos rezar. Sólo lo hacemos los domingos después de la homilía. Y no prestamos mucha atención a lo que decimos...

La fiesta de hoy nos da la ocasión de reflexionar sobre lo que afirmamos. ¿Qué queremos decir con esa frase: subió al cielo y está sentado a la derecha de Dios Padre?

¿Tenemos que interpretarla literalmente como si fuera la información de un periodista "desde el lugar del hecho"?

Esa impresión da el relato del libro de los Hechos de los Apóstoles (1, 9) y la reafirman las representaciones artísticas que pintan a Jesús elevado y a los Apóstoles con las cabezas levantadas.

Ciertamente los autores del Nuevo Testamento tienen una imagen del mundo muy distinta de la que tenemos hoy. Hay que recordar que la imagen moderna del universo es bastante reciente. Los autores de la Biblia conciben la tierra como plana y "techada" por el cielo. El cielo, una especie de bóveda compacta, sostenía el sol, la luna y las estrellas.

Sobre la bóveda celeste, en lo más alto de los cielos, está el trono de Dios: "Gloria a Dios en lo más alto de los cielos" (Lc. 2, 14), cantan los ángeles en el nacimiento de Jesús.

Ciertamente, el Dios que se revela en la Biblia no está circunscripto a un lugar del universo. Es el Creador, interviene en la historia y habita en el corazón del hombre.

Pero los autores bíblicos, para expresar la trascendencia de Dios y su dominio sobre el mundo, se valen de la concepción cosmológica antigua. Y los cristianos siguieron expresando su fe en el contexto de la imagen antigua del mundo.

Los cambios que tienen lugar en los diversos ámbitos de la actividad humana y que producen el ocaso del medioevo y el surgimiento de la edad moderna inciden en la fe de los cristianos. Entre estos cambios, la transformación de la imagen del mundo ligada al nombre de Copérnico y sobre todo de Galileo, provocó una profunda crisis en la vida de los cristianos. Es que la ciencia parecía contradecir la enseñanza de la Biblia.

En el sonado proceso en que la Inquisición condenó a Galileo (1616), este laico cristiano estuvo mejor ubicado cristianamente que los teólogos que lo juzgaron. Galileo sostenía que no podía haber contradicción entre la ciencia y la fe, porque el mismo Dios era el creador del mundo y el autor de la Biblia.

Cómo haya que entender lo que dice la Biblia acerca del mundo, "lo tendrán que explicar los señores teólogos".

No fue fácil distinguir la concepción cosmológica antigua, del contenido de la fe. Lo que la ciencia ponía en crisis no era la afirmación de que Dios crea el mundo, sino la imagen que tenían del mundo los antiguos.

La fe se expresa necesariamente en un contexto cultural, pero no se identifica ni sacraliza una determinada cultura.

En este tiempo en que hemos pasado de la concepción de un "mundo cerrado a un universo infinito", seguimos expresando nuestra fe de que Jesús resucitado vive la vida de Dios con el len-7

JESUS ES EL SEÑOR

guaje simbólico que utilizaron los Apóstoles: Jesús subió al cielo y está sentado a la derecha de Dios Padre Todopoderoso.

Esta afirmación del Credo: 'está sentado a la derecha de Dios' expresa con lenguaje simbólico que Jesucristo resucitado / comparte el poder del Padre: "He recibido todo poder en el cielo y en la tierra" (Mt. 28, 18).

Una de las primeras confesiones de la fe cristiana fue: "Jesús es el Señor" (Rom. 10, 9; Fil. 2, 9; 1 Cor. 12, 3).

Los cristianos aplicaban a Jesús el término Kyrios usado en el Antiguo Testamento para designar a Yavé. Felizmente, la reforma litúrgica ha vuelto a poner en la misa la más antigua oración eucarística: "Ven Señor Jesús": Ven al fin de los tiempos para / establecer el Reino y ven ya ahora que estamos reunidos para compartir el pan.

Pero esta primitiva expresión de la fe cristiana tenía también un fuerte contenido polémico.

Afirmar en los primeros siglos "Jesús es el Señor" sonaba / casi como un desafío. Es que había otro que tenía ese título.

El emperador romano era venerado como Señor del mundo, se / lo designaba Kyrios Kaisar. Los cristianos oponían su confesión: "Kyrios Christós" al "Kyrios Kaisar", y preferían la muerte a negar su fe.

Los romanos no podían entender la actitud de los cristianos que aparecía como fruto del fanatismo. Era evidente que el emperador era el señor del mundo; su poder era una realidad visible / e indiscutible. Sus decisiones eran ley; era señor de vida y / muerte; la paz y el bienestar del mundo dependían de él.

Los cristianos, en cambio, llamaban a Jesús, un galileo crucificado en Jerusalem, "rey de reyes y señor de los señores" (Apoc. 17, 14), y esa afirmación era penada con la tortura y la / muerte porque lo que los cristianos interpretaban como confesión de su fe era considerada un slogan subversivo, un atentado a la / "seguridad nacional" del imperio.

Hoy la situación ha cambiado. Los cristianos seguimos afirmando "subió al cielo y está sentado a la derecha de Dios Padre". Como en los primeros siglos seguimos afirmando "Jesús es / el Señor". Y nadie nos persigue por eso.

Pero, ¿es tan así? ¿No se persigue a los que confiesen que / Jesús es el Único Señor, y que nada ni nadie se le puede comparar?

Ciertamente, hay países donde no se permite la religión / cristiana, donde está prohibida la expresión pública de la fe.

Pero hay otros, entre los cuales está nuestro país, en donde no está prohibido afirmar públicamente "Jesús es el Señor". / La religión católica goza de plena libertad y la mayoría de los / argentinos dicen ser católicos.

La Iglesia católica no sólo tiene personería jurídica sino / que ocupa un lugar importante en el país. El presidente y los gobernadores -por la Constitución- tienen que ser católicos, y los funcionarios suelen jurar por Dios y sobre los Evangelios...

Afirmar "Jesús es el Señor" no molesta a nadie; a nadie se / le ocurre interpretarlo como un slogan subversivo...

La fórmula "Jesús es el Señor" es una síntesis del Evangelio, resume el anuncio del Reino de Dios: Jesucristo resucitado / es la primicia de la realización del Reino. Y el encargo de Jesús a los Apóstoles antes de la ascensión fue: "Anuncien el Evan-

JESUS ES EL SEÑOR

gelio a todo el mundo" (Mc. 16, 15).

Leer el Evangelio, ¿provocaría persecución? Pero Jesús ha / encargado anunciar el Evangelio y anunciar el Evangelio que él a / nunció no significa repetir materialmente lo que está escrito en / esos cuatro libros que llamamos Evangelios.

Nadie se molesta cuando escucha que Jesús llama hipócritas / a los escribas y fariseos (Mt. 23). Pero ciertamente tendrá pro- / blemas quien trate como Jesús a los dirigentes religiosos de /// / hoy.

Si alguien repite hoy la afirmación de Jesús 'No está hecho / el hombre para el sábado sino el sábado para el hombre' dejará / indiferentes a los cristianos.

Lo escucharán no como una consigna revolucionaria y libera- / dora, sino como el eco de una discusión acerca del sábado; un te- / ma religioso judío que para nosotros no tiene vigencia.

Pero si explicitamos que el sábado es el símbolo del siste- / ma religioso y que la afirmación de Jesús significa: no está he- / cho el hombre para la Iglesia sino la Iglesia para el hombre; no / está hecho el hombre para la religión sino la religión para el / hombre..., la reacción sería distinta.

Hoy, el señor que domina el mundo no es el emperador roma- / no. Hoy hay otros señores que se disputan el dominio de los hom- / bres. Son los ídolos que el hombre se crea y que lo despojan de / su dignidad humana, lo esclavizan y lo llevan a la muerte.

Son, por ejemplo, las dictaduras. Algunas se presentan como / defensoras del cristianismo. Estas se apoyan en quienes repiten / ciertas palabras del Evangelio, pero que al no ser interpretadas / teniendo en cuenta el contexto histórico en que fueron dichas, / se les hace afirmar lo contrario de lo que pretendió Jesús.

Otro ídolo, en este caso impersonal pero omnipresente, es / lo que se denomina el "mercado".

Se habla de una economía de mercado. El mercado representa / el poder económico; sus leyes son inflexibles.

Es la versión moderna y laica de aquel ídolo sanguinario, / Moloc, al que había que alimentar con sacrificios humanos.

Este señor exige que se le inmolen millones de hombres por / año, según estadísticas precisas que los organismos internaciona- / les publican. Con la contundencia y frialdad de los números se a- / nuencia cuántos millones de personas morirán este año de hambre; / cuántos millones de niños morirán antes del primer año de vida / por causas evitables...

El así llamado "realismo" hace que los responsables de las / transnacionales y demás dirigentes económicos guarden un silen- / cio cómplice o consideren esta matanza planificada como lamenta- / ble efecto no deseado.

Confesar que Jesús es el Señor es alinearse con El en su mo- / vimiento liberador. Comporta desarrollar la sensibilidad para // / desenmascarar los "señores" que pretenden someternos, esclavizar / nos. No es fácil detectarlos: parecen tan integrados en la reali- / dad, aparecen a veces con atractivos ropajes. El avaro, por ejem- / plo, está convencido que su obsesión por tener cada vez más se // / debe al amor y a la preocupación por su familia...

El dominado por el sexo, está convencido que es una persona / liberada de tabúes religiosos y sociales...

Confesar "Jesús es el Señor" es un Evangelio.

Jesucristo, viviendo la vida de Dios, es la reafirmación i- / rrevocable de la promesa.

JESUS ES EL SEÑOR

La aventura de la historia humana no acabará en la muerte / sino en Dios. Esta esperanza no nos preserva de fracasos y caídas.

El mal, la injusticia y el sufrimiento son una realidad /// constantemente presente. Además, sigue siendo cierta la afirmación de la carta a Timoteo: "Los que quieran ser fieles a Dios / en Cristo Jesús, tendrán que sufrir persecución" (2 Tim. 3, 12).

Confesar que Jesús es el Señor no es una invitación a mirar al cielo (Hechos 1, 11) sino a realizar, a hacer real el mensaje del Reino.

+*****+

EVANGELIZAR RESPETANDO LAS CULTURAS

Pentecostés es una palabra griega que significa "quincuagésimo día". Era el nombre de una fiesta judía. Lucas, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, relata la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés.

Y así como no es casual que tenga lugar la muerte y resurrección de Jesucristo en el marco de la pascua judía, prototipo de las intervenciones liberadoras de Dios, tiene un profundo sentido que Lucas presente la donación del Espíritu Santo en Pentecostés.

Éra una antigua fiesta de la cosecha (Ex. 23, 16; 34, 22) / que daba gracias a Dios por los frutos de la tierra, expresión / de la fidelidad de Dios que les había prometido una tierra al liberarlos de Egipto (Deut. 26, 1-11).

En tiempos de Jesús, ya algunos grupos (los esenios, por ejemplo) ponían en relación Pentecostés con la alianza de Dios con el pueblo en el Sinaí y la promulgación de la ley de la Alianza. Contaban los cincuenta días a partir del sábado después de la octava de Pascua, llegando así al "tercer mes" desde la salida de Egipto (Ex. 19, 1).

Es posible que Lucas considere Pentecostés como Fiesta de la Alianza y de la promulgación de la Ley que señalaba el nacimiento del pueblo: "Ustedes serán mi pueblo y Yo seré vuestro Dios".

Los símbolos del viento impetuoso y del fuego (He. 2, 2-3) son una referencia a las manifestaciones de la teofanía del Sinaí (Ex. 19, 16-18). Filón, comentando Ex. 19, dice: "La llama se transformó en lengua", es decir, la manifestación de Dios se hizo inteligible.

El libro de los Hechos nos habla del Nuevo Pentecostés.

En lugar de la ley exterior, los diez mandamientos escritos en tablas de piedra, el pueblo nuevo recibe una fuerza interior que substituye la ley. Según San Pablo es "el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom. 5, 5).

Esta nueva ley había sido anunciada en la profecía de Jeremías: "Llegará un día en que haré una nueva alianza con el pueblo de Israel... no como la que hice con sus antepasados cuando los saqué de Egipto... pondré mi ley en su interior, la escribiré en sus corazones. Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (Jer. 31, 31-33).

La promulgación de la ley nueva no es el sermón de la montaña sino la donación del Espíritu Santo el día de Pentecostés. La ley antigua es substituida no por un código nuevo sino por el Amor de Dios, por el Espíritu de Dios que el hombre recibe en lugar de la ley.

Es el Espíritu de Dios quien da cohesión al pueblo nuevo, / la Iglesia.

El Espíritu Santo es la ley fundamental, la verdadera "constitución" de la Iglesia, no el derecho canónico.

San Pablo en sus cartas, especialmente a los Gálatas y a los romanos, insiste en este aspecto fundamental de la vida cristiana.

"Ustedes, hermanos, han sido llamados para vivir en libertad" (Gál. 5, 13). "Ya no estamos sometidos a la ley; vivimos en la gracia" (Rom. 6, 15). Déjense guiar por el Espíritu.

EVANGELIZAR RESPETANDO LAS CULTURAS.

El cristiano no depende de una ley exterior sino que vive / impulsado por el dinamismo del amor. Por eso dice San Agustín: / "Ama y haz lo que quieras".

La venida del Espíritu Santo se expresa en el relato del libro de los Hechos con los símbolos del viento y del fuego.

Tanto en hebreo (ruah) como en griego (pneuma), la misma palabra significa viento y espíritu.

El símbolo del viento aparece en los relatos de la creación como imagen del poder creador de Dios que comunica la vida (Gén. 1, 2; 2, 7).

El relato de Lucas alude a una nueva creación. El Espíritu/ creador inaugura una definitiva etapa en la historia de la humanidad, hace emerger el pueblo nuevo.

El símbolo de las lenguas de fuego manifiesta que el Espíritu capacita para anunciar el Evangelio a todos los pueblos.

Este simbolismo de las lenguas de fuego está en conexión // con la mención que se hace de gente proveniente de todas las partes del mundo conocido: se expresa la universalidad del pueblo nuevo. Los que hablan son galileos (vs. 7) pero cada uno lo escucha en su propia lengua (vs. 11). Es un reverso del relato de la torre de Babel (Gén. 11, 1-9). Es un mensaje nuevo, pero cada uno lo percibe en su lengua materna. La unidad del Evangelio no anula la diversidad de los pueblos, la novedad del Evangelio no avasalla las diversas culturas.

Para recibir el Evangelio no hay que aprender una lengua extranjera a la nuestra, no hay que renunciar a nuestra cultura y adoptar otra. Dios habla todas las lenguas, no es el monopolio de un pueblo o de una raza, y su Evangelio no queda atrapado por una determinada cultura.

Ante el desfase entre la Iglesia y el mundo contemporáneo, hace más de treinta años Juan XXIII señaló la necesidad del // "aggiornamento" de la Iglesia y convocó el Concilio Vaticano II.

En el Concilio la Iglesia no se situó como madre y maestra, sino como hija y discípula.

Hizo una relectura del Evangelio y se dejó evangelizar por los signos de los tiempos nuevos suscitados por el Espíritu.

Desde hace unos años (1984), Juan Pablo II habla de la necesidad de una "nueva evangelización" en América Latina y el año pasado (25.04.90) los obispos argentinos han publicado unas "Lineas pastorales para la nueva evangelización".

Se pone en relación esta "nueva evangelización" con la primera evangelización, comenzada hace 500 años.

La historia de la primera evangelización es muy compleja; / sin embargo, es importante conocerla y analizarla porque ha llegado hasta nuestros días. Lamentablemente, prevalece una preocupación apologética y acrítica en las publicaciones que dedica al tema la "historia oficial" católica.

En 1985, cuando Juan Pablo II visitó Perú, una representación de distintos aborígenes andinos entregaron al Papa una carta. En ella le decían: "Nosotros, indios de los Andes y de América, decidimos aprovechar la visita de Juan Pablo II para devolverle su Biblia, porque en cinco siglos ella no nos dio ni amor, ni paz, ni justicia."

"Por favor, tome de nuevo su Biblia y devuélvala a nuestros opresores, porque ellos necesitan sus preceptos morales más que nosotros."

EVANGELIZAR RESPETANDO LAS CULTURAS

"Desde la llegada de Cristóbal Colón se impuso a América, / por la fuerza, una cultura, una lengua, una religión y valores / propios de Europa".

Esta carta, ciertamente, carece de matices. Pero, por otra / parte, se escamotea la realidad de lo que aconteció hace cinco / siglos cuando se emplea la expresión eufemística de "encuentro / entre dos mundos".

Desde la escuela primaria estamos acostumbrados a hablar // del "descubrimiento de América".

Hoy somos conscientes de que esa expresión corresponde al / modo de ver las cosas desde la óptica de España y, en general, / de Europa. Pero los que vivían en América consideraron la llega- da de los españoles, portugueses, ingleses, etc., como una inva- sión.

Tenemos un ejemplo de la distinta óptica con que puede ser/ juzgado un mismo hecho en la historia europea. Los desplazamien- tos de tribus germanas que comienzan en el siglo V y que los eu- ropeos denominan "invasión de los bárbaros", los alemanes los // llaman "migración de los pueblos".

Los misioneros que vienen a América tienen una mentalidad / de "cristiandad"; para ellos, su cristianismo es el cristianis- / mo. Identifican el Reino de Dios con la Iglesia y a ésta, con el mundo cristiano; por eso todo lo que está fuera de ese mundo /// cristiano, particularmente el mundo religioso de los indígenas, / lo consideran como obra de Satanás.

Hay que tener en cuenta que el Evangelio no se da nunca en/ un estado puro, siempre está integrado en alguna cultura.

Por otra parte, no es fácil discernir el Evangelio de sus / condicionamientos culturales. Los misioneros no eran en general/ conscientes de que exigían un costo excesivo para la aceptación/ del Evangelio. Les imponían a los indios la renuncia a su cultu- ra y el sometimiento a la cultura española y portuguesa. Los in- dios perdían su propio nombre, su identidad, y recibían otro.

El libro de los Hechos de los Apóstoles (Cap. 10-11.13-15)/ y las cartas de Pablo (Gálatas, Romanos, Ira. Corintios) nos re- latan las discusiones que suscitó la primera transculturaliza-// ción del Evangelio, el anuncio del Evangelio de Jesucristo en el mundo helenista.

Contra el parecer de los judaizantes, se decidió que para / creer en Jesucristo no se los podía someter a la circuncisión, / no se les podía poner como condición la aceptación del mundo cul- tural judío.

Tenemos, por tanto, ya en el Nuevo Testamento, pautas valio- sas para una nueva evangelización, para un anuncio del Evangelio que, como en Pentecostés, cada uno experimente no como una inva- sión destructiva sino como una respuesta buscada, como un mensa- je que tenía ya preparado su lugar en el corazón, como un mensa- je en la propia lengua...

Si el Papa afirma que es necesaria una nueva evangelización es porque la vigente ya no es la adecuada. La Iglesia necesita / un nuevo Pentecostés que haga posible una nueva evangelización.

Es necesario que actúe el Espíritu creador:

- que sople el viento de Dios que despoje a la Iglesia de / los agregados que no son signos de crecimiento sino excre- cencias viciosas que ahogan la vida;
- que el Espíritu creador suscite comunidades vivas, comuni- dades libres y servidoras.

EVANGELIZAR RESPETANDO LAS CULTURAS

Vivimos en una situación nueva.

En un mundo caracterizado por la secularización y, en algunos casos, cerrado en el secularismo.

Existe también la religiosidad popular que dice cierta referencia a la Iglesia.

Seguimos viviendo en una situación de injusticia estructural y la pobreza creciente en que se encuentra la mayoría de la población va desembocando en una miseria cada vez más extendida.

Es necesario revisar a la luz del Evangelio la evangelización vigente:

- La imagen de Dios se asemeja más al super-yo de que habla el psicoanálisis que al rostro del Padre que nos mostró Jesús en su acción y su palabra.

- La moral, en especial la hipertrofiada moral sexual, refleja el individualismo y las pautas de conducta de la burguesía del siglo XVIII, y está muy lejos de la actitud liberadora de Jesús.

- La Iglesia se parece más a una sociedad de servicios regentada por el clero que a una comunidad de hermanos que comparten la vida y el pan.

- No se trata de usar nuevos medios para transmitir el viejo mensaje sino que es necesario transmitir la novedad del Evangelio, transmitir de un modo comprensible y creíble el mensaje de Dios: "Estoy haciendo todo nuevo" (Apoc. 21, 5).

+***+

FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

CICLO B

JESUS NOS MANIFIESTA EL ROSTRO DEL PADRE Y NOS DA EL ESPIRITU

Siempre que celebramos la misa, particularmente en domingo, lo hacemos en adoración, alabanza, acción de gracias a Dios.

Pero desde mediados del siglo XIV (1334) se dedica un domingo especial a la fiesta de la Santísima Trinidad.

Este término, "Trinidad", pretende expresar la concepción / cristiana de Dios que tiene su origen en la acción y predicación de Jesús transmitida por el Nuevo Testamento.

Es allí adonde tenemos que recurrir para no perdernos en elucubraciones sobre las relaciones entre unidad y trinidad como / si se tratara de especulaciones pitagóricas o de matemática religiosa.

No todo el mundo cree en Dios, pero la palabra Dios tiene / muy distintos significados para quienes dicen creer en Dios.

Vivimos en un contexto cultural muy distinto del que se vivía en Europa en el siglo XIII. Santo Tomás propone en la Suma / Teológica cinco vías, cinco argumentos para probar la existencia de Dios. Y concluye los argumentos con la frase: "Y a esto todos llaman Dios" (S. Th. I Q. 2 a.3).

El término "Dios" tenía un sentido unívoco en el mundo cerrado de la cristiandad. Pero hoy, después de una larga y compleja historia que para nuestra tradición religiosa comienza con la pregunta de Moisés: ¿Cuál es tu nombre, qué les tengo que decir / a los hebreos cuando me pregunten: Cómo se llama el que te envía? (Ex. 3, 13), no sólo la realidad de Dios se pone en cuestión / sino hasta la misma palabra "Dios" ha llegado a ser "in-significante". "Hoy ni siquiera podemos entender el grito de Nietzsche: 'Dios ha muerto...'. El problema es que para nosotros ha muerto / la palabra 'Dios'" (Van Buren).

Es la afirmación de la filosofía analítica. La palabra Dios ha sido usada para designar tantas cosas... hoy no designa ya // ninguna realidad, "ha muerto la muerte de mil calificaciones" // (A. Flew).

La imagen de Dios, la concepción de Dios, sea que se lo afirme o que se lo niegue, está siempre integrada en un contexto / cultural. Por eso los cambios culturales tienen su repercusión / en el problema de Dios (Ver G. Baum en Concilium, nº 76).

Clásicamente se planteaba el problema: Dios, ¿existe o no existe?, y de acuerdo a la respuesta que se daba, la gente era // teísta o atea. Los filósofos han discutido durante siglos este / problema y le han dado soluciones contradictorias.

Ese planteamiento clásico da la impresión que el problema / de Dios se plantea y se soluciona en el plano de las ideas y que una vez resuelto da origen a una nueva actitud práctica en la vida.

Pero no es así. "La cuestión de Dios se plantea en la vida. Lo primero es el compromiso del hombre con la vida; es ahí donde el misterio divino se le ofrece".

De acuerdo a la manera como encare el hombre su vida personal y su compromiso social y político, asumirá una posición ante Dios, de afirmación o negación, de aceptación o rechazo.

Precisamente, fundándose en la relación entre la vida individual y social y la religión, cuestionan la creencia en Dios // los así llamados "maestros de la sospecha": Marx, Nietzsche y // Freud.

JESUS NOS MANIFIESTA EL ROSTRO DEL PADRE Y NOS DA EL ESPIRITU

Desde distintos puntos de vista pretenden desenmascarar el potencial negativo y antihumano de la fe en Dios.

No podemos pasar por alto sus cuestionamientos, sea por la influencia que tienen en muchos de nuestros contemporáneos como/ sobre todo por lo que nos aportan, a pesar de sus limitaciones, para una mejor comprensión de los condicionamientos sociales y psicológicos de nuestra fe.

Pero, estas críticas, ¿contribuyen a purificar la fe o comportan su desaparición?

Para Marx, la religión es un síntoma de alienación, una legitimación simbólica de las clases dominantes, un consuelo ultra mundano ofrecido a los oprimidos. Tan sólo en una observación reconoció Marx que la religión puede expresar la protesta social.

Para Nietzsche, el cristianismo propone un mundo irreal donde se refugian los débiles, quienes reniegan, por cobardía, de la vida. Por eso se exaltan como valores la humildad, la obediencia, la represión sexual...

Para Freud, la religión es la neurosis obsesiva de la colectividad humana y, lo mismo que la del niño, proviene del complejo de Edipo. Dios es la figura agrandada del padre que prohíbe y amenaza, pero también consuela. El Padre-Dios nos mantiene en el infantilismo.

Los tres maestros de la sospecha sostienen que la fe en /// Dios impide al hombre ser hombre, lo mantiene en una situación miserable, le impide crecer.

En muchas religiones Dios es llamado Padre. Incluso en religiones politeístas suele haber un dios, "padre de los dioses y de los hombres".

En el Antiguo Testamento son pocas las veces que Yavé es // llamado Padre. La razón de la reserva quizás se deba a las resonancias biológicas y sexuales que el término 'padre' tenía en // los cultos religiosos de sus vecinos.

El término 'Padre' aparece en el Antiguo Testamento no relacionado con la generación sino en relación con la liberación y la Alianza: es un término de relación.

Jesús también da a Dios el nombre de Padre.

Pero en este siglo se ha cuestionado la figura del padre humano y la imagen de Dios como Padre.

En la literatura no se puede dejar de nombrar a Kafka; el psicoanálisis habla del complejo de Edipo a nivel individual y colectivo y de la muerte del padre como condición de realización. La sociología caracteriza nuestra sociedad como una sociedad sin padres (Mitscherlich), la teología feminista critica la religiosidad patriarcal...

El aporte original de Jesús no consiste en el término Padre con que designa a Dios. La novedad que introduce Jesús, la verdadera revolución en la concepción de Dios está dada por el contexto en que invoca a Dios.

"La novedad de Jesús es que invoca a Dios como Padre en el contexto de una acción liberadora. La invocación de Dios que realiza Jesús no recibe su sentido de la imagen utilizada sino de la acción al interior de la cual la emplea. La actuación de Jesús fue juzgada como diabólica por los dirigentes responsables de la ortodoxia religiosa. Jesús, por el contrario, la interpreta como suscitada por el Espíritu (Mc. 3, 20-30).

JESUS NOS MANIFIESTA EL ROSTRO DEL PADRE Y NOS DA EL ESPIRITU

"La invocación al Padre tiene sentido por la fuerza transformante del Espíritu" (C. Duquoc).

La misión a la que Jesús dedica su vida es el Evangelio, la Buena Noticia del Reino.

Su palabra y su acción reaviva la esperanza particularmente de los marginados, sean ellos enfermos, endemoniados, pecadores.

Estos signos liberadores los realiza Jesús frecuentemente / en sábado para mostrar que se honra a Dios cuando el hombre se libera. No está hecho el hombre para el sábado sino el sábado para el hombre.

El enfrentamiento entre Jesús y los dirigentes religiosos / no fue sobre los nombres de Dios, en eso había coincidencia, sino en el modo de implicar a Dios en el contexto de una sociedad / que marginaba a los pobres.

Jesús no hizo un discurso teórico sobre la paternidad de // Dios; su actuación es la explicitación del sentido de su invocación al Padre.

Por eso no se puede hablar cristianamente de Dios prescindiendo del Reino que anuncia Jesús. "No se puede analizar la imagen del Padre independientemente de la acción que la sostiene y concretiza; se traicionaría el sentido que le daba Jesús" (C. Duquoc).

Invocar al Dios de Jesús, invocar al Padre de Jesucristo, / comporta aceptar de ser hijo, reconocer que he recibido mi existencia de otro e integrarme al orden intersubjetivo por la mediación de la palabra y de la ley.

La simbólica trinitaria de Dios abre el círculo de la relación Padre-Hijo por la imagen del Espíritu.

El Espíritu abre hacia el futuro.

Abraham deja la tierra de sus padres para ponerse en camino a la tierra prometida. No hay un retorno al paraíso sino un marchar hacia el futuro.

Invocar al Padre como nos lo enseñó Jesús implica "pasar // del fantasma al símbolo" (Ricoeur), por eso la confesión de fe / trinitaria no es expresión de un impulso regresivo. Pero aunque / esto objetivamente sea así, no es garantía automática de que el / creyente supere existencialmente su infantilismo religioso que / lo mantiene angustiado por la culpa y la necesidad de consuelo.

No basta una clarificación intelectual; es necesaria una // constante conversión, un permanente crecimiento hacia la adultez.

La creencia infantil de muchos se hace añicos al chocar con la realidad; el mundo religioso que actuaba como una campana protectora aparece como una bella pero inconsciente ilusión que no / tiene nada que ver con nuestro mundo. Y así muchos llegan a la / indiferencia y al ateísmo.

Pero la "muerte de dios", de ese dios infantil, es la condición para anunciar al "Dios desconocido", al Dios de Jesús. Ese / Dios al que se refiere Santa Teresa de Ávila:

"Nada te turbe,
nada te espante.
Todo se pasa,
Dios no se muda.
La paciencia todo lo alcanza,

26.05.91

- 4 -

32

JESUS NOS MANIFIESTA EL ROSTRO DEL PADRE Y NOS DA EL ESPIRITU

quien a Dios tiene
nada le falta.
Sólo Dios basta."

+#####+

PRESENCIA DE CRISTO EN LA MISA Y EN LA VIDA

Esta es una fiesta de origen medieval, instituida a mediados del siglo XIII.

La gente, prácticamente, no comulgaba. Los más piadosos lo hacían sólo alguna vez en el año.

Esa realidad explica la norma del Concilio Lateranense IV (1215) que mandaba confesar y comulgar "al menos una vez al año", norma vigente hasta hoy. A eso se agregó posteriormente la obligación de la misa dominical.

Estar "obligado" a vivir, "obligado" a alegrarse...

Si por un lado la gente no comulgaba, sentía una gran atracción por la hostia consagrada.

Se anunciaba por medio de las campanas el momento de la consagración, y la gente acudía a las iglesias para mirar la hostia que el sacerdote elevaba después de la consagración. Era una especie de "comunión ocular".

Es un tiempo en que se multiplican los "milagros eucarísticos". Fue muy famoso el de Bolsena, que habría impulsado a Urbano IV a instituir la fiesta de Corpus en 1264. Un sacerdote que tenía dudas acerca de la presencia real de Jesucristo en la eucaristía celebraba misa en Bolsena, un pueblito cerca de Orvieto. Cuando partió la hostia consagrada brotó un líquido rojo.

La concepción corriente era de un realismo burdo. Los buenos teólogos como Alberto Magno, Buenaventura, Tomás de Aquino, hablaban de una presencia espiritual del cuerpo del Señor en la eucaristía (S. Th. III, Q 76 a 7). Y con respecto a las hostias sangrantes y al vino blanco que al consagrarse se hacía rojo, dice Santo Tomás: "Yo no sé qué cosa sea esa sangre milagrosa; en todo caso no es la sangre real de Cristo" (Ibidem, a.8 y ad 2).

Se había ido cosificando la eucaristía. Se la había sacado del contexto interpersonal, comunitario, y se la había transformado en una "cosa sagrada", casi como una medalla o una estampita.

Comienza la veneración del Santísimo Sacramento que se expone en lujosas custodias, pero se oscurece el sentido original de la eucaristía en que Cristo está presente en el pan compartido.

A fines del siglo XIII comienza en algunas ciudades alemanas la procesión con el Santísimo Sacramento, costumbre que después se extendió y que introdujeron en América, en el tiempo colonial, los misioneros.

La tendencia a considerar la presencia de Cristo en la eucaristía aislada del contexto de la celebración que aparece ya en el medioevo, se refuerza después del Concilio de Trento y tiene su máxima expresión en los congresos eucarísticos.

El Concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Liturgia, habla de los distintos signos de la presencia de Cristo: el sacerdote que preside las celebraciones, los signos del pan y el vino, la Palabra que se anuncia, y la comunidad "donde dos o más estén reunidos en mi nombre allí estaré Yo en medio de ellos" // (Mt. 18, 20) (Constitución sobre Liturgia, 7)

La presencia del Cristo en el signo del pan y el vino, es, decir, en forma de comida, tiene como finalidad la comida fraterna, así como su presencia en el signo de la Palabra es para ser escuchada.

PRESENCIA DE CRISTO EN LA MISA Y EN LA VIDA

"Mientras comían Jesús tomó el pan, lo partió y lo dio a // sus discípulos diciendo: Tomen y coman, esto es mi cuerpo". Jesús no dirige sus palabras ni al viento, ni al pan y al vino, si no a sus discípulos.

Las palabras de Jesús no pueden ser sacadas de este contexto existencial. Es justamente este contexto de relación interpersonal lo que constituye el signo sacramental.

El gesto de Jesús es análogo al de quien invita a una comida y ofrece la comida y la bebida a sus invitados. Esos alimentos se transforman en los signos del amor y la hospitalidad de quien invita. Han adquirido un nuevo modo de ser. No han cambiado en su materialidad, pero han sido humanizados, son la expresión real del deseo de esa persona de unirse vitalmente con sus compañeros de mesa.

Cuando Jesús dice "Tomen y coman, esto es mi cuerpo", se da como alimento para que los invitados vivan, compartan la vida de Jesús, comiendo del mismo pan estén unidos vitalmente entre sí por el amor de Jesús. Por eso la presencia de Jesús en la eucaristía no es estática sino dinámica.

Por eso, participar de la eucaristía es unirse con Jesús y con todos aquellos a quienes Él une, con todos aquellos que, dentro y fuera de la Iglesia, viven animados por el Espíritu de Jesús.

Antes de la comunión, cuando el sacerdote presenta la hostia, decimos las palabras de aquel centurión romano que pidió a Jesús que curara a su sirviente: "Señor, no soy digno de que entres en mi casa..."

Cuando decimos esas palabras tenemos que recordar que Cristo no viene solo; viene con todos los que, de distintos modos, están unidos a Él. Ya San Agustín enseñaba esto a sus cristianos hace 1500 años: "Cuando escuchas: 'El cuerpo de Cristo', respondes: 'Amén'... El cuerpo de Cristo es Jesús y todos los unidos a Él como dice San Pablo: 'Ustedes son el cuerpo de Cristo' (1 Corintios, 12, 27)"

Es fácil abrir la boca y recibir la hostia; es más difícil abrir el corazón y la casa para recibir al hermano. Ojalá no tengamos que preguntarle el último día: ¿Cuándo, Señor, te vimos necesitado y no te recibimos?

Es ahora cuando tenemos que reconocer la presencia real de Cristo en los pobres.

El mismo Jesús que dijo "Tomen y coman, esto es mi cuerpo", dijo "Lo que hicieron con uno de mis hermanos más pequeños lo hicieron conmigo".

No es menos real la presencia de Cristo en el pobre, es decir, en los jubilados con la mínima, en los sin trabajo, en los enfermos mentales abandonados, en los chicos de la calle, y tantos otros rostros de pobres, no es menos real la presencia de Cristo en ellos que en el pan de la eucaristía.

Y sin embargo se considera un grave pecado tratar sin respeto la hostia consagrada y no se aplica el mismo criterio cuando el sacramento de Cristo es una persona humana.

El Apóstol Pablo es muy claro cuando escribe a los corintios acerca del modo como participaban de la misa (1 Cor. 11, // 17-34).

Ellos pensaban que repitiendo el rito eucarístico cumplían con el encargo de Jesús: "Hagan esto en memoria mía" (Lc. 22, // 19). Pero Pablo les recrimina que sus reuniones eucarísticas, le

PRESENCIA DE CRISTO EN LA MISA Y EN LA VIDA

jos de ser estímulo para hacer desaparecer las diferencias entre ricos y pobres, las acentuaban.

Eso es "comer y beber sin valorar el cuerpo del Señor", es decir, no dar al cuerpo del Señor el valor que tiene de aglutinar realmente a los que participan de él. Duramente afirma: //// Quien actúa así "come y bebe su propia condenación" (vs. 29)

¿Qué sentido puede tener participar en la liturgia, participar en la misa?

Pareciera que en la misa se habla de lo que en la historia se hace. La liturgia es esencialmente simbólica. Eso expresa su privilegio y sus límites.

El símbolo anticipa la reconciliación de los hombres entre sí y con Dios por medio de gestos y palabras. Pero -y aquí están sus límites-, esa fraternidad que se simboliza no se lleva a cabo efectivamente en la liturgia.

La superación de las desigualdades injustas y de los enfrentamientos egoístas se tiene que realizar en la totalidad de la vida.

Se puede decir que "la misa realiza simbólicamente lo que / nos queda por hacer".

Hay una íntima relación entre la misa y la vida: la misa explicita el sentido que damos a nuestra vida, celebra la salvación que se está realizando en la historia. La liturgia no crea ni substituye la interpretación existencial creyente de nuestra vida sino que la despierta, la celebra, la estimula. Necesitamos celebrar el sentido de nuestra vida.

Ya lo expresaba el lema benedictino: "Ora et labora"; es hu mano el ritmo de tarea y celebración del sentido.

Si se anula uno de los polos de la tensión se va debilitando la vivencia de fe o se reduce la misa a tradición o magia.

+ + + + +

JESUS: ¿DESEQUILIBRADO? ¿ENDEMONIADO? - PECAR CONTRA LA LUZ

Jesús según sus parientes, loco; según los dirigentes religiosos, aliado del demonio para desviar a la gente de la religión.

El pasaje del Evangelio de hoy refiere la hostilidad que // provocó el ministerio de Jesús.

Los Evangelios no presentan los dichos y hechos de Jesús en una sucesión cronológica: tienen una finalidad catequética.

Marcos, desde el comienzo de su breve escrito, presenta a / Jesús inaugurando el reinado de Dios y suscitando adhesiones y / rechazos. Ya al comienzo del capítulo tercero anuncia el dramático final de la vida de Jesús: "Se confabulaban los fariseos y // los herodianos para buscar la forma de acabar con él" (3, 6).

También el pasaje de hoy presenta esa dialéctica de aceptación por parte de la gente y de condena por parte de los dirigentes religiosos. Se subraya que "de nuevo" se había juntado mucha gente (vs. 20); y se relata el juicio negativo de los parientes / y de los escribas.

1.-

Los parientes querían llevárselo con ellos porque Jesús "no estaba bien". Algunos comentaristas creen que es demasiado fuerte traducir "está loco". Y sin embargo, el verbo usado aquí significa eso: está alienado, está loco.

Posiblemente lo que quieren decir es que Jesús "estaba en / un estado de exaltación mística que le impedía ver la realidad de / la vida" (Loisy).

Los parientes ven a Jesús como a un "tipo raro" y quieren / reintegrarlo a la normalidad, quieren que sea "como todo el mundo". Devolverlo a la sensatez de la vida familiar. Quizás los movía el deseo de evitarle problemas con las autoridades, esos problemas que ya había suscitado su "excesiva" libertad en el hablar y el actuar. De todas maneras, querían impedirle continuar / por el camino elegido. El Evangelio de Juan apunta: "Ni sus parientes creían en él" (Jn. 7, 5).

¿No se da hoy una tentativa parecida a la emprendida entonces por los parientes de Jesús?

Hay una tendencia de volver a traer a Jesús al templo, reintegrarlo a su lugar y su función, al altar y la liturgia.

Envolver la imagen de Jesús con el manto majestuoso de los / títulos que lo exaltan borrando de esa manera los rasgos concretos de Jesús de Nazareth. Sólo a ese personaje histórico que vivió en la Palestina del siglo I lo confesamos como nuestro Salvador.

Hay una tendencia en la Iglesia a presentar de tal manera / la divinidad de Jesús que reduzca a anécdotas sin trascendencia / las circunstancias concretas de su vida: sus cuestionamientos al sistema religioso, su concepción de Dios, su revolución moral... Según esta concepción no tiene importancia la forma concreta como Jesús vivió en su tiempo; el ser hombre, en Jesús, es sólo una condición para que pueda morir para salvarnos.

Vaciando de trascendencia, de importancia salvadora, la vida de Jesús, nos inmunizamos contra los cuestionamientos de las / palabras y las actitudes de Jesús que pondrían en crisis la pretendida sensatez de nuestra vida.

El Papa insiste en la necesidad de una nueva evangelización.

JESUS: ¿DESEQUILIBRADO? ¿ENDEMONIADO? - PECAR CONTRA LA LUZ

El transmitir lo que Jesús hizo y dijo no repitiendo materialmente las palabras sino expresando lo que significan en términos actuales, provocaría reacciones análogas a las de entonces, sonarían realmente como nuevas; algunos las calificarían de heterodoxas, no cristianas, incluso de propuestas "alocadas".

En la Iglesia hay quienes defienden la imagen pretendidamente ortodoxa de Jesús "con el celo ambiguo de quien defiende un 'bien de familia' (de Lubac).

Pero hoy como ayer resuena la pregunta de Jesús: "¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos?"

Sólo daré una breve precisión a propósito de la mención de los hermanos de Jesús.

Este y otros pasajes suelen ser esgrimidos por las sectas / como argumentos anticatólicos. Los católicos que dicen que María no tuvo otros hijos a excepción de Jesús a quien concibió virginalmente, están en contra de los evangelios que hablan de los // hermanos de Jesús.

El término usado significa "hermano". Es cierto que tiene a veces un sentido más amplio; ya San Jerónimo le da el sentido de "primos", quizá por razones teológicas. Los comentaristas católicos suelen hacer notar que cuando se quiere expresar la hermandad de sangre se agrega al término "hermano" un calificativo (// Ver Jn. 1, 41 y 7, 5, en el texto griego). Pero el texto de Marcos no dirime el problema.

¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Jesús pone / distancias entre él y su familia. La verdadera familia de Jesús / la forman quienes realizan la voluntad de Dios.

Jesús dice: Yo estoy unido con éstos, aunque no lleven mi // nombre, aunque no sepan nada de mí. Están unidos a Jesús quienes tienen su misma actitud en la vida. Eso aparece en la parábola / del juicio final.

En ella, los que se salvan habían amado efectivamente al // prójimo, pero sin sospechar que esa actitud tuviera algo que ver con Jesucristo. "¿Cuándo, Señor, te vimos necesitado y te auxiliamos?" (Mt. 25, 37)

Hay un canto que dice: "Somos la familia de Jesús". Jesús a / claró a quienes considera su familia.

2.-

"Está poseído por Belzebul y expulsa los demonios por el po / der del príncipe de los demonios".

Los dirigentes religiosos emplean con Jesús un método que / siempre da resultado: demonizar al profeta. Presentar al enviado de Dios como instrumento del demonio.

Al acusar a Jesús de estar aliado con el jefe de los demo- / nios lo hacen sospechoso de "magia homeopática" según la cual lo semejante es tratado con lo semejante.

Jesús comparte con sus contemporáneos una concepción del // mundo en que los demonios, los espíritus impuros, Belzebul, el / diablo, Satanás, etc., juegan un papel importante.

Con los materiales que tenemos no es fácil sistematizar los / datos del Nuevo Testamento, influenciado por la demonología del / judaísmo tardío. Sin embargo, la creencia en el diablo ha tenido mucha influencia en la historia del cristianismo.

En contra de lo que se podría pensar, el medioevo es bastan / te sobrio en comparación con el período que abarca los siglos XV

JESUS: ¿DESEQUILIBRADO? ¿ENDEMONIADO? - PECAR CONTRA LA LUZ

y XVI y que puede llamarse el "tiempo del diablo". La inquisición se ensaña contra las brujas y son torturadas y asesinadas / miles y miles; pero el diablo estaba también presente en los escritos teológicos, en las pinturas y obsesionaba a los monjes.

Ahuyentado por las luces de la Ilustración, desde hace unas décadas está reapareciendo en prácticas ocultistas, en un cine / terrorífico pseudoreligioso (p. ej. El exorcista), en ciertas corrientes de la música rock y en renovadas manifestaciones que algunos interpretan como posesión diabólica. Pero, ¿se trata del mismo personaje del Nuevo Testamento?

Lo que es claro en el Nuevo Testamento es que Jesús y sus / discípulos tienen como objetivo anunciar el Reino de Dios y poner de manifiesto su fuerza liberadora operante ya en el presente de nuestra historia.

No se nos habla en los Evangelios de la naturaleza y de la forma de actuar de los demonios. No se centra la atención en los demonios, sino en los hombres que sufren distintos males, algunos de los cuales se atribuyen a los demonios. La presencia del Reino de Dios se manifiesta en que los hombres van liberándose / de lo que les impedía vivir, de lo que les impedía convivir, comunicarse, verse, oírse, hablarse, amarse...

A la acusación de que expulsa los demonios por el poder del príncipe de los demonios, Jesús responde con un argumento "ad hominem", es decir, apoyándose en lo que afirman los acusadores.

Si Satanás expulsa a Satanás quiere decir que hay una guerra civil, y eso significa que su reinado llegó a su fin. Entonces no hay por qué preocuparse.

La argumentación de Jesús contiene una profunda ironía, rasgo que encontramos con frecuencia en la imagen que Marcos transmite de Jesús.

3.-

Jesús contraataca.

Los que demonizan al profeta cometen un pecado imperdonable. Pero, entonces, ¿Dios no perdona todos los pecados?

Quien comete un pecado puede recibir el perdón que Dios le ofrece si se reconoce pecador y está dispuesto a reparar lo malo que ha hecho. Pero hay otra clase de pecado, es el pecado contra el Espíritu Santo. Se trata del pecado disfrazado de virtud: es la injusticia calificada como lícita, es el asesinato considerado como obligación o como exigido por Dios.

Quienes actúan así no podrán ser perdonados nunca, porque / la primera condición para ser perdonado es reconocer que uno ha obrado mal. Pero quien está convencido de haber obrado bien no / sólo no se arrepiente sino que se considera digno de elogio y de premio.

Es el fariseísmo, típica deformación y degeneración de la / religiosidad. Jesús afirma: "Matan a los profetas y creen dar // gloria a Dios".

Se trata del pecado contra la luz: es llamar tiniebla a la luz. Es lo que denuncia Jesús al final del relato de la curación del ciego de nacimiento (Jn, 9). Allí dice Jesús: "Mi misión es / hacer ver a quienes no ven y dejar ciegos a los que ven".

Y a los fariseos que le preguntan "¿Acaso nosotros somos // ciegos?" les responde Jesús: "Si fueran ciegos, no tendrían pecado; pero como dicen "vemos", su pecado permanece". Al fariseo Ni

JESUS: ¿DESEQUILIBRADO? ¿ENDEMONIADO? - PECAR CONTRA LA LUZ

codemo, que se acercó a Jesús, éste le señaló el único camino: /
nacer de nuevo (Jn. 3, 3)

Muchas veces, en su historia, la Iglesia demonizó a los pro-
fetas y pecó contra la luz. Es una tentación permanente. Y en pe-
ríodos de crisis, como el que vivimos, en que las seguridades an-
tigas ya no se sostienen, hay una desesperada tendencia a la //
restauración, una enfática reafirmación del pasado en vez de la/
apertura y disponibilidad a la novedad de Dios.

Se cierra la boca de quien anuncia el mensaje de Dios "Es-/
toy haciendo todo nuevo" (Apoc. 21, 5).

Si en tiempos de Jesús, para desautorizarlo, se decía: "Es-
tá endemoniado", hoy son otros los modos de demonizar a los pro-
fetas.

No se los suele considerar como endemoniados sino más bien/
como marxistas, enemigos de la Iglesia, racionalistas que no ad-
miten lo sobrenatural: nuevos pelagianos...

Pero, ¿es frecuente el pecar contra la luz?

Hoy, que somos más conscientes de lo tremendamente condicio-
nada que está la libertad del hombre, ¿hay auténtica responsabi-
lidad?

Cuando se actúa influenciado por pulsiones, fobias, ansieda-
des, pautas valorativas, como encorsetado por estructuras econó-
micas a la vez que exigido por la interdependencia política, ¿se
puede hablar de pecado o de pecado contra la luz, de pecado con-
tra el Espíritu Santo?

En esta semana, dos hombres políticos han llorado en públi-
co: Bush y la guerra; Cavallo y los jubilados. ¿Impotencia para/
desactivar el dinamismo mortífero del mal? Pero, ¿quién es el //
responsable?

Entonces, el mal, ¿es sólo un problema o un misterio? Jesús
es el salvador.

+*****+

MIRAR CON OJOS NUEVOS

Dos breves parábolas del Reino: la de la semilla que crece sola, sin la ayuda del campesino, y la del grano de mostaza.

La parábola es un género literario muy usado por Jesús. Se trata de comparaciones o relatos breves que manifiestan aspectos del Reino de Dios.

"Reino de Dios" no ha entrado ni en el lenguaje ni en la comprensión de la realidad del católico medio.

Cuando alguien escucha hoy la expresión "Reino de Dios" o "Reino de los cielos", como dice el Evangelio de Mateo, piensa en el cielo y se imagina el "lugar" adonde van las almas de los que mueren en gracia. Este lenguaje suele usarse aún hoy en la catequesis y la predicación.

Pero, ¿era eso lo que quería decir Jesús cuando hablaba del Reino de Dios?

Los que lo escuchaban, ¿pensaban en las almas y en el cielo?

La expresión "Reino de Dios" no es creación de Jesús. Los profetas del Exilio, ese período de dolorosa experiencia de frustración de Israel, encienden la llama de la esperanza del pueblo anunciando que Dios los liberaría e inauguraría su reinado.

Particularmente Isaías anuncia el evangelio, la Buena Noticia de la liberación: "¡Tu Dios viene a reinar!" (Is. 52, 7). Y se describe con coloridas y vívidas imágenes una sociedad reconciliada, han desaparecido las injusticias y se goza de la vida en una convivencia fraternal (Is., cap. 40-66).

Lo novedoso de Jesús no fue hablar del Reino de Dios sino anunciar que ya estaba presente. Al comienzo de su escrito, Marcos sintetiza la predicación de Jesús: "Se ha cumplido el plazo: el Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en la Buena Noticia" (1, 15).

Y el evangelista Lucas presenta a Jesús en la sinagoga de Nazareth donde, después de leer un anuncio del Reino del profeta Isaías (61, 1-2) afirma: "Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír" (Lc. 4, 16-21).

Jesús afirma que ha comenzado a realizarse ese mundo nuevo, esas nuevas relaciones entre los hombres. Y lo anuncia no sólo con sus palabras, no sólo con las parábolas del Reino, sino con los que llamamos milagros de Jesús.

Son gestos, señales que anticipan la superación de las injusticias y de la marginación, la liberación de las fuerzas que esclavizan al hombre y le impiden ser él mismo, que es lo que realizan las expulsiones de demonios.

Como hermosamente dice Garaudy: Jesús, anunciando el Reino de Dios, "abrió una brecha en el horizonte de los hombres... Su vida presenta este significado: cada uno de nosotros puede, en cualquier instante, comenzar un nuevo porvenir". ... los evangelistas expresaron el impacto que habían experimentado viviendo con Él "con las imágenes que emplean los pobres, los ofendidos, los humillados, los oprimidos cuando sueñan que todo se ha vuelto posible: el ciego que comienza a ver, el paralítico que empieza a andar, los hambrientos en el desierto que reciben pan, la prostituta en la que despierta una mujer, el hijo muerto que renace a la vida".

Las parábolas de hoy evocan una situación de crisis en la actividad de Jesús. Después de un primer momento en que suscitó

MIRAR CON OJOS NUEVOS

entusiasmo en gran cantidad de gente (Mc. 3, 7.20) llega un período de dificultades.

Los choques con las autoridades religiosas que lo calificaron de instrumento del demonio, como veíamos el domingo pasado, // ciertamente habrá influenciado negativamente en el pueblo. La // gente se le fue alejando (Mc. 4, 9; 8, 38; 9, 19; 8, 12).

Jesús expresa su crisis cuando pregunta a los Apóstoles lo // que piensa la gente y lo que piensan ellos de él (8, 27-29).

En los Apóstoles también repercute la crisis (8, 32; 9, 32; 10, 32).

¿Este grupo insignificante, de gente pobre y algunos de mala fama, esto sería el esperado Reino de Dios?

Las dos parábolas son una invitación a superar la desesperanza, son un llamado a ver de un modo nuevo las cosas y el mundo.

La primera parábola describe la inactividad del campesino // que sigue haciendo su vida. "La semilla germina y va creciendo... // do... por sí misma ("automate"); produce el tallo, luego la // espiga y al fin el grano abundante". Sólo al final interviene el campesino con la hoz, y experimenta la alegría de la cosecha.

Esta parábola apunta a quienes querían forzar la venida del Reino como los guerrilleros de aquel tiempo, los celotes, que // pretendían sacudir el yugo romano por la fuerza: ¿Por qué no se decide Jesús? ¿Por qué no da la señal del comienzo de la lucha // por la liberación? La hora del Reino es la hora de la acción. // ¿De qué lado estaba Jesús?

No estaba con los celotes, que pretendían instaurar el Reino con las armas; pero tampoco estaba con los monjes de Qumram, // que se apartaban del mundo para hacer llegar el Reino por las // mortificaciones y la oración.

Pero, a pesar de ciertas coincidencias parciales, no se podía ubicar a Jesús en la línea de los fariseos, que habían llegado a un "modus vivendi" con los romanos y centraban su esperanza en el Reino en el cumplimiento estricto de la ley.

Jesús de Nazareth rompe todos los esquemas; Jesús es distinto. "Más cercano a Dios que los sacerdotes, más libre frente al mundo que los ascetas, más moral que los moralistas y más revolucionario que los revolucionarios" (H. Küng).

A los que dudan de su misión y a los que se sienten defraudados, Jesús les dice: Aprendan del campesino "que espera pacientemente la hora de la siega. También la hora de Dios viene sin // que se la pueda detener. El ha hecho el comienzo decisivo, la semilla está sembrada. El no deja nada a medio camino. "El que comenzó en ustedes la obra buena, la llevará a su término el día // de Cristo Jesús" (Fil. 1, 6) ...Hasta entonces hay que esperar/ confiadamente y no adelantarse de Dios" (J. Jeremías).

No podemos interpretar la parábola como una invitación a la inacción; parábolas como la de los talentos o de las chicas previsoras y distraídas, etc., subrayan la importancia de actuar.

Pero las de hoy, tanto la de la semilla que crece por sí // misma como la del grano de mostaza, "que es la más pequeña de // las semillas pero que llega a ser el más grande de los arbustos" (de dos y medio a tres metros en el lago de Genesaret) insisten // en la contraposición entre el principio y el final. Un principio insignificante y un final grandioso.

Claro que ese final grandioso no lo podemos aplicar al éxi-

MIRAR CON OJOS NUEVOS

to de la Iglesia: se trata de la plenitud metahistórica del Reino, de la etapa escatológica del Reino.

Jesús anunció la inauguración del Reino, pero insistió en / su tensión hacia la consumación, nos enseñó a pedir "venga a nosotros tu Reino".

Las parábolas presentan el Reino de Dios como un proceso vital que ya ha comenzado. Pero su comienzo es insignificante y su presencia no se nota.

Al escucharlas, las parábolas de hoy suenan muy actuales: / hoy también parece que "no pasa nada". Uno se acuesta y se levanta, pasa el día y viene la noche, pasa un mes y viene otro... y todo sigue igual.

Tanto en la vida personal como en la sociedad pareciera que no hay cambios ni se avizoran en perspectiva.

Vivimos en un mundo cada vez más opaco, a pesar de los avances científicos y tecnológicos.

A pesar de los avances en las técnicas de comunicación, nos comprendemos cada vez menos.

Se da una conciencia cada vez más lúcida de la corresponsabilidad frente a la miseria y el hambre, pero a la vez una casi increíble falta de imaginación y voluntad política para afrontar ese y otros graves problemas.

El mensaje del Evangelio de hoy es una invitación a mirar / la realidad con ojos nuevos, a tratar de percibir lo que no aparece en la superficie.

Jesús invita a no rendirse a la aparente racionalidad de lo que piensa todo el mundo, que lo que no se ve no existe, que de lo pequeño no puede salir lo grande.

Se trata de una invitación a descubrir en los acontecimientos las discretas señales de la presencia de Dios.

Las parábolas son una advertencia a los impacientes que no soportan el silencio de Dios. Que quieren hacer oír su voz a toda costa. Algunos apelan a los sofisticados métodos de la "iglesia electrónica". Pero lo que presentan como voz de Dios es sólo el eco de una voz humana.

Jesús no nos invita a distraernos de nuestros problemas buscando a Dios en las nubes. Es un llamado a buscarlo en la profundidad de nuestra tierra, en el fondo de nuestro corazón, en la base de los conflictos y problemas, donde está el hombre.

El Evangelio de hoy nos invita a no dejarnos abatir por las dificultades, por nuestros fracasos y frustraciones personales, / por la persistencia de la injusticia y el éxito de los delincuentes.

La invitación de Jesús a mirar la realidad con ojos nuevos / no es para refugiarnos en el consuelo infantil de la ilusión, no es para anestesiarnos ante las calamidades de la vida.

Mirar como Jesús con ojos nuevos la realidad comporta una / actitud de lúcido y crítico compromiso con ella, es un desafío para crecer en el realismo. Sólo así se podrá experimentar el consuelo del Espíritu, no narcisista ni interesado.

Abrámonos al impulso del movimiento iniciado por Jesús que / nos alegra desde ahora con la esperanza que no defrauda.

EN LA BARCA DE LA HISTORIA ESTA JESUS

Escuchamos un relato de milagro.

Hay que reconocer que el tema de los milagros suscita problemas, choca a nuestra mentalidad actual. Como decía Evelyn: /// "Nuestros mayores creían gracias a los milagros; nosotros creemos a pesar de ellos".

La actitud cristiana no es cerrar los ojos, no preguntar, nada, y aceptar al pie de la letra lo que está escrito, aunque parezca increíble. Tal postura es propia del fundamentalismo, tan en boga en las sectas de origen norteamericano que se han lanzado a la conquista de América Latina, e, incluso, en ciertos sectores católicos.

Los que sostienen esa posición dan por sentado la incompatibilidad entre fe y ciencia y, aunque de un modo no explícito, afirman la doble verdad.

En el siglo pasado hubo una multiplicación de obras de apologética. Pero en lugar de plantear un diálogo con la mentalidad científica, quedó dicha apologética atrapada por esa mentalidad.

Esa mentalidad daba por supuesto que para estar seguro de que una acción es de Dios, había que excluir científicamente la posibilidad de que procediera de cualquier otra causa.

Este presupuesto choca, por una parte, con la "ambigüedad" o "discreción" propia de los milagros evangélicos. "Están afectados por la misma ambigüedad que el milagro que es el propio Jesús". Algunos reconocieron en él un profeta, otros lo consideraron endemoniado. Y, por otra parte, Dios aparece como excluyendo y rivalizando con el hombre y el mundo, siendo así que Dios "sólo es trascendente en medio del mundo" (Bonhoeffer).

Para la apologética del siglo pasado, la fe aparecía como la consecuencia de un argumento lógico, de tal manera que el que no aceptaba el catolicismo o no lo conocía o tenía mala voluntad.

Pero la fe en la acción de Dios no acontece al nivel del conocimiento científico sino al nivel del "reconocimiento".

Por otra parte, aceptaba el optimismo científico que pretendía saber hasta donde llegaban y hasta donde no llegaban las "leyes de la naturaleza". Hoy los científicos son mucho más sobrios y cautos respecto a las posibilidades de su modo de conocimiento. Ya no se escribe la palabra "ciencia" con mayúscula.

Desde la Encíclica de Pío XII "Divino afflante Spiritu" /// (1943) hasta la Constitución "Dei Verbum" (1965) del Concilio Vaticano II, el magisterio de la Iglesia ha asumido los principales avances de las ciencias bíblicas, aunque, lamentablemente, esos aportes son ignorados por la mayoría de los católicos, incluso por muchos sacerdotes y religiosas.

Hay una diferencia muy grande entre la imagen que nosotros tenemos del cosmos y la que tenían los hombres del Antiguo Testamento, Jesús y los evangelistas.

El hombre bíblico conoce la regularidad de los acontecimientos del mundo: día y noche, estaciones... y sin embargo no lo atribuye a las "leyes de la naturaleza". De acuerdo a su concepción son fruto de la acción de Dios. Como dice Jesús: "Dios hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos y pecadores" (Mt. 5, 45).

EN LA BARCA DE LA HISTORIA ESTA JESUS

"Desde el punto de vista bíblico, no hay mucha diferencia / en que Dios se manifieste en los milagros o en el orden de la naturaleza".

Lo fundamental del milagro no es lo extraordinario, lo im-previsible de un acontecimiento sino la experiencia de Dios. Por eso no es cierto que antes había milagros y ahora no. Como / antes, también hoy hay quienes experimentan la presencia de Dios y quienes no. Hoy hay quienes dicen: "Para mí, esta curación es milagrosa".

Por eso no se puede pretender que los milagros bíblicos "prueben que Dios existe" o que "Dios puede interrumpir las leyes de la naturaleza". No pretendían eso los evangelistas al relatar los milagros de Jesús. Simplemente nos relatan hechos / que ellos presenciaron y que a la luz de la resurrección revelan el sentido del mensaje y de la persona de Jesús con quien habían convivido casi tres años sin caer en la cuenta de quién era.

No hay que olvidar que los Evangelios no son crónicas contemporáneas a los hechos que narran, sino que han sido escritos / varias décadas después de la muerte de Jesús a la luz de su resurrección. Son testimonios de fe comprometida y comprometedora, / lo cual asegura la peculiar historicidad de los Evangelios. / "...Esto ha sido escrito para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; y creyendo tengan vida en su nombre" (Jn. 20, 31).

Los milagros de Jesús no se pueden aislar de los testigos, / de aquellos para los cuales fue signo. El milagro no es un hecho bruto, tiene una dimensión dialógica. Lo que unos interpretan como milagro, otros no lo ven así.

El milagro es una palabra de Dios, es un mensaje de Dios. Y la palabra alcanza su realidad al ser percibida por el interlocutor. Los milagros de Jesús están íntimamente conexos con su anuncio de la llegada del Reino de Dios. El Reino de Dios anunciado / en parábolas el domingo pasado, lo vemos hoy en acción.

El milagro expresa el mensaje, la Buena Noticia del Reino, / con el lenguaje de los hechos. Como decían los Padres: "Factum / Verbi, verbum nobis est", los hechos de la Palabra (Jesús) son / palabra para nosotros.

Para comprender el milagro de la tempestad calmada hay que / caer en la cuenta de que no se trata de una especie de "divertimiento" con las olas embravecidas. Jesús salva del naufragio, / salva de la muerte a sus discípulos. Es un signo de liberación que / responde a un grito de auxilio, irreverente por la desesperación: "¿No te importa que nos hundamos?"

El relato evangélico, transmitido por los tres sinópticos, / tiene ciertos puntos de contacto con el que narra el libro de Jonás en el cap. 1, 5-6.

Además de la liberación del mar Rojo, Dios aparece en el A. T. como el que domina las aguas del caos originario (Gén. 1, 2), / quien pone límites al mar (Job, 38, 8-11).

El punto culminante del pasaje de hoy es la pregunta, que / se reitera en el Evangelio de Marcos, ¿quién es este hombre?.

¿Quién es éste, a quien el viento y el mar le obedecen? Porque sólo a Dios obedece el mar...

¿Quién es este hombre? La respuesta a esta pregunta, que / corre el Evangelio, se da sólo al final. La da un pagano, el centurión romano quien, al ver morir a Jesús, exclama: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Mc. 14, 39).

EN LA BARCA DE LA HISTORIA ESTA JESUS

Los discípulos antes de la pascua no han descubierto el misterio de Jesús. Marcos es el evangelista que más insiste en la incompreensión de los Apóstoles, en su falta de fe:

¿Por qué tienen miedo?

¿Cómo es que no tienen fe?

Estas preguntas no sólo se dirigen a los discípulos de entonces; recordemos que los Evangelios son catequesis, instrucciones para los creyentes. Nosotros ya "sabemos" quién es ese hombre, hemos reconocido a Jesús como el salvador.

Pero entonces, ¿por qué tenemos miedo? ¿Es que no tenemos fe?

Sin embargo, ¿se puede afirmar que el tener fe hace desaparecer los miedos y las angustias frente a las graves situaciones de la vida?

Las palabras del Evangelio de hoy podrían hacernos pensar a sí, pero no las entenderíamos bien si no tenemos en cuenta el mensaje total del Evangelio.

El mismo Jesús experimentó, en la cercanía de su pasión y en su muerte, el miedo (Mc. 14, 33) y el abandono de Dios: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mc. 15, 33).

La fe no nos inmuniza contra el sufrimiento, la angustia, el miedo... La fe hace posible no dejarnos vencer por esas situaciones inevitables en la vida individual y de grupo.

No hay vida humana sin ansiedad, sin angustias, sin miedos. Y son distintos en las distintas etapas de la vida y en las distintas situaciones. A veces los adultos idealizamos la niñez, la imaginamos sin ansiedades... y, sin embargo, ¿cuánto sufrimiento!... Miedo a la obscuridad, a dormir no acompañados por alguien querido, la ausencia del padre o la madre. Vivir con adultos que no estimulan su crecimiento y no los entienden...

Cuando ya son adolescentes y jóvenes quieren aparecer sin miedos: tener miedo les parece una cobardía. Pero cuánto sufrimiento si no son tenidos en cuenta: se sienten muy inseguros. Se sienten a veces desgarrados entre la necesidad de apoyo y la búsqueda de independencia para afirmar su identidad.

Reaccionan con agresividad o depresión cuando los adultos no reconocen sus cualidades y sólo subrayan sus faltas. ¿Cuánto sufrimiento produce el ansia de ser comprendidos y la imposibilidad de comunicar lo que se siente y que es tan confuso!

Cuánta angustia por los fracasos posibles o reales en el estudio, el deporte, la vida de relación... Las experiencias con el despertar de la sexualidad son otra fuente de angustias. ¿Qué hacer? El sentido de culpa, quizás exacerbado por concepciones religiosas represivas o alienantes...

¿Cuánto sufrimiento de los padres con respecto a los hijos! Cuando éstos van creciendo, ¿qué difícil se hace a veces saber si es correcta nuestra actitud para con ellos! Cómo ayudarlos a crecer en libertad, sin presionarlos autoritariamente ni abandonarlos para que se las arreglen solos...

Y cuando los hijos cuestionan actitudes de sus padres, a veces se reacciona de un modo exagerado, reafirmando sin matices el propio punto de vista. Y cuando los hijos son más grandes y no actúan como se esperaba, se siente la angustiosa duda: ¿qué habremos hecho mal?, ¿será culpa nuestra?... Por otra parte, ¿cuánto miedo en dejarlos que ejerzan su libertad... Pareciera que nunca están maduros...

EN LA BARCA DE LA HISTORIA ESTA JESUS

¿Y las angustias de la relación de pareja? A veces cada uno va por su lado y parecen dos extraños. Quizás nunca hubo un proyecto de vida compartido. O quizás sí, y en el choque con la realidad se hizo trizas y nunca más tuvieron la valentía de replantearlo.

Hay periodos en los que no se puede dialogar serenamente. A veces va pasando el tiempo y asoma el fantasma de la rutina o de la separación. Cuando se van los hijos y vuelven a quedar solos/ se puede descubrir que ya no hay amor...

Hay que pensar también en los problemas de los que están solos: solteros o viudos. La soledad se hace a veces una carga muy pesada... Se experimenta decepción por la vida... Situaciones // que son para los demás ocasión de alegría y distensión, los feriados y las fiestas, hacen aún más intolerable el aislamiento.

Está la angustia de los que no tienen un trabajo estable y/ que se acuestan con la preocupación por el trabajo o si podrán / al otro día comer y traer algo para que coman la mujer y los hijos... En esta situación el temor a la enfermedad puede llevar a la desesperación.

Y los que trabajan, a quienes el sueldo no les alcanza para satisfacer las necesidades vitales... Aquellos que en esta situación de crisis viven preocupados por la posibilidad de quedar // sin trabajo, hecho que ya ha tocado a miles y aún hay otros esperando...

La enfermedad es otra fuente de angustias. Cuando se está / enfermo se tiene más tiempo para pensar en las propias angustias y los miedos pero, a la vez, se cuenta con menos fuerza para hacerles frente...

Cuánta angustia antes de saber qué enfermedad tenemos... Y/ después viene el temor por la internación o por la operación...

Y las enfermedades crónicas, ¿hasta cuándo...? Y la duda acerca de si el médico y los familiares dicen la verdad acerca de nuestro estado...

Cuando la vida va declinando, el temor al aburrimiento y, / en esta sociedad utilitarista, el sentirse superfluo, el sentirse un peso para los otros... Qué angustia, para las personas mayores, jubilados y pensionados a quienes no les alcanza para vivir y comprar los remedios... No son pocos los suicidios... En / la casa de los hijos no hay lugar para ellos y los hogares de ancianos los asustan o no les alcanza para pagar la cuota...

En un mundo en que se promociona la juventud y en el cual / no se menciona la muerte, quedan solos con sus preocupaciones y/ angustias ante el final que se aproxima...

A todo esto hay que agregar los miedos y las angustias de origen religioso. Miedos y angustias fruto de una presentación // falseada del Evangelio que en lugar de un Padre ha transmitido / la imagen de un juez vengador. Estos miedos del castigo de Dios/ muchas veces reprimidos son, por eso, de más difícil superación.

Estos miedos y angustias se parecen a veces a una tempestad que amenaza con hacernos naufragar, y en tales situaciones experimentamos la ausencia de Dios, nos sentimos solos. Como el relato de hoy: El dormía sobre el cabezal.

La fe no nos traslada a un mundo feliz sin ansiedades y sin problemas. La vida no deja de tener para el creyente sus duras aristas y dificultades. Pero la fe en Jesús y en su Padre nos da / fuerzas para no dejarnos abatir por los problemas.

Ante todo, la fe nos dice que Dios no goza con las angus-//

EN LA BARCA DE LA HISTORIA ESTA JESUS

tias y dificultades de los hombres, Dios quiere la vida y la felicidad de los hombres. Por eso rechaza a quienes son los responsables de las injusticias y sufrimientos de los inocentes, por más que hipócritamente se presenten como personas respetables y religiosas.

El relato de hoy me hizo recordar aquella película de Fellini "E, la nave va", parábola de la humanidad en la historia. Una colección de pintorescos personajes navegan en una lujosa nave. En un momento de la travesía se acerca a la nave una embarcación cargada de gente que ha huido de su país y pide subir al transatlántico.

Hay quienes quieren recibirlos y quienes se resisten a permitir que estos miserables vengan a perturbar con su presencia la vida del grupo. Finalmente suben, pero se los deja en cubierta. A través de los ventanales asisten hambrientos al banquete de los ricos.

Es una pintura de la realidad. Hay quienes navegan en una lujosa nave y quienes están a punto de naufragar. Hay quienes gozan del banquete de la vida y quienes asisten como a un espectáculo. Estos gritan: ¿No les importa que nos ahoguemos? ¿No les importa que muramos de hambre?

El Señor está con nosotros en nuestra barca:

- en la barca de este tiempo, cargada con angustias y necesidades y con preocupación por el futuro;
- en la barca de la Iglesia que aparece insegura y temerosa;
- en la barca de nuestra vida cuyas velas están, en parte, rotas...

No tengamos miedo:

el Señor está en nuestra barca...

+■+■+■+

JESUS VENCE A LA MUERTE

Nuevamente dos relatos de milagros. Aparecen ensamblados, u no intercalado en el relato del otro. Mientras Jesús se dirige a la casa de Jairo, el jefe de la sinagoga, cura una mujer enferma: casi un "milagro al paso".

Ya el domingo pasado decíamos que, dada la peculiaridad del género literario propio de los Evangelios que no son reportajes/sino catequesis, es muy difícil la tarea del historiador que pretende delimitar los hechos.

Nadie está libre de condicionamientos, de "pre-supuestos", de "pre-juicios". Los hombres no se dividen entre los que tienen prejuicios y los que no los tienen; los hombres se dividen entre los que son conscientes de sus prejuicios y quienes no lo son.

Con respecto a los milagros evangélicos, hay dos opciones / radicales previas que, basadas en una mentalidad superficialmente hipercrítica o en una actitud fundamentalista, rechazan todo/lo que introduzca fisuras en el corsé empirista o aceptan en blo que todo lo que un positivismo literalista interpreta.

Pero hay también autores acerca de cuya sinceridad y erudición no cabe la menor sospecha y que, sin embargo, aparecen en / este punto sosteniendo posturas globales opuestas.

Ciertamente, si bien el condicionamiento previo no se puede eliminar, la lucidez y la modestia, una auténtica competencia // científica y la conciencia de la relatividad de sus apreciaciones ayudarán al abordar el problema de la realidad fáctica de // los milagros del Evangelio.

La adhesión, creyente a Jesús, la mayor penetración de la // personalidad de Jesús, lejos de impedir, puede ayudar a interpretar correctamente sus milagros. Como dice Marrou: "La simpatía y el espíritu crítico no son de por sí contradictorios". Los milagros que los Evangelios atribuyen a Jesús se integran perfectamente con su personalidad y con el anuncio del Reino de Dios.

Marcos, al igual que los otros autores bíblicos, no se plantea el problema, típicamente moderno, acerca de si el milagro es fruto de la acción de Dios o de una fuerza "natural" o humana. // Quiere presentar a Jesús como quien da vida. No se plantea la posibilidad de que la curación de la mujer se debiera a la sugestión, fruto de su entusiasmo por Jesús, o si la niña que "duerme" estaba sólo aparentemente muerta.

De hecho, los dos milagros relatados hoy son un canto a la vida. El entrelazamiento de ambos milagros sugiere la clave de // interpretación: Jesús vence a la muerte.

La mujer que sufría hemorragias era un símbolo de la frustración vital. Para una hebrea, la esterilidad, el no tener descendencia, equivalía a una muerte prematura. Es que los hijos // prolongan la vida; quien moría sin tener hijos era una especie / de muerto total.

Marcos quiere presentar a Jesús como el Mesías: su palabra/da vida, toda su persona estaba henchida, rebozante de fuerza vital (vs. 30).

Sin embargo, los discípulos comprendieron quién era Jesús / sólo después de su resurrección. Esa no comprensión del misterio de la persona de Jesús la expresa Marcos a veces de modo directo (4, 40; 6, 52; 8, 17; 9, 32) y otras, con el procedimiento literario que encontramos en el pasaje de hoy: "El les mandó insistentemente que nadie se enterara de lo sucedido" (vs. 43). Es lo que se llama "secreto mesiánico".

JESUS VENCE A LA MUERTE

Marcos presenta a Jesús de un modo dialéctico, integrando / poder y debilidad. Si por una parte presenta los rasgos divinos / -es quien da vida a los muertos-, por otra parte nunca aparece / como un superhombre: pregunta como cualquiera "¿Quién me tocó?" / (vs. 30). Por otra parte, parece querer disminuir la importancia / de su poder: "La chica no está muerta; sólo está dormida" (vs. / 39). Y en lugar de explotar la reacción que provoca el milagro, / orienta la atención a la vida ordinaria: les dijo a los familia- / res que le dieran de comer a la chica (vs. 43).

¿Qué sentido tiene proclamar hoy este relato? Es proclamar / el Evangelio de la vida, es anunciar la presencia en la historia / del Dios viviente y vivificador. Es afirmar que Dios ama la vi- / da, que no quiere la muerte porque, como dice Jesús, es un Dios / no de muertos sino de vivientes.

Pero, ¿y entonces, la muerte? ¿No tenemos acaso que morir?

¿Qué tema este de la muerte! Es un tema ausente en la convi- / vencia social.

Hay en este tiempo un desconocimiento social de la muerte. / Es un tema relegado a los hospitales y a los velorios. No se lo / afronta; se lo esquiva con comentarios banales: "¡No somos na- / da!", o religiosos: "Dios se lo llevó"; "Está mejor que noso- / tros"...

Nos referimos a la muerte con formas estereotipadas: "Falle- / ció... Sus restos serán sepultados..."

Y cuando los periódicos y la televisión, sobre todo ciertas / revistas y noticieros, se ocupan de la muerte, la transforman en / espectáculo truculento. Se podría hablar de una "pornografía de / la muerte". Se da una irrespetuosa manipulación de la muerte pa- / ra suscitar sentimientos superficiales.

Hay en nosotros una tendencia a negar el carácter natural / de la muerte. Lo confirman la etnología, la historia de las cul- / turas y las religiones, la psicología y el psicoanálisis.

En este tiempo asistimos al resurgimiento de la vieja creen- / cia en la reencarnación, apoyada en pretendidas pruebas cientí- / cas.

Los datos que proporcionan las ciencias biológicas acerca / del carácter natural de la muerte son ocultados y desplazados // por el otro aspecto del aporte de estas ciencias: el poder sobre / la enfermedad, el dolor y la muerte. Y aquí es donde aparece la / función simbólica del médico en nuestra cultura. Ha substituido / al brujo y al sacerdote.

Por disponer de un saber y poder reales sobre la muerte, se / lo adorna con caracteres casi míticos. Se le atribuyen poderes / que en otras culturas se atribuían a fuerzas sobrenaturales.

¿Quién no ha escuchado los lamentos y las condenas de fami- / liares y allegados de un muerto contra el médico que lo atendía? / "Si hubiera sido mejor atendido...", "Si el médico hubiera sido / más competente, si hubiera sido menos codicioso..."

Marcos hace una alusión poco benévola para los médicos: "Ha- / bía sufrido mucho en manos de numerosos médicos y gastado todos / sus bienes sin resultado; al contrario, cada vez estaba peor" // (vs. 26)

Al hombre le cuesta aceptar su propia muerte porque le cues- / ta aceptar la contingencia de su propia vida, le cuesta superar / el "complejo de dios": "Serán como dioses..."

Esta no aceptación de la propia muerte lleva a preferir una

JESUS VENCE A LA MUERTE

muerte repentina, sin que medie un período preparatorio. Esta actitud puede proporcionar una motivación para la eutanasia: ayudar a que la muerte haga rápido y bien su trabajo.

Hay otros que consideran la muerte como el último y definitivo acto de la vida y por eso el hombre tiene que vivirla lo más humanamente posible. Todo hombre tiene derecho a vivir su propia muerte.

Es necesario que el hombre se reconozca mortal. Eso no quiere decir resignarse a la muerte sino asumirla.

Esa actitud posibilita valorar la vida en este mundo, aprovechar las posibilidades que no se volverán a repetir. La perspectiva de la muerte descubre la urgencia de la lucha por una sociedad más justa y fraterna.

No es cierto que los hombres son iguales frente a la muerte. No son más iguales frente a la muerte que frente a la vida. Quien ha vivido una vida para sí, ocupado en tener cada vez más dinero y poder sin hacer nada, es decir, siendo cómplice de la muerte de quienes no pudieron sobrevivir, para éste su muerte es realmente el fracaso definitivo, el "sacramento" del sinsentido de su vida.

Pero quien ha vivido ayudando a vivir, trabajando solidariamente para integrar a los marginados de la vida, contribuyendo a desactivar los dinamismos de muerte; para quien ha vivido así, la muerte no es el fin de su historia: perdura en la vida que ayudó a gestar, en el latido de los corazones que despertó al amor, en las manos que estimuló al trabajo. Además, tenemos la palabra de Jesús: "Yo vivo y también ustedes vivirán" (Jn. 14, 19). "Quien vive de acuerdo al Evangelio, no morirá para siempre" (Jn. 11, 25-26).

Los milagros de Jesús hacen florecer la vida en el desierto de la muerte.

Son como anticipos imprevistos, esporádicos, de esa realidad que alcanzará su plenitud al fin de los tiempos.

Pero el recuerdo de los milagros de Jesús no tiene como finalidad excitar nuestra fantasía infantil invitándonos a refugiarnos en un mundo ilusorio.

La función que tienen los relatos de milagros es proyectar una luz sobre nuestra historia. Esa luz que descubre las potencialidades ocultas en la realidad, constituye una invitación a actualizarlas: "Tu fe te ha salvado" (vs. 34); "No temas, basta que creas" (vs. 36).

Esos signos de vida que realiza Jesús hacen resaltar el contraste con los signos de muerte propios de nuestro tiempo.

Las propuestas que se hacen a través de los medios son, las más de las veces, un dulce veneno, una trampa para incautos.

Se lamentan las consecuencias de una vida carente de metas personalizantes y solidarias: la droga, el sida, la corrupción en los más diversos ambientes. Son atentados contra la vida, son signos de muerte y manifiestan una "mentalidad de muerte".

El Papa ha escrito el mes pasado (19.05.91) una carta a los obispos insistiendo en que urge una nueva evangelización que reafirme "el derecho inviolable a la vida, cuyo titular es cada hombre, desde su concepción hasta su término natural".

Dice el Papa que "la Iglesia siente el deber de dar voz a quien no tiene voz... es el clamor evangélico en defensa de los pobres del mundo y de quienes son amenazados, despreciados y oprimidos en sus derechos humanos".

JESUS VENCE A LA MUERTE

En su carta pone un acento especial en "el fenómeno tan extendido de la eliminación de muchas vidas humanas nacientes o // cercanas a su final", es decir, el aborto y la eutanasia.

En Argentina se calcula que se hacen mil abortos por día y // que doscientas mujeres mueren al año por abortos mal realizados. Nadie se droga porque sí; nadie aborta porque sí. Hay que analizar y afrontar las causas sociales de esos síntomas.

Urge una movilización por la vida.

Claro que no reducida a protestar contra el aborto, a salir en defensa de los que no han nacido. Urge una campaña para salvar de la muerte a los que ya nacieron,
a los niños desnutridos,
a los niños de las calles, abandonados, explotados,
a los ancianos sin recursos,
a los que están sin trabajo ni casa,
etc., etc., etc.

La vida no puede ser monopolio de un grupo de privilegia-// dos; es un derecho de todo hombre.

Es cierto aquel proverbio: "Al pobre no hay que darle un // pescado sino enseñarle a pescar". Se trata de no dar limosna o a // sistencia sino que es necesaria la promoción humana: todo hombre tiene derecho no a una vida de perro, sino a una vida digna del // hombre.

Por eso advertían los obispos: "No se puede sacrificar el // presente de los más pobres en aras de un futuro incierto. Urge // la implementación de una política social con programas concretos de asistencia y promoción que involucren como protagonistas a // los mismos interesados" (20.04.91).

Los milagros de Jesús apuntan hacia dónde debe dirigirse la // tarea: a la promoción de la vida, a la superación de lo que es- // claviza, enferma y mata al hombre.

No se puede aceptar como humana una sociedad en la cual, de // hecho, sólo un grupo viva y se enriquezca a costa del empobreci- // miento y la muerte de los demás.

El Evangelio de Jesús es un manifiesto de vida. Proclama // que Dios ama la vida y que no es El sino nosotros los causantes // de esas muertes.

Urge una movilización para rectificar rumbos y gestar una // cultura no individualista sino solidaria, una cultura de la vi- // da.

+*****+

JESUS EN SU PATRIA CHICA Y UNA REFLEXION SOBRE LOS ARGENTINOS.

Con el relato sobre la visita de Jesús a su pueblo, Nazareth, concluye Marcos la sección dedicada a los milagros. Y según su método dialéctico, a la manifestación de la divinidad sucede la confesión de la impotencia: "No pudo hacer allí ningún milagro"; a la admiración sigue el rechazo.

Es más fácil creer y amar a lo lejos. Cuando están cerca, las personas y las cosas son tan concretas que uno "choca" con ellas: Jesús era para ellos un motivo de escándalo (la palabra "escándalo": "obstáculo con el que uno se tropieza").

Creer en Jesús es más fácil para nosotros que para sus paisanos de Nazareth.

El "amén" al comulgar no es difícil. Aceptar a Jesús en forma de pan es fácil. Decirle "amén", aceptarlo en el otro, en el que pide, en los familiares, en el "otro"... es más difícil.

La palabra y la acción de Jesús provoca, suscita en quienes lo encuentran, la pregunta: ¿Quién es este hombre?

Pero sus paisanos están vacunados contra el asombro; ya saben quien es ese hombre:

es el carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago, José, Judas y Simón. Sus hermanas viven aquí...

Este no puede hablar en nombre de Dios: Dios se haría presente de otra manera...

Creen saber cómo es Dios y cómo actúa Dios.

Dios se "haría notar"; éste es el carpintero del pueblo...

La ceguera, la necesidad de ojos nuevos para ver de otro modo la realidad y descubrir la novedad de Dios tras lo rutinario.

La tentación de la Iglesia: aliarse con el poder para que "se vea", para que todos vean que ella tiene a Dios. Se olvida que Dios encarnado sigue siendo un Dios escondido.

Anunciar el Evangelio con medios ricos: una evangelización/satelital en lugar de la pobreza de la vida y de la transmisión/oral: Jesús se negó a hacer un signo que convenciera a todos: "Tírate de aquí abajo..." "¡Apártate, Satanás!" "Haz un signo arriba en el cielo..." "¡Generación perversa, no tendrán ningún signo!".

+*****+

La celebración de una fiesta patria es una ocasión para reflexionar sobre nuestro convivir como argentinos en este país.

Vale la pena hacer un esfuerzo para pensar un poco más en profundidad, aunque sea algunos minutos, en esta realidad en que estamos insertos, una realidad que protagonizamos y sufrimos.

Es una ocasión para no distraernos con las últimas noticias sobre la corrupción de funcionarios, empresarios y empleados, sobre la droga y el sida, sobre el último partido de fútbol o sobre la multitud de lemas y sublemas para las próximas elecciones...

El panorama del país es poco estimulante. La brecha entre ricos y pobres se ha ensanchado y la pobreza se ha profundizado hasta niveles infrahumanos.

JESUS EN SU PATRIA CHICA Y UNA REFLEXION SOBRE LOS ARGENTI-NOS.

Es interesante constatar que los obispos argentinos aplican a este sistema económico capitalista la crítica que los capitalistas hacían al sistema comunista: "No se puede sacrificar el presente de los más pobres en aras de un futuro incierto" (20.//04.91).

Nos faltan muchas cosas; pero falta, sobre todo, un proyecto de país y un ordenamiento económico coherente con ese proyecto.

Hace unas semanas leí un artículo que llevaba como título esa queja tanguera: "El dolor de ya no ser" (Tomás E. Martínez, 7 Suplemento de Cultura de "Página 12", 09.06.91).

"El éxito de la Argentina como nación era un fenómeno que los europeos y norteamericanos estudiaban; hace medio siglo, con cierta curiosidad. ¿Ese país, situado en el confín del mundo, estaría predestinado a la grandeza? En 1942, el economista Colin Clark vaticinó que la economía argentina sería la cuarta del mundo antes de que pasaran veinte años".

Poco después de finalizada la segunda guerra mundial, las esperanzas imperiales de los argentinos se derrumbaron.

"La brecha abierta entre la pobre realidad del país y las ilusiones majestuosas de sus habitantes, tornó antipáticos a los viajeros argentinos que anduvieron por España, Venezuela o México durante los años 60. La leyenda del argentino fanfarrón, arrogante y ostentoso se instaló entonces en el imaginario latino con una intensidad difícil de modificar".

¿Cómo se originó esa ilusión de superioridad, ese sentirnos los mejores del mundo, que nos lleva a exhibir los premios Nobel y Fangio, Borges, Monzón y Maradona?

En un ensayo publicado el año pasado se atribuye a la "educación patriótica impuesta en las escuelas primarias en 1908 por José María Ramos Mejía, buena parte de responsabilidad en el autoritarismo, el militarismo y el nacionalismo enfermizo que se han manifestado después".

En esos años del centenario de la revolución de Mayo, Rubén Darío escribía entusiasta:

"¡Hay en la tierra una Argentina!
He aquí la región del Dorado,
he aquí el paraíso terrestre,
he aquí la ventura esperada,
he aquí el Velloco de oro,
he aquí Canaán, la preñada".

Pero el astuto político francés Georges Clemenceau, advertido en sus apuntes de viaje que si bien la palabra "futuro" estaba en todas las bocas, había un exceso de confianza en que la riqueza nunca se acabaría. Y concluía: "El éxito suele perder a las naciones inmaduras".

Esa fe en el futuro, en el progreso, es una característica fundamental de la Ilustración, y "las nuevas ideas ilustradas, alentadas por el éxito de la independencia norteamericana y la revolución francesa de 1789, se hicieron carne en los intelectuales jóvenes de las ciudades-puerto de Hispanoamérica, conocedores de las ideas de soberanía popular por el estudio de Francisco Suárez.

"El proceso de la independencia daba la posibilidad de construir una nación desde 'cero'... La casa debía, según ellos, ser levantada desde los cimientos, pero con materiales importados". Lo de antes ya no servía; era expresión del atraso y del obscu-

JESUS EN SU PATRIA CHICA Y UNA REFLEXION SOBRE LOS ARGENTINOS.

rantismo.

"El alucinante crecimiento industrial de las potencias europeas y de Estados Unidos... deslumbró a los liberales argentinos...

Alberdi proponía en las "Bases": "¿Queremos plantar y aclimatar en América la libertad inglesa, la cultura francesa, la la briosidad del hombre de Europa y de Estados Unidos? Traigamos pedazos vivos de ellas en las costumbres y radiquémoslas aquí.

¿Queremos que los hábitos de orden, de disciplina y de industria prevalezcan en nuestra América? Llenémosla de gente que posea hondamente esos hábitos. Ellos son comunicativos: al lado del industrial europeo, pronto se forma el industrial americano. La planta de la civilización no se produce de semilla. Es como la viña: prende de gajo".

Si bien es cierto que Alberdi no despreciaba el pasado, lo consideraba superado. Pero el liberalismo generalizado desprecia todo lo que España ha traído a América: no sólo la encomienda sino también sus valores humanos y religiosos. Se cae en el tan común error de "tirar al niño junto con el agua de la bañera".

Se admira a Estados Unidos o Europa, países desarrollados, y nace ese arraigado complejo de inferioridad que nos aqueja. Porque, aunque algunos hablen del complejo de superioridad de los argentinos, se trata más bien de un complejo de inferioridad.

Un diccionario terminológico de ciencias médicas define así el complejo de inferioridad: "Conjunto de sentimientos de menosprecio de sí mismo que obran en el subconciente para producir timidez o, como compensación, una agresividad exagerada y expresión de superioridad".

El menosprecio de lo propio y la admiración por lo extranjero llevó a calificar de "criolla" (en sentido despectivo) a la política de Irigoyen y llamar "cabecitas negras" a los obreros del 17 de Octubre de 1945.

Habrán quienes intenten "recuperar la nacionalidad perdida" mediante la destrucción de todo el liberalismo ilustrado y se exaltará el credo fascista o marxista: pero siguen prisioneros de su complejo de inferioridad, substituyendo una ilusión por otra.

"Aún hoy, muchos se maravillan de la organización alemana, de la abundancia norteamericana, de la limpieza sueca. ...basta pocas superficialidades para elogiar o defenestrar una cultura sin tener en cuenta otras realidades que servirían para opinar lo contrario...

...Para vender un producto hay que darle un cierto aire de "importado"...

La admiración de los argentinos por lo foráneo se centra en el progreso material, aunque constata con impotencia que no puede alcanzarlo. "Quiere obsesivamente ser como los países desarrollados, pero, en lugar de preocuparse por desarrollar sus potencialidades espirituales y materiales como han hecho las potencias que admira, no acepta su identidad y reniega de sus raíces.

Esa admiración por lo extranjero hace que se sienta distinto y superior. Piensa que si bien la Argentina es menos que las naciones más poderosas del mundo, es superior a los otros países de América Latina" (Para lo que antecede, Mario Andino: "La inferioridad de los argentinos").

JESUS EN SU PATRIA CHICA Y UNA REFLEXION SOBRE LOS ARGENTINOS.

Expresiones como "Argentina potencia" de López Rega; el país "derecho y humano" de Videla; y las recientes ofertas gubernamentales de llegar a las puertas del Primer Mundo, son metáforas de un país que se niega a verse tal cual es y, por eso, no entiende por qué le llueven los infortunios".

En una serie de encuestas realizadas entre 1981 y 1984 (después del fracaso de la guerra de Malvinas y las revelaciones macabras del "Nunca más"), aparece que la mayoría de la población argentina cree que:

- 1) el mundo tiene mucho que aprender de la Argentina;
- 2) la Argentina no tiene nada que aprender del mundo;
- 3) la Argentina es el país más importante de América Latina;
- 4) en ningún país se vive tan bien como en la Argentina;
- 5) Argentina merece un lugar importante en el mundo;
- 6) los científicos y profesionales argentinos son los mejores del mundo".

La democracia no consiguió poner fin a las ilusiones de grandeza, como lo demuestran otras encuestas posteriores. Esas ilusiones de grandeza se traducen en intolerancia, sobrevaloración del orden y búsqueda de jefes fuertes y autoritarios tanto en el gobierno como en el trabajo y la estructura familiar.

Tales tendencias coexisten con un individualismo a ultranza: Primero yo, y los demás que se arreglen como puedan.

Los momentos de mayor riesgo son los de alteración social. A fines de mayo de 1989, cuando la inflación se descontroló y fueron asaltados supermercados en Rosario y en el Gran Buenos Aires, las nostalgias autoritarias recuperaron el nivel alcanzado a fines de 1975.

A veces, en el peor momento, una voz que viene de arriba promete que llegaremos a la grandeza por predestinación, por fatalismo o por mero ímpetu de la voluntad.

En los últimos dos años, los argentinos empezaron a mirarse a sí mismos con ojos más escépticos... Las caravanas de familias escarbando en las bolsas de basuras o disputándose los desperdicios de los mercados eran espectáculos que nadie podía soslayar. Sin embargo, una y otra vez el Presidente afirmó que nos faltaba poco para figurar entre los veinte países más poderosos del mundo. Quizás no advertía que para cumplir ese vaticinio, Argentina debe multiplicar por cinco su producto bruto anual durante diez años" (T. E. Martínez).

A pesar de que casi un 60% de la población adulta sigue pensando que "somos el país más importante de América Latina", Estados Unidos y Europa prácticamente nos ignoran...

¿Qué hacer? No hay recetas, pero son necesarias ciertas actitudes fundamentales:

- 1) Reconocer nuestro complejo de inferioridad que se manifiesta en nuestra intolerancia, agresividad y expresión de superioridad.
- 2) Necesitamos una terapia de realismo: un trabajo de desquibrimiento, valoración y aceptación de nuestra identidad. Esa identidad es compleja; confluyen distintos aportes: el indígena, el español, el europeo de inmigración.

JESUS EN SU PATRIA CHICA Y UNA REFLEXION SOBRE LOS ARGENTINOS.

- 3) No tenemos que optar, sino integrar la herencia católica barroca y la liberal ilustrada.
- 4) Hay que superar con madurez la visión maniquea de nuestra historia: son argentinos Rosas y Urquiza; Quiroga y Sarmiento.
- 5) Es necesaria una adecuada valoración de la inmigración / europea. No fue anglosajona, como se anhelaba; más del / 75% fueron italianos y españoles. Prevalentemente anti- / clericales, pero radicalmente católicos. Reafirmaron /// nuestras raíces y asimilaron matices de la cosmovisión / de nuestro pueblo.
- 6) Reconocer y superar el difundido racismo: los "negros", / los "indios", son ciudadanos de segunda.
- 7) Aprender a valorar lo propio no implica menospreciar lo / extranjero. La identidad no se fortalece aislándose sino / confrontando con otros pueblos y culturas en el diálogo / e intercambio crítico y creativo. Sólo así será posible / ir gestando un proyecto de país con rasgos propios y a / la vez abierto y comprometido en solidaridad con Latino- / américa.
- 8) Los cambios en la Nación no se dan por arte de magia. Es necesario que cada uno, sin esperar a los demás ni una / orden de arriba, se esfuerce en vivir un ideal humano ca- / racterizado por la honestidad, la solidaridad, la justi- / cia social, etc.

Los cristianos tenemos que asumir el desafío de presentar / el mensaje evangélico no como un resto del pasado, sino como una propuesta grávida de futuro.

No tendremos una nación nueva sin hombres nuevos.

Y como dice Martín Fierro:

"Mas Dios ha de permitir
que esto llegue a mejorar.
Pero se ha de recordar
para hacer bien el trabajo,
que el fuego, pa' calentar,
debe ir siempre por abajo".

+***+

COMO ANUNCIAR LA GRAN NOTICIA

Escuchamos las instrucciones de Jesús con vistas a la misión.

Marcos ya había hablado de los Apóstoles; Jesús los había elegido "para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar con poder de expulsar demonios" (3, 14-15).

En los capítulos anteriores han seguido a Jesús, participando de su actividad, aprovechándose de sus enseñanzas y asistiendo a sus milagros. Viene ahora la segunda parte, el envío a predicar.

La misión consiste en transmitir una gran noticia, que tiene ciertamente un contenido intelectual, pero que comporta principalmente una praxis: "les dio poder sobre los espíritus impuros".

No se trataba sólo de una interpretación de la historia sino del anuncio de una fuerza transformadora del mundo y de la historia.

La mención de los "espíritus impuros" ilumina el carácter conflictivo de la misión. Se alude con esa expresión a todo lo que desde fuera amenaza al hombre y le impide realizarse como tal. Hoy hablaríamos, quizás, de alienaciones.

Los envía "de dos en dos". El anuncio se hace a partir de la comunidad.

En las recomendaciones llama la atención la insistencia en la pobreza: "No lleven pan, ni alforja, ni dinero, ni dos túnicas".

La misión no es una especie de marcha triunfal, es una empresa pobre, desprovista del poder que da el tener; no se impone. El éxito no está asegurado; hay que contar con la posibilidad del fracaso: algunos aceptarán el mensaje pero otros, no.

Las razones de la no aceptación pueden ser muchas. El Evangelio no las explicita aquí. Entre las causas que según los Evangelios cierran el corazón del hombre al anuncio de la liberación se destacan la riqueza y la autosuficiencia religiosa.

La característica antitriunfalista de la misión aparece también en la reacción ante la no aceptación del mensaje.

Hay una actitud de respeto a la libertad de quien rechaza. Esa imagen: "Sacudan el polvo de sus pies en testimonio para ellos" (vs. 11) no debe interpretarse como una especie de maldición, fruto del despecho, sino como una advertencia, un "testimonio" cuyo objetivo es provocar la reflexión y quizás el cambio de actitud.

La gran noticia de la liberación de Jesucristo tiene que ser propuesta, nunca impuesta.

Los cristianos que anuncian el Evangelio de acuerdo a las instrucciones de Jesús, los que tratan de tener las mismas actitudes de Jesús tienen que contar con la posibilidad del rechazo; incluso más: con la posibilidad de la persecución. Dice Jesús: "Si me persiguieron a mí, también los perseguirán a ustedes" (Jn. 15, 20).

El domingo pasado escuchábamos el relato del fracaso de Jesús cuando realizó el anuncio de la llegada del Reino de Dios en su pueblo de Nazareth: Jesús se asombraba de la falta de fe de sus coterráneos.

El Evangelio de Marcos subraya el modo antitriunfalista del

COMO ANUNCIAR LA GRAN NOTICIA

mesianismo de Jesús.

Los tres Evangelios sinópticos, Mateo, Marcos y Lucas, presentan a Jesús rechazando la tentación del poder: el demonio le dijo: Tírate de aquí abajo... Dios te salvará milagrosamente.../ Le hizo ver los reinos del mundo....: Te daré todo esto...

Durante su vida ha recibido sugerencias para realizar de otra manera su misión, para realizarla de un modo más eficaz y // exitoso. En lugar de aprovechar el entusiasmo de la gente, se aparta: "¡Todos te andan buscando!... Vámonos a otra parte" (Mc. 1, 35-38).

Varias veces se nota en el Evangelio que los Apóstoles no / comprendían el modo de actuar de Jesús. La gente "quería hacerlo rey; entonces él se retiró solo a la montaña" (Jn. 6, 15).

Su actitud desconcertaba a los que lo conocían: "No te quedas aquí, en Galilea; ve a Jerusalén, para que tus discípulos de allí vean también las obras que haces. Cuando uno quiere hacerse conocer, no actúa así, como en secreto... ¡Manifiéstate al mundo!" (Jn. 7, 3-4).

¿Qué pensamos de estas palabras? ¿No son observaciones lógicas y sensatas? ¿No las suscribiríamos?

Y sin embargo, el evangelista las descalifica: "Ni sus hermanos creían en él". Y Jesús les dice: Ustedes tienen la misma / manera de ver las cosas que tiene el mundo. Por eso ustedes no / tienen problemas; yo sí tengo problemas porque desenmascaro la / maldad que la gente oculta (ver Jn. 7, 5-7).

Pero entonces, ¿no hay que utilizar los medios más eficaces para anunciar el Evangelio? ¿No era evidente que el mensaje de / Jesús iba a tener mayor difusión si lo predicaba en Jerusalén // que si perdía tiempo recorriendo los pueblitos insignificantes / de esa provincia atrasada que era Galilea?

Pero, aventurándonos un poco más en la misma línea, considerando las cosas con el criterio de la eficacia, si Dios quería anunciar el Evangelio del Reino a todo el mundo en el siglo I, // ¿no hubiera sido más conducente hacerlo partir desde Roma y no / desde los pueblitos de la oscura Galilea...? Y, en tren de imaginar, ¿no hubiera tenido mayor resonancia el Evangelio si el Mesías hubiera sido el emperador romano en lugar del desconocido carpintero de Nazareth?

Hoy nos encontramos necesitados de una nueva evangelización. Lógicamente deseamos que el Evangelio llegue a la mayor // cantidad de gente y sea aceptado no de palabra sino existencialmente.

Muchos dan por sentado que ya sabemos lo que hay que transmitir y que el único problema es elegir los medios más eficaces, los que aseguren el éxito. Pero, ¿qué es en realidad lo que tenemos que transmitir? ¿Estamos tan seguros que lo sabemos? ¿Se trata de una doctrina? ¿De una interpretación del mundo y de la historia?

La respuesta es: no sólo. Jesús no sólo habló, sino hizo; // no sólo anunció el Reino con palabras sino con signos reales, // con hechos.

No son dos cosas paralelas: la palabra y el hecho son dos / aspectos de una misma realidad.

Por eso Jesús, cuando envía a los Apóstoles, les da poder // sobre los espíritus impuros. No se trata sólo de un anuncio verbal sino de un movimiento de liberación que el evangelista concretiza en la expulsión de demonios y en las curaciones (Jn. 6, //

COMO ANUNCIAR LA GRAN NOTICIA

12-13).

La misión consiste en anunciar que "algo está sucediendo". // Dice el Señor: "Estoy haciendo algo nuevo: ¿no lo perciben?" (// Is. 43). No es hablar de lo que sucederá después que muramos ni invitar a mirar al cielo (ver He. 1, 11).

Se inaugura, en Pentecostés, la misión de la Iglesia con la predicación de Pedro.

El Reino de Dios, ese nuevo ordenamiento de las relaciones de los hombres entre sí y con Dios, inaugurado en la resurrección de Cristo, irrumpe en el mundo envejecido por el egoísmo // por la fuerza del Espíritu.

Por eso dice Pedro: "A este Jesús, Dios lo resucitó, y todos nosotros somos testigos. Y exaltado por el poder de Dios, recibió del Padre el Espíritu Santo prometido y lo ha comunicado // como ustedes ven y oyen" (He. 2, 32-33).

La vida de la comunidad cristiana es presentada como esa realidad en la que se puede "ver y oír", es decir, constatar la // presencia del Espíritu prometido, el comienzo del Reino.

Un grupo de hombres que viven fraternalmente, no de acuerdo a las pautas egoístas vigentes en la sociedad, una comunidad en la que "ninguno padecía necesidad, porque todos los que tenían // tierras o casas las vendían y ponían el dinero a disposición de los Apóstoles para que se distribuyera a cada uno según sus necesidades" (He. 4, 34-35).

No se puede predicar el Evangelio de Jesús, no se puede anunciar el Reino de Dios sin señalar hechos que manifiesten esa presencia. Hechos que, como los realizados por Jesús, están en // la línea de la promoción y liberación humanas.

Los signos del Reino son diversos en las diversas épocas de la historia y son interpretados de diferente forma, como sucedió con los signos que realizó Jesús.

Pero no solamente debemos ser fieles al qué hay que transmitir; el Evangelio de hoy nos da instrucciones sobre el cómo. Por que la manera, los medios con que se comunica el Evangelio del // Reino, tienen una importancia fundamental: el cómo afecta al // qué.

Ciertamente, el poder de la riqueza anula el poder del Espíritu.

Es elocuente el relato de los Hechos. Pedro y Juan encontraron en la puerta del templo a un paralítico que pedía limosna. // Pedro le dijo: "Míranos". El hombre los miró fijamente esperando que le dieran algo. Pero Pedro le dijo: "No tengo plata ni oro, // pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo de Nazareth, // levántate y camina" (He. 3, 1-6).

Se habla mucho de nueva evangelización. ¿Puede hoy la Iglesia decir lo mismo que el pescador del lago de Galilea? ¿Responde a la vida y enseñanzas de Jesús implementar una misión "satelital" con todos los adelantos de la informática y de los apor- // tes del marketing?

La "Nueva Evangelización" debe tener en cuenta los desaciertos de la anterior. Si no, como decía Hegel: "Quien no tiene en // cuenta los errores del pasado, está condenado a repetirlos en el presente".

La Iglesia ha caído muchas veces en la tentación del poder // y ha sido infiel a Jesucristo. La unión del trono y del altar, // la unión de la espada y la cruz, han sido y son exaltadas por // quienes olvidan páginas como las de hoy y otras recomendaciones.

COMO ANUNCIAR LA GRAN NOTICIA

de Jesús en la misma línea: "Entre ustedes no debe ser así, amonestar a Jesús..."

La Iglesia tiene que ponerse en estado de misión.

Para eso tiene que renunciar a falsas seguridades, desmontar los aparatos nacidos de la imitación pagana, acentuar la fidelidad al núcleo del Evangelio: Jesucristo y los pobres, podando las excrescencias viciosas.

No tenemos que cerrar los ojos a las infidelidades de nuestro pasado que aún perduran. Reconocer y asumir no significa justificar.

Sólo un amor concreto y evangélico, y por eso crítico y libre, puede aceptar la Iglesia con sus limitaciones y darnos la fuerza para nuestra conversión personal.

Como decía ese cristiano del siglo XVI, Erasmo de Rotterdam:

"Soporto esta Iglesia porque no conozco otra mejor; y ella/me tiene que soportar a mí hasta que yo sea mejor".

+***+

EN LA SOLEDAD, DESCUBRIR LA GRATUIDAD

El pasaje de hoy nos muestra a los Apóstoles que han regresado de la misión a la que los había enviado Jesús. El domingo / pasado escuchábamos las instrucciones que Jesús les había dado / en orden a esa tarea.

"Los Apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado".

Habían anunciado el Evangelio del Reino y ahora estaban, // juntamente con Jesús, rodeados de gente: "Tanta era la gente... / que no tenían tiempo ni para comer"; y entonces Jesús toma la i- / niciativa de apartarse, de hacer un paréntesis en la actividad, / y los lleva a los Apóstoles a descansar. Quiere que sus discipu- / los no se dejen atrapar por el tonto triunfalismo de "todo lo // que hay que hacer".

Es un llamado de atención, es una advertencia: "Los hom-/// bres, también los hombres de la Iglesia, no son indispensables / en la convivencia humana".

La burocracia es una tentación a la que sucumbe también la / Iglesia.

Un Papa, un obispo, hasta un párroco son hombres que pien- / san que tienen "tanto que hacer", que llegan a considerarse in- / dispensables. Y entonces implementan todo un aparato burocrático de comisiones, organismos, oficinas, para multiplicar su acción.

Jesús rompe el encantamiento del activismo e invita a aban- / donar el tumulto y recalar en la soledad.

Es una invitación también para nosotros: "Vengan ustedes so / los, a un lugar tranquilo, para descansar un poco".

Tenemos necesidad de una terapia de soledad y de silencio. / Hay que descansar. Necesitamos descansar, el hombre no puede es- / tar siempre en actividad. Necesita, para vivir como hombre, al- / ternar actividad y descanso.

La Biblia, cuando habla del hombre, dice que Dios lo hizo a su imagen para que trabajase (Gén. 2, 15).

El trabajo no es un castigo. A veces se traen a colación e- / sas palabras del Génesis: "Ganarás el pan con el sudor de tu /// frente" (Gén. 3, 19). Pero esas palabras expresan la situación / dolorosa en que se encuentra el hombre como consecuencia del pe- / cado. El hombre, separado de Dios, encuentra dificultad en lo // que lo realiza, en su tarea de hombre.

Según la voluntad de Dios, el trabajo no es una maldición / sino una tarea que ennoblece al hombre a quien Dios ha hecho su / lugarteniente en el mundo.

Dios hizo el mundo y lo dejó en manos del hombre.

"Al séptimo día, Dios descansó" (Gén. 2, 2). Mientras conti- / núan las "vacaciones divinas", el hombre es el encargado de "cui- / darlo y cultivarlo" (Gén. 2, 15).

El hombre ha sido hecho imagen de Dios, ha sido creado crea- / dor. Esa es la grandeza del hombre y el sentido profundo del tra- / bajo humano. Por eso, como lo dice Juan Pablo II en su encíclica / sobre el trabajo, "Mediante el trabajo, el hombre no sólo trans- / forma la naturaleza... sino que se realiza a sí mismo como hom- / bre, es más, en un cierto sentido "se hace más hombre" (Laborem / exercens, nº 9).

Pero, si ése es el designio, el plan de Dios, ¿cuál es la / realidad?

EN LA SOLEDAD, DESCUBRIR LA GRATUIDAD

Se puede decir que el trabajo, tal cual se da entre nosotros, ¿humaniza al hombre? El hombre, ¿se siente realizado en su trabajo o, por el contrario, lo soporta porque necesita el sueldo para vivir?

¿Cómo vive el domingo a la tarde, la víspera de una semana de trabajo? ¿Con deseos de que llegue el lunes o con la angustia de quien debe volver a la monotonía y pesadez del trabajo?

Pensemos, ¿esto tiene que ser así? No digamos tan rápidamente: "Siempre fue así", "No puede ser de otra manera", "Algunos pocos tendrán la suerte de poder trabajar en lo que les gusta, la mayoría tenemos que trabajar para conseguir dinero que nos permita vivir", y agregan: "y gracias que tenemos trabajo, gracias que tenemos salud y trabajo... Cuánta gente hay sin trabajo o que han quedado sin trabajo como consecuencia de las "racionalizaciones", ese eufemismo con que se ocultan los despidos..."

¿Cuánta gente hay sin trabajo! El derecho al trabajo, a un trabajo digno y a una remuneración justa es negado a millones en nuestra patria.

Digámoslo claramente, el derecho a la vida es negado a millones. A gente que puede trabajar y a quienes, como los jubilados y pensionados, ya no pueden trabajar, se les niega el derecho a la vida. Esto, ¿tiene que ser así? ¿Es algo que hay que aceptar que sólo puedan sobrevivir algunos y otros estén condenados a ir muriendo?

¿Es fatal que haya islotes de prosperidad y abundancia en un mar de pobreza creciente y miseria? ¿No estaremos empecinados en seguir un rumbo equivocado?

¿Es humano pedir paciencia a quienes carecen de lo necesario para vivir y no ven ninguna posibilidad cierta de cambio cercano de su situación?

Los obispos decían: "Nos preocupa de modo particular la situación de los más pobres. Ellos son los que más han sufrido los sucesivos ajustes económicos. Son los que están más indefensos. Los que carecen de alimentación suficiente y debida atención a su salud y son ellos los más perjudicados por el aumento del analfabetismo. Las estadísticas nos dicen que la brecha entre ricos y pobres se agranda cada vez más y la marginalidad creciente tiende a instalarse de manera endémica en nuestra sociedad.

No se puede sacrificar el presente de los más pobres en aras de un futuro incierto; se hace urgente la sostenida implementación de una política social con programas concretos de asistencia y promoción que involucren como protagonistas a los mismos interesados" (20.04.91).

El Evangelio de hoy es un llamado de atención a los principales responsables de esta situación y no sólo a ellos, sino también a quienes la padecemos y de algún modo contribuimos a que perdure.

Vivimos como arrastrados por un torbellino de ocupaciones y preocupaciones, sin pensar, respondiendo a los estímulos inmediatos de acuerdo a directivas y pautas, no elegidas de acuerdo al Evangelio, sino introyectadas por la televisión, el medio social en que nos movemos, los reiterados ejemplos que parecen confirmar que "el que no afana es un gil" como dice un tango.

"Vengan ustedes solos". Necesitamos salir del tumulto y encontrarnos a nosotros mismos.

Sentimos una gran resistencia a encontrarnos cara a cara con nosotros mismos. No soportamos la soledad. Cuando nos vemos/

EN LA SOLEDAD, DESCUBRIR LA GRATUIDAD

obligados a estar solos, por ejemplo en la sala de espera de un médico, buscamos una revista. Hay quienes tienen siempre prendida la radio...

Necesitamos acallar los ruidos externos e internos para percibir nuestro corazón...

¿Qué queremos? ¿Qué estamos buscando? En realidad, ¿quién soy? ¿Soy simplemente un conjunto de funciones?: "Fulano de tal, tantos años, casado, tantos hijos, empleado en tal parte, socio de tal institución..." Sobre esto escribió hace unos años Ralf Dahrendorf su obra "Homo sociologicus".

El hombre, ¿se identifica con lo que produce?, ¿vale por lo que hace? Tal es el criterio prevalente en la sociedad en que vivimos.

Consciente o inconscientemente aceptamos que nuestra identidad, el ser "alguien", depende del rol social que desempeñamos.

Un ciruja no es tratado con el mismo respeto con que se trata a un médico. Esto explica también la marginación de los que no producen: los desempleados y los jubilados. Y, consecuentemente, los serios problemas psicológicos que tal situación comporta. El estar siempre ocupados es un signo de status: "Disculpe / que lo moleste, a usted que tiene tanto que hacer".

Si nuestra identidad depende de nuestro rol social, entonces podemos ser prescindibles: otro puede ocupar nuestro lugar y cumplir nuestra función. Incluso puede realizar nuestra función mejor que nosotros.

Para ser "alguien" hay que estar siempre en carrera; el que se detiene, pierde, fracasa. Tenemos terror al fracaso; no se nos prepara para eso: ¡Hay que triunfar, tener éxito!

Para alcanzar el éxito en el mundo en que vivimos, no basta ser competente, tiene que aparecer que uno es mejor que los demás (aunque muchas veces las apariencias engañan); no basta "valer": hay que "hacerse valer" (y en esa lucha "todo vale").

Para triunfar hay que adecuarse a las expectativas del "mercado": ¿Qué características tiene que tener uno para ascender o "trepar", para que la gente lo acepte? Y, de acuerdo al juicio / que de nosotros hagan aquellos de quienes dependemos (el jefe, el medio social, etc.), surgirá en nosotros la autoestima o el autodesprecio, la fluctuación entre uno y otro sentimiento...

Poniendo su identidad en el rol social que juega, el hombre se "aliena", se "diluye" en sus funciones. Ibsen describe poéticamente esta situación en "Peer Gynt". El protagonista trata de descubrir su propio yo y se encuentra con que es como una cebolla. Se pueden quitar una tras otra las capas y no se encontrará el corazón.

"Vengan ustedes solos a un lugar desierto..." Tenemos que abrir una brecha en la atmósfera mercantilista que nos envuelve para aprender de Jesús quiénes somos.

Jesús, si hacemos silencio, nos revela el misterio de nuestra identidad: nuestra vida es un don, la clave de nuestra existencia es la gratuidad. Esta es la Buena Noticia, este es el Evangelio: somos amados por Dios no por lo que hacemos sino por lo que somos.

Y el sentido de nuestra vida es aceptarnos porque somos aceptados por el Padre. Nuestro valor no coincide con nuestra utilidad.

EN LA SOLEDAD, DESCUBRIR LA GRATUIDAD

Esa verdad fundamental es ilustrada por un relato del Tao://
"Un carpintero y su aprendiz iban caminando juntos por un bos-//
que. Y al encontrar un roble alto, retorcido, viejo, hermoso, el
carpintero preguntó a su aprendiz: ¿Sabes por qué este árbol es/
tan alto, tan viejo y hermoso?

- No, ¿por qué?

- Bien, dijo el carpintero, porque es inútil. Si fuera útil
habría sido cortado hace mucho y convertido en mesas y sillas. //
Pero al ser inútil pudo crecer tan alto y tan hermoso de modo //
que uno se puede sentar a su sombra y descansar".

"En la soledad podemos crecer libremente sin estar preocupa-
dos con nuestra inutilidad y podemos ofrecer un servicio que no
habíamos previsto" (Nouwen).

+ + + + +

DOMINGO 17º DURANTE EL AÑO: Jn. 6, 1-15

CICLO B

EL REINO DE DIOS Y EL HAMBRE DEL HOMBRE

Este milagro de la multiplicación de los panes ha impresionado vivamente a la comunidad cristiana; prueba de ello es que lo transmiten los cuatro evangelistas.

Hoy escuchamos la versión del cuarto Evangelio y, lógicamente, aparecen sus características propias. Así, por ejemplo, es Jesús quien toma la iniciativa (vs. 5); además, a pesar de lo inverosímil, "eran unos cinco mil hombres" (vs. 10), él, personalmente, distribuye los panes y los pescados (vs. 11).

Además, el signo provoca la profesión de fe: "Este es el // profeta que debe venir al mundo" (vs. 14), pero conserva su ambigüedad: "Querían hacerlo rey" (vs. 15).

El relato de Juan tiene analogías con el milagro de Eliseo, que multiplica los "panes de cebada" (2 Reyes 4, 42-44), pero apunta más allá, al maná del Exodo, cap. 16; la aclaración "se acercaba la pascua, la fiesta de los judíos" no responde, en /// Juan, a un prurito de precisión cronológica: lo que hizo Yavé en el pasado lo hace Jesús en el presente.

Ciertamente, la comunidad cristiana consideró la multiplicación de los panes, al igual que el maná, como una figura de la 7 eucaristía. Pero no se puede reducir el sentido de la multiplicación de los panes a ser una ilustración de la eucaristía.

Muchas veces se actúa así. Por una especie de deformación ideológica se pone entre paréntesis, se prescinde del hecho que 7 Jesús dio de comer a gente que tenía hambre y se habla de que Jesús viene a traernos una "comida espiritual".

Se interpretan los Evangelios a la luz de un falso presupuesto, a partir de una concepción que por ser tan generalizada se la considera correcta. Se da por supuesto que Jesús ha fundado una religión y que toda religión se ocupa de lo espiritual, / de lo interior, de las almas.

Los otros aspectos de la vida del hombre, la comida, la casa, el trabajo, etc., son competencia de la política, la economía, la sociología, etc. No hay que confundir religión y política, religión y economía.

Algunos, pretendiendo hilar más fino, hacen una comparación entre la religión del Antiguo Testamento y la del Nuevo Testamento. La religión del Antiguo Testamento sería, en cierto sentido, materialista; se preocupaba de la vida del hombre en este mundo. En cambio, el Nuevo Testamento sería espiritualista, se preocupa de la vida del hombre en el otro mundo, de la salvación del alma.

Pero, ¿es correcto este modo de interpretar el cristianismo?

Es claro que muchos en el pasado y en el presente consideran que para los cristianos la vida humana en este mundo es simplemente un período de prueba, no importante en sí sino sólo en función de otra vida que tendría lugar después de la muerte. En ciertos períodos se veía como ideal la huida del mundo, la "fuga mundi", para mejor prepararse para la otra vida, para el otro // mundo.

Pero, ¿ése es el mensaje de Jesús? De ninguna manera.

El tema central de la misión de Jesús es el comienzo del // reinado de Dios: ¡El Reino de Dios ha llegado!

La diferencia del mensaje de Jesús con el Antiguo Testamen-

EL REINO DE DIOS Y EL HAMBRE DEL HOMBRE

to no es que éste fuera materialista y Jesús espiritualista, no se trata del paso de una religión, preocupada por la vida del hombre en el mundo, a una religión preocupada por la vida del alma en el cielo.

La originalidad del mensaje de Jesús consiste en afirmar // que el mundo nuevo, el Reino de Dios que los judíos esperaban para el final de la historia está ya presente, dentro de la misma historia. Ya ha comenzado ese "cielo nuevo y esa tierra nueva en que habitará la justicia" (2 Pedro 3, 13).

Pero no se trata de una realidad prefabricada; se va haciendo, en un proceso histórico, madurando la historia desde dentro y orientándola hacia la meta. Ya está presente el Reino, pero aún no en plenitud, por eso pedimos: "Venga a nosotros tu Reino". "El fin ya está presente, pero este presente no es el fin".

El anuncio del Reino de Dios es una Buena Noticia, un evangelio para los hambrientos, los enfermos, los oprimidos; en una palabra: para los pobres.

Jesús afirma que en él se ha cumplido el anuncio profético de Isaías (Lc. 4, 16-21). Por eso no sólo anuncia de palabra la llegada del Reino sino que realiza gestos, señales que manifiestan, con la elocuencia de los hechos, el dinamismo del Reino (Mt. 11, 2-5).

La multiplicación de los panes es uno de los signos del Reino.

Aunque Jesús nunca da una definición del Reino de Dios, no es difícil comprender en qué consiste si consideramos sus signos, es decir, los hechos que lo manifiestan, los que, generalmente, llamamos milagros.

El Reino de Dios es una nueva forma de vida, un nuevo tipo de relaciones de los hombres entre sí y con Dios, caracterizadas por la justicia, la verdad, la reconciliación. Pero Jesús no es un mago que transforma de golpe este mundo en el Reino: de muchas maneras, con parábolas y exhortaciones, Jesús insiste en la necesidad de trabajar por el Reino.

Los milagros de Jesús son esporádicos y raros; eso indica / que no vienen a suplantarse la tarea que nos toca como hombres: hacernos hombres, haciendo de este mundo una casa habitable. Aunque los milagros contribuyen, en una escala mínima, a mejorar la condición humana, señalan hacia dónde debe dirigirse la acción: a liberar al hombre del hambre, de la enfermedad, de lo que lo oprime, de todo lo que le impide realizarse como hombre.

Para Jesús y para el cristiano, la vida en este mundo no es simplemente un período de prueba como si lo importante sucediera recién después de la muerte. Ya ha comenzado la vida verdadera, porque la presencia del Reino confiere trascendencia a nuestra existencia terrena. La vida eterna no viene "después" de nuestra historia, es cumplimiento último de esta historia.

Por eso, la lucha por transformar este mundo selvático, en donde sobreviven sólo los más fuertes, en un mundo humano en donde puedan existir dignamente todos, está en la línea del Reino. Los que trabajan para que se realice "el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas, a condiciones de vida más humanas" (Populorum Progressio, 20-21), escucharán / de boca de Jesús: "Vengan, benditos de mi Padre, reciban el Reino... porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber... me dieron casa, vestido, me asistieron cuando estuve enfermo y preso..." (Mt. 25, 34-40).

EL REINO DE DIOS Y EL HAMBRE DEL HOMBRE

No se trata, evidentemente, de una enumeración completa; podríamos agregar otras acciones análogas, es decir, todo lo que hoy denominaríamos derechos humanos: derecho a la vida, a la salud, al trabajo, a la vivienda, a la educación, a la verdad...

Reducir el cristianismo al "anuncio de la salvación del hombre más allá de la muerte, sin luchar por una existencia digna del hombre en este mundo, es una deformación mítica del mensaje cristiano" (Alfaro).

Esa deformación constituye una traición al verdadero cristianismo y da razón a quienes lo acusan de ser "opio del pueblo" o perjudicial "ilusión".

El relato del Evangelio de hoy constituye un desafío para la Iglesia y los cristianos.

Se han multiplicado los hombres y las necesidades, pero también las posibilidades de hacerles frente. Hay más de cinco mil necesitados, pero también contamos hoy con bastante más que cinco panes y dos pescados.

Hoy existe la posibilidad real de acabar con el hambre en el mundo, y sin embargo siguen muriendo millones de hombres cada año.

En nuestro país hay millones de personas en situación infra humana y desesperada. Están hambrientos; muchos, literalmente, carecen de pan; y muchos más, de lo que el pan simboliza: carecen de lo necesario para una vida digna de hombre.

Los pobres, los que sufren, merecen respeto; es indigno y, cristianamente hablando, es un sacrilegio "utilizarlos" para impactar o para conseguir votos. Pero tenemos que reconocer que son sacrificados para aumentar el bienestar y el enriquecimiento de los grupos reducidos de los poderosos.

Para solucionar los problemas no podemos apelar a una solución milagrosa. El final del relato de hoy es una realista advertencia.

La experiencia de una solución imprevista, como venida de "arriba", como caída del cielo, puede alimentar la ilusión del facilismo. Los beneficiarios del milagro pretendieron "institucionalizarlo", quisieron hacer rey a Jesús para asegurarse el pan sin trabajar...

Grave error. ¡Jesús no viene a hacer competencia desleal a los panaderos! Dios no es un émulo del hombre, por eso no es un "tapahuecos", no viene a solucionar las ignorancias e impotencias del hombre.

Por eso, la multiplicación de los panes contiene este mensaje: no es cierto que no hay salida, no es cierto que el único camino viable es el que se construye sobre miles de cadáveres humanos. Sigue siendo válido aquel slogan del 68: la imaginación, al poder; es necesaria la síntesis de honestidad, competencia y creatividad para gestar un ordenamiento alternativo.

LA FE LIBERADORA Y SUS MARTIRES

Comenzamos la lectura de lo que se llama 'discurso del pan de vida', que se extenderá por cuatro domingos. En este largo // discurso, el evangelista se refiere a la unión con Jesús, por la fe y la eucaristía.

El discurso está sostenido y provocado por las intervenciones de los oyentes. Comienza con la búsqueda de Jesús por parte de quienes se habían beneficiado con la multiplicación de los panes. Estos sueñan con una "institucionalización" del milagro. Jesús se los dice: "Ustedes me buscan porque han comido pan hasta saciarse". No es así como me deben buscar.

Ante esta reconvención, la gente pregunta:

¿Qué debemos hacer para realizar las obras de Dios? Y esta pregunta, en la mente del evangelista, es una sugerencia para // los que lean su Evangelio como lo hacemos nosotros hoy. Nosotros debemos hacer la misma pregunta: ¿Qué debemos hacer para realizar las obras de Dios? ¿Qué quiere Dios de nosotros?

A esta pregunta se responde en otras partes del Evangelio: // lo que quiere Dios es que se amen los unos a los otros como Jesús los ha amado (13, 34-35). Lo que nos pide Dios es el amor efectivo al otro, a los demás, comenzando por los más necesitados. No sólo en este Evangelio sino también en los tres sinópticos: Mateo, Marcos y Lucas, lo que Dios nos pide es amor eficaz a todo hombre.

Pero hay una expresión equivalente, y ésa es la que tenemos en el pasaje que leemos hoy. Aquí se pone como única exigencia de Dios, la fe en Jesucristo. "La obra de Dios es que crean en Aquel que El ha enviado". Lo que Dios nos pide es que creamos en Jesucristo.

Esta enseñanza nos es transmitida por la Iglesia. Pero hay que entender bien lo que significa creer, tener fe.

Está muy difundida una concepción de fe reducida a la aceptación intelectual de verdades. Esta concepción se fue formando a través de los siglos: desde el medioevo pasando por el Concilio de Trento del siglo XVI contra los protestantes, hasta el // Concilio Vaticano I a fines del siglo pasado (1870).

La fe, según esta concepción, consiste en la aceptación intelectual de enunciados doctrinales revelados por Dios y aceptados por su autoridad, de acuerdo a la enseñanza de la Iglesia. // Esta concepción lleva a que se ponga el acento en la instrucción religiosa. Además, dio origen a una excesiva preocupación por la ortodoxia, es decir, por la correcta formulación de las verdades, que tuvo en siglos anteriores, como consecuencia, la instauración del "Tribunal de la fe" que se llamó la Santa Inquisición y que con diversos nombres ha llegado hasta hoy.

En esta concepción tiene sus raíces lo que el Concilio Vaticano II califica como uno de los errores más graves de nuestra época: el divorcio entre la fe y la vida (G.S. 43).

Hay quienes se consideran en regla con Dios porque aceptan las verdades enseñadas por la fe sin que tal aceptación tenga influencia concreta en su vida.

En esta concepción de la fe, la preocupación por la verdad abstracta se puede incluso transformar en una ideología a la // cual se sacrifica la vida de los hombres. Durante siglos la Inquisición condenó a la tortura y a la muerte a "herejes" y "brujas".

LA FE LIBERADORA Y SUS MARTIRES

El Nuevo Testamento presenta la fe como la adhesión a una persona, Jesús de Nazareth. La fe es una actitud vital que con- promete al hombre todo. En el Nuevo Testamento aparece que esa actitud vital que asimila al hombre a Jesús va más allá de la aceptación de los enunciados que expresan la fe.

El que da de comer al hambriento y de beber al sediento, el que viste al desnudo, quien, en una palabra, socorre al necesitado, está en comunión de fe práctica con Jesús de Nazareth y con todos los que trabajan por la salvación de los hombres (Mt. 25, 31-46).

La fe cristiana no se reduce a la aceptación intelectual de verdades: es la adhesión a una persona, Jesús, y la adhesión a esa persona comporta la aceptación vital de su modo de situarse ante Dios y los hombres, ante la vida y la muerte, ante los ricos y los pobres. La fe cristiana comporta un determinado sentido de la vida.

Ese sentido puede expresarse, y en realidad se expresa, en formulaciones que guardan referencia al núcleo fundante que es la adhesión a Jesucristo. Pero no es quien conoce las verdades el que se salva sino quien "realiza" la verdad.

Creer no es aceptar sólo doctrinas sino "hacer real" en nuestra vida lo que profesamos; y ello es así porque Jesús no es simplemente un maestro de doctrinas, sino alguien que RECORRIO UN CAMINO. Recorrió un camino en el que asumió la totalidad de la vida, a partir de Dios y en favor de los hombres.

Jesús mostró que a Dios no se lo encontraba sólo en el templo ni moraba aislado en su cielo, sino que se hacía presente en cada hombre y en cada situación concreta.

La expresión varias veces repetida: "No está hecho el hombre para el sábado sino el sábado para el hombre" quiere decir que hay que juzgar el árbol por sus frutos.

SI EL DIOS QUE SE CONFIESA, SI EL DIOS EN QUIEN SE DICE CREER NO LIBERA, NO ES EL DIOS VERDADERO.

La doctrina abstracta sobre Dios no justifica; puede servir de encubridora de una opresión religiosa y política. Los Evangelios presentan tantos episodios de oposición entre Jesús y los escribas y fariseos sobre el sábado porque Jesús quiere poner en claro que Dios es honrado cuando el hombre es liberado. Creer implica trabajar por la liberación del hombre.

Pretender que en el día consagrado a Dios no se pueda trabajar para la liberación del hombre no es honrar a Dios: es blasfemar contra El; no es creer en Dios: es negarlo.

LA FE AUTENTICA ES LIBERADORA; LA ACTITUD NO LIBERADORA ES NEGACION DE LA FE VERDADERA.

De esto se sigue que "no basta afirmar verdades: Dios existe, Jesucristo resucitó, Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, etc.,...".

Decir con fe que "DIOS EXISTE" no es como decir: "una piedra existe". Decir "Una piedra existe" deja mi vida incambiada. AFIRMAR con fe que "DIOS EXISTE" es confesar que la vida, mi vida, tiene un sentido. Que a pesar de mi pequeñez y mi pecado, // Dios me ama y me invita a amar como El. Dios existe y entonces / no todo vale igual.

Afirmar que "JESUCRISTO RESUCITO" de entre los muertos, significa que Dios no es neutral, que el Padre no es un emperador / impasible que cierra los ojos a las injusticias. Afirmar con fe /

LA FE LIBERADORA Y SUS MARTIRES

que Jesucristo resucitó quiere decir que Dios está en la historia de parte del inocente perseguido. Quiere decir también que la muerte no tiene la última palabra, que hay un fin bueno para el hombre y para el mundo.

Cuando afirmo con fe "DIOS ES PADRE, HIJO Y ESPIRITU SANTO" no enuncio una verdad científica sino que estoy afirmando que la sociedad humana es comunión en diferencia e identidad. Que Dios, que hizo al hombre a su imagen, lo quiere integrado en el mutuo respeto de la alteridad y comunión amorosa. El misterio de Dios ilumina el trabajoso caminar de los hombres hacia una plenitud de vida que llamamos Reino de Dios.

Estas verdades de fe se tornan salvadoras cuando se hacen, cuando se realizan. En ese sentido, se puede llamar a la fe la obra de Dios. Así se puede entender que lo único que hay que hacer es creer.

Pero entonces creer no es sólo pensar, no, sino hacer. Creer en Dios es reconocerlo como liberador en las circunstancias concretas en que nos toca vivir.

Y entonces habrá una legítima y correcta relación entre "ortodoxia", correcto modo de expresar la verdad, y "ortopraxis", correcto modo de realizar la verdad.

El vivir la fe auténtica comporta hacer, en concreto, la opción que hace Dios, desde el Exodo al Calvario: por los pobres, por los marginados, por los oprimidos.

Y quien hace tal opción, quien "anuncia el Evangelio a los pobres" (Lc. 4, 18) denuncia a quienes lucran con las injusticias y eso puede costar la vida al testigo del Evangelio liberador.

Hoy se cumplen 15 años del asesinato de Mons. Enrique Angelelli. Se puede hablar de un martirio, término griego que significa "testimonio"; la palabra "mártir" significa "testigo".

Jesús fue el testigo por antonomasia. El Apocalipsis le da este título: "mártir fiel y fidedigno" (3, 14; 1, 5).

La muerte de Jesús fue una consecuencia del rechazo de su mensaje. Los dirigentes no aceptaron el anuncio del Reino y pretendieron acallar definitivamente al profeta molesto.

"Jesús murió porque luchó; su muerte no puede ser considerada al margen de su vida" (Rahner).

La fidelidad de Jesús a su misión lo llevó a afrontar la muerte. No buscó la muerte por sí misma. A Jesús como a los mártires, la muerte se les impone violentamente.

Desde los primeros siglos del cristianismo se dio el título de mártir a los cristianos que fueron torturados y asesinados por permanecer fieles a Jesucristo. Pero no sólo ha habido mártires en los primeros siglos; se puede decir que durante toda la historia la Iglesia ha tenido mártires, testigos de Cristo y de su Evangelio, en algún lugar del mundo.

Hablando de los mártires, tenemos que confesar con humildad que la Iglesia institucional ha perseguido durante siglos a muchos cristianos calificados de "herejes" y "brujas". Eran cristianos que pretendían vivir de acuerdo al Evangelio.

La Iglesia no sólo condenó las herejías sino a los herejes. La Inquisición los entregaba al "brazo secular", al poder civil, para ser torturados o muertos. En algunos casos, tales víctimas inocentes fueron, con el tiempo, reivindicados como, por ejemplo, Santa Juana de Arco, muerta en la hoguera.

LA FE LIBERADORA Y SUS MARTIRES

ceder" (Paz, 5-6).

La represión que se dio en los años 70 en una América Latina militarizada, es consecuencia de la aplicación de la Doctrina de la Seguridad Nacional.

Según esta doctrina, el mundo es un campo de batalla donde nadie es neutral. La lucha abarca todos los campos: económico, ideológico, cultural y militar. La lucha se da entre la sociedad comunista y atea y la sociedad occidental y cristiana.

En el Informe Rockefeller (1969) se decía: "Debemos estar alertos ante esta Iglesia de América Latina. Si lleva a cabo lo que se ha propuesto en Medellín en 1968, afectará negativamente a nuestros intereses".

En 1974 se difundió un documento dirigido a los responsables militares y políticos de América Latina que contenía directivas concretas para la lucha contra los cristianos comprometidos con los pobres.

Y en mayo de 1980, un grupo de expertos del partido republicano de U.S.A. elaboró un documento, el "Documento de Santa Fe", en que se decía: "La política exterior de los Estados Unidos debe empezar a enfrentarse con la Teología de la Liberación y no simplemente reaccionar a posteriori en contra".

Continuar la misión de Jesús, "anunciar el Evangelio a los pobres" (Lc. 4, 18), en la Argentina de los años 70 era peligroso. Se etiquetaba a quienes lo hacían, de "marxista" y "guerrillero".

El 11 de mayo de 1974 el Padre Carlos Mugica moría en Buenos Aires acorralado por "armas anónimas asesinas" luego de celebrar misa.

El 4 de Julio de 1976, poco después de instaurado el régimen militar, fueron asesinados tres sacerdotes y dos seminaristas "palotinos" en la parroquia de San Patricio en el barrio de Belgrano, también en Buenos Aires. En la misa del día siguiente decía el celebrante: "Estas muertes vienen a sumarse a otras de todos los días y a los innumerables desaparecidos de los que nadie da razón. Son hechos que constituyen una injuria a Dios y a la humanidad..."

El 18 de julio de ese año fueron asesinados en Chamical, La Rioja, los sacerdotes Carlos de Dios Murías y Gabriel Longeville, y el 25 de julio, en Sañogasta, también La Rioja, el laico Wenceslao Pedernera.

El 3 de Agosto, el obispo de La Rioja Enrique Angelelli, en una reunión con sacerdotes y religiosas de su diócesis, analizó con ellos la espiral de violencia en La Rioja y en el país. Ese día manifestó el convencimiento de que realmente era a él a quien buscaban. Al día siguiente, 4 de Agosto, los hechos le daban la razón.

Había sido amenazado muchas veces, y numerosos grupos de poder lo atacaban violentamente por los medios de difusión. La defensa de la gente explotada lo había llevado a denunciar sin tapujos las injusticias que se hacían con las tierras, los escandalosos hechos de usura y la corrupción de funcionarios.

El 22 de octubre de 1974, el Papa Paulo VI le escribía una carta personal en la que, entre otras cosas, le decía: "Estamos felices de confirmarle nuestra fraterna complacencia por su intensa y sacrificada actividad, dirigida sobre todo en favor de los más necesitados, sin ocultar nuestra honda pena por los obstáculos y amarguras que encuentra usted en el desempeño del ministerio episcopal".

LA FE LIBERADORA Y SUS MARTIRES

"Condenamos las violencias y difamaciones de que ha sido objeto su persona y su labor por mejorar los sectores más pobres del pueblo riojano y, por la renovación conciliar en el ámbito de la comunidad eclesial... usted sabrá hallar el camino de hacer comprender los deberes de la caridad y la justicia a cuantos se oponen a su empeño en la promoción integral del hombre..."

El camino sugerido por el Papa fue seguido fielmente por Angelelli, que el 4 de agosto de 1976 pagó esa fidelidad con su vida.

Ese día viajaba con el Padre Pinto (sobreviviente) de Chami cal a La Rioja. Llevaba consigo la carpeta que contenía los antecedentes recopilados en relación con los asesinatos de sus sacerdotes.

Una vez en la ruta, otro vehículo que avanzaba en la misma dirección alcanzó a la camioneta que guiaba el obispo, encerrándola y determinando que volcara. El cuerpo del obispo fue "proyectado" a 25 metros del lugar donde quedó la camioneta.

Hace pocos años, en 1986, como resultado de las investigaciones, el juez riojano Aldo I. Morales dictaminó: "La muerte de Monseñor Angelelli no obedeció a un accidente de tránsito como a firmara la dictadura militar, sino a un homicidio fríamente premeditado, y esperado por la víctima". De esto estaban seguros ya el pueblo de La Rioja, sus sacerdotes y religiosas y unos pocos obispos.

El año pasado -1990-, el actual obispo de La Rioja Mons. // Bernardo Witte, dio comienzo al proceso en orden a la canonización. En el documento inicial se dice que: "La Iglesia... invita a los pastores a proponer el testimonio de aquellos hijos que siguieron a Cristo y lo imitaron hasta la entrega generosa de sus vidas. Y la iglesia particular de La Rioja ha sido bendecida por Dios, en un pasado no lejano, con la entrega generosa de uno de sus Pastores, Mons. Enrique Angelelli, y de los sacerdotes Carlos de Dios Murias OFM Conv. y Gabriel Longeville, y del laico Wenceslao Pedernera".

Después de largo tiempo de silencio, una decisión justa de la jerarquía.

¿Por qué este silencio acerca de estas muertes, por qué silenciar el clamor de la sangre de los mártires que proclama el Evangelio de Cristo a los pobres? ¿Tenemos miedo? ¿Nos han convencido las acusaciones de los perseguidores? ¿Creemos que fueron imprudentes? ¿Qué le habiérámos dicho a Jesús?

Decía el P. Rahner a propósito del arzobispo del Salvador asesinado el 24 de marzo de 1980: "Cuando Oscar Romero predica de un modo tal que finalmente es asesinado, tendría que ser honrado y alabado; lo que no se ha hecho hasta ahora. Si hubiera sido asesinado por una prédica en contra del aborto, me imagino los himnos de alabanza que se le hubieran cantado. Pero como ha predicado contra las injusticias sociales en América Latina, donde quizás son más los niños que mueren por la miseria y el hambre que por el aborto, simplemente se lo silencia, como si fuera un incómodo aguafiestas".

Es necesario recuperar la memoria de nuestros hermanos mártires: son un signo del Reino ya comenzado.

A veces decimos que no hay modelos actuales para proponer a los jóvenes. Pero, ¿cuál es nuestro ideal de vida? Monseñor Angelelli solía repetir: Tenemos que vivir "con un oído puesto en el Evangelio y el otro en el pueblo".

DOMINGO 19º DURANTE EL AÑO: Jn. 6, 41-51

CICLO B

"CONOCEMOS A SU PADRE Y A SU MADRE"

A cualquier lector de los Evangelios le llama la atención / que Jesús habla de muy distinta manera en los escritos de Mateo, Marcos o Lucas, y en el Evangelio de Juan.

Los sinópticos presentan a Jesús anunciando el Reino de /// Dios; el Jesús juánico se refiere a sí mismo, pone en primer pla no su propia persona.

¿Cómo habló el Jesús histórico? La ciencia bíblica ya hace / tiempo que ha respondido unánimemente: En los tres Evangelios // más antiguos nos encontramos "más cerca" del Jesús histórico que en el Evangelio de Juan.

El Jesús histórico no usó el discurso de revelación que a- / bunda en Juan. Este discurso que estamos leyendo estos domingos, como todo el Evangelio, es una composición de un teólogo del /// cristianismo primitivo; no un discurso del Jesús histórico.

Y sin embargo, a pesar de que Jesús no utilizó ni el discurs / so de revelación ni las formas literarias propias del Evangelio / de Juan, esta obra nos transmite con exactitud quién fue Jesús / en lo más íntimo de su ser y cuál era su misión.

El autor del cuarto Evangelio medita y ahonda las acciones / y palabras de Jesús que transmiten los tres primeros Evangelios.

"Yo soy el pan de vida", repite Jesús en este discurso. En / otros, utiliza otros símbolos: "Yo soy la luz del mundo" (8, 12) / o "Yo soy la puerta; el que entra por mí se salvará" (10, 9); // "Yo soy el buen pastor" (10, 11); "Yo soy la vid; ustedes, los / sarmientos" (15, 5); todos símbolos muy ricos para expresar lo / que es Jesús para nosotros.

Lógicamente, al utilizar el símbolo del pan se dice que el / discípulo tiene que comerlo. Así cuando se usa la imagen de la / puerta, la actitud del discípulo es entrar; si la imagen es el / camino, la actitud del discípulo es la de avanzar por él; si la / luz, habrá que dejarse guiar por ella para no extraviarse en las / tinieblas, etc.

El símbolo del pan se pone en relación con el pan milagroso / con que Dios alimentó a Israel en su travesía por el desierto ha / cia la tierra prometida. De un modo semejante, Dios envía a Je- / sús para que dé vida al pueblo. Así como el maná era llamado pan / del cielo, Jesús también es el pan bajado del cielo.

Pero Jesús no es una cosa dada por Dios; es el Hijo de Dios / y por eso es el único que ha visto al Padre. Por eso da vida a / quien lo acepta: dar la vida es la acción propia de Dios, del // Dios viviente y vivificador a quien Jesús llama su Padre.

Aunque el Evangelio de Juan presenta una imagen hierática / de Jesús que hace pensar en esas figuras bizantinas sobre el fon / do de mosaicos dorados que hacen "desaparecer" las paredes, sin / embargo, de tanto en tanto emergen hechos que recrean el ambien / te conflictivo en que se desarrolló la vida de Jesús.

La intervención de los oyentes, al comienzo del pasaje de / hoy, aunque se pone en relación con las "murmuraciones" de Is- // rael en el desierto, asume un dato de la tradición testificado / en los tres Evangelios.

Ante la pretensión de Jesús en su anuncio del Reino, sus // paisanos reaccionan: Jesús no puede ser "algo" distinto de lo // que ellos bien conocen: "El carpintero, el hijo de María, herma / no de Santiago, de José, de Judas y Simón. Sus hermanas viven en / tre nosotros" (Mc. 6, 3; Mt. 13, 55-56; Lc. 4, 22).

"CONOCEMOS A SU PADRE Y A SU MADRE"

Para los contemporáneos de Jesús, éste era simplemente un// hombre al que creían conocer bien. Por eso la manera como presentaba su mensaje del Reino les parecía desmesurada.

Ellos habrían aceptado fácilmente un Jesús superhombre, un líder carismático que llamara a la lucha contra los romanos. Pero la realidad que tenían ante ellos estaba muy lejos de esos // sueños.

Conocían su actividad benéfica en favor de algunos enfermos pero no descubrían en ella la liberación y salvación de la que eran signo. Jesús "se asombraba de su falta de fe" (Mc. 6, 6).

Pero hoy, para nosotros, el riesgo es el contrario: corremos el riesgo de no tener en cuenta la real humanidad de Jesús.

En el fondo, el problema es el mismo: entonces y ahora es / inaceptable que un hombre como nosotros llame a Dios Padre suyo, diga que es Hijo de Dios, "se haga igual a Dios llamándolo su Padre" (Jn. 5, 18).

Nosotros afirmamos que Jesucristo es hombre: decimos que nació de María Virgen, que fue crucificado bajo Poncio Pilato, murió y resucitó. Pero a pesar de esas afirmaciones del Credo, Jesús es un personaje mítico. La imagen que los cristianos se hacen de Jesús se asemeja a la de esos mitos religiosos que creen en dioses que aparecen en la tierra en forma humana. No son hombres: asumen la apariencia humana por un tiempo y luego se vuelven al cielo donde estaban.

Muchos imaginan así a Jesús: para ellos, Jesús es Dios que "apareció" como hombre un tiempo, pero no era hombre de verdad, no era igual que nosotros. No se tiene en cuenta la afirmación / de la carta a los Hebreos: "En todo semejante a nosotros, menos / en el pecado".

Jesús no sólo experimentó hambre, cansancio, dolor físico, sino también obscuridad, duda, tentación, etc.

Sin embargo, para la concepción corriente, Jesús era Dios y por tanto sabía todo y era omnipotente: sólo que lo ocultaba...

Pero, en el Evangelio, Jesús afirma que ignora el día del / Juicio (Mc. 13, 32). El Evangelio de Marcos dice que Jesús, en / Nazareth, "no pudo hacer ningún milagro" (Mc. 6, 5). Los tres Evangelios sinópticos nos dicen que Jesús fue tentado...

Se interpretaban estos pasajes haciendo de Jesús un actor: / Jesús "hacía" como si no supiese, por humildad; las tentaciones / no fueron "en serio" sino para darnos ejemplo, etc.

Este modo de concebir a Jesús ha sido ya corregido por los / estudios bíblicos y teológicos de estas últimas décadas, trabajo preparado, podríamos decir, por los estudios históricos y críticos de los últimos doscientos años. Sin embargo todavía no han / llegado a modificar la imagen de Jesús vigente en muchos ambientes cristianos y se sigue transmitiendo una figura mítica de Jesús en la catequesis y la predicación.

Esta negación de la realidad de la humanidad concreta de Jesús no es un asunto para la discusión entre los teólogos. No es / una especie de pasatiempo para los que se interesan por cuestiones religiosas. Tiene consecuencias muy concretas en la vida de / la Iglesia y de la sociedad. Esa concepción de Jesucristo como / un Dios omnisciente, omnipotente, inmutable, tiene como primera / consecuencia la concepción de la Iglesia como una Institución inmutable.

La sociedad eclesial se absolutiza, se diviniza. Se niega /

"CONOCEMOS A SU PADRE Y A SU MADRE"

todo error y toda mancha en la Iglesia. Se la confiesa "santa", pero no como lo hacían los Padres de la Iglesia que la concebían como necesitada también de conversión y de perdón. Los Padres de la Iglesia la denominaban, con audacia y verdad, "casta y prostituta", "casta meretrix".

El Concilio Vaticano II ha retomado en varios documentos esta concepción tradicional de la Iglesia y ha reconocido que la Iglesia, es decir, la institución toda y no sólo los cristianos individuales, necesita una perenne reforma (U.R. nº 6).

Por el contrario, los tradicionalistas de Monseñor Lefebvre y otros que comparten sus puntos de vista aunque no lo siguen hasta su ruptura con Roma, tienen una concepción divinizada de la institución eclesial; hablan de la "iglesia de siempre" mostrando una supina ignorancia de la historia que muestra las sucesivas transformaciones de la Iglesia, a través de los tiempos y de los países, desde la primera comunidad de Jerusalem hasta la realidad de hoy. Esa "iglesia de siempre" es la aliada del poder, es la unión del trono y del altar, de la espada y la cruz.

Tal concepción inmutable de la Iglesia se opone a los cambios no solamente en la liturgia sino también en la vida de la Iglesia. Se prohíben cantos, el uso de la guitarra, las innovaciones en las celebraciones... Pero lo que es más importante se impide la participación de la gente en la vida de la Iglesia. La Iglesia sigue siendo un monopolio clerical del Papa, los obispos y los curas: a los laicos no se los reconoce como adultos responsables en la conducción: se los reduce a realizar funciones en beneficio de la estructura diocesana o parroquial.

Pero esta concepción de un Jesucristo no humano tiene también consecuencias en la sociedad, fuera de la Iglesia. Ciertamente, la Iglesia es responsable de tal imagen.

"Por un proceso insensible y lento pero no del todo ilógico, un Dios que aparece como garante de un Jesús "no humano", pasa a ser garante de órdenes y mundos inhumanos. Lo que es más característico e irrenunciable de Jesús, su condena y su crucifixión, se va falsificando insensible pero radicalmente: se hace de la cruz la resignación antes de tiempo siendo que la cruz de Jesús es precisamente el resultado de no haberse resignado nunca. Se substituye al Jesús condenado y crucificado que es una persona bien concreta, con una historia y una condena bien concretas, por la cruz como categoría religiosa abstracta y, de esta manera, se vuelve a hacer jugar a Dios contra el hombre" (González Faus).

Los Evangelios, integral e inteligentemente leídos, desautorizan este modo de concebir un Jesucristo no humano. Pero es posible manipularlos y hacer creer "que se encontraba en Jesús un Dios sin anonadamiento y sin conflictividad. El Dios que se revela en Jesús es un Dios anonadado y conflictivo."

En cambio, el Dios que se "utiliza" es el Dios que necesitan encontrar los bien acomodados en la tierra, es el dios en quien hemos proyectado nuestra idea de poder humano. Y así, la divinidad de Jesús es utilizada políticamente para fines conservadores.

Jesús fue un hombre conflictivo, sobre todo para las autoridades religiosas porque fueron ellas las que lo mataron: no fueron ni los samaritanos ni los publicanos.

Jesús en su vida no fue neutral sino que optó por los pobres y marginados. La deformación de la fe que lleva a identifi-

"CONOCEMOS A SU PADRE Y A SU MADRE"

car a Jesús con el Dios de los filósofos, con ese Dios trascen-
dente e inmutable, genera en los que profesan esa fe una actitud
de indiferencia frente a las injusticias.

El Dios a quien Jesús llama Padre es el que se puso de par-
te de los esclavos hebreos liberándolos de los egipcios: "derri-
ba a los poderosos de su trono y exalta a los humildes" (Lc. 1,/
52).

"La pregunta decisiva de la fe no es tanto si Jesús es Dios
sino qué clase de Dios es Jesús". No basta responder afirmativa-
mente a la pregunta: Jesús, ¿es Hijo de Dios? Es imprescindible/
aclarar de qué clase de Dios es Hijo Jesús.

"Pero esta pregunta no se responde tanto a nivel teórico si
no que se manifiesta en las opciones concretas que tal idea de /
Dios genera. En el cristianismo, la ortodoxia y la ortopraxis no
pueden separarse" (González Faus).

El Evangelio de Juan es el Evangelio de la vida. La misión/
de Jesús es comunicar la vida: "He venido para que tengan vida,/
para que vivan en plenitud" (10, 10).

Mucha gente está descontenta con su vida. Su vida está ame-
nazada: falta de trabajo, enfermedad grave, insuficiencia de me-
dios para la supervivencia; algunos ancianos se sienten rechaza-
dos como si fueran un estorbo para sus familiares; hay quienes /
están angustiados por el fracaso; otros, deprimidos por el abu-
rrimiento y el tedio...

Hechos para vivir, a veces deseamos morir...

El caso de Elías (1 Reyes 19), es un símbolo de la existen-
cia humana.

Amenazado por la reina Jezabel, Elías huye por miedo; quie-
re salvar su vida. Así vaga por el desierto, sin rumbo; no sabe/
para dónde ir... No sabe qué orientación, qué sentido dar a su /
vida. Pase del miedo al tedio, lo atenaza el hambre, lo tortura/
el sentimiento de culpa, cae en la desesperación y quiere morir.
El mensajero de Dios, el "ángel", lo despierta: "[Levántate y co-
me!]

Hay que seguir viviendo, caminando, luchando...

[Levántate y come], dice Jesús.

Yo soy el pan de vida,
tendrás la fuerza para luchar por la vi-
da,

Yo soy la luz, que abre una brecha en /
las tinieblas.

Yo soy el camino a seguir en medio de /
la desorientación.

Viviendo en un mundo en que impera el darwinismo histórico,
en que sobreviven los más fuertes, hemos recibido el encargo de/
anunciar el Evangelio del pan de vida a los excluidos del banque-
te de la vida.

REUNIRSE PARA RECORDAR Y COMPARTIR EL PAN DE LA LIBERTAD

El pasaje del Evangelio tiene fuertes acentos antidocetas, como la 1ra. carta de Juan.

El docetismo era una de las primeras herejías que amenazó al cristianismo. Se trata de una variante de un complejo movimiento de ideas que se conoce con el nombre de gnosticismo.

Se caracteriza por un marcado dualismo, por una irreconciliable oposición entre materia y espíritu. La materia es mala, por eso la carne de Cristo no puede ser real.

Los docetas negaban la real humanidad de Jesús. Jesús era un hombre "aparente" ("dokéo": parecer).

El Evangelio utiliza un lenguaje crudamente realista, casi chocante: "Si no comen la carne; si no "mastican" la carne" (tal parece ser el sentido del verbo griego que aquí se usa).

Es importante tener en cuenta este contexto polémico para entender el Evangelio. Precisamente este Evangelio que se suele llamar el "evangelio espiritual", este Evangelio que pocos versículos más adelante afirmará: "El Espíritu es el que da la vida, la carne no sirve para nada" (vs. 63), afirma la importancia salvífica de la carne de Cristo, la importancia salvífica de la humanidad de Jesús, hombre verdadero.

No hay duda de que este pasaje se refiere a la eucaristía, alude a este rito propio de los cristianos denominado en el Nuevo Testamento "cena del Señor" o "fracción del pan", lo que nosotros llamamos "misa".

Es una invitación a reflexionar brevemente sobre lo que estamos haciendo sobre la misa.

¿Por qué venimos a misa?

¿Lo hacemos simplemente porque es un precepto de la Iglesia de modo que si no estuviera mandado no lo haríamos?

¿O actuamos como personas libres, que participan de la misa porque le encuentran sentido, porque la misa les "dice algo"? ¿O venimos por un cierto hábito, no muy razonado?

Hay muchos que se consideran católicos y que no van a misa. Las razones que suelen aducir son diversas.

No vamos a hacer como algunos curas que se enojan con los que no van a misa y descargan sus anatemas contra los ausentes y... la "ligan" los que están presentes en la misa...

Pero puede sernos útil a los que venimos reflexionar acerca de la misa para participar mejor; cómo la celebramos, qué habría que cambiar.

En el poco tiempo que tenemos, sugerimos alguna reflexión.

La vida de todo hombre es un misterio. Pero vivimos y actuamos día tras día sin pensar, sin tratar de comprender el misterio en que estamos implicados.

La misa es como el punto de encuentro de todas las grandes realidades de la fe: la presencia de Jesús, su muerte y resurrección, la unión de los cristianos entre sí, la acción de gracias al Padre, etc.

En cada época de la historia de la Iglesia se ha descubierto y subrayado un aspecto particular.

Así, por ejemplo, en el medioevo, hubo grandes discusiones sobre lo que se llama "presencia real" y "opus operatum"; en el

REUNIRSE PARA RECORDAR Y COMPARTIR EL PAN DE LA LIBERTAD

Concilio de Trento (siglo XVI) contra los reformadores, se reafirma la doctrina de la "presencia real" y del carácter sacrificial de la misa.

En estos casos es necesario conocer bien el contexto histórico para comprender qué aspecto de la revelación se pretende // rescatar.

En nuestro tiempo, más que considerar el tema de la "presencia real" aparte, se lo sitúa en el contexto del misterio total.

1.- REUNION

La misa, antes que nada, es una reunión.

Para el hombre, vivir es convivir. El hombre es un ser esencialmente social: "No es bueno que el hombre esté solo" (Gén. 2, 18).

Nosotros, que durante la semana vivimos separados, ignorando en qué está el otro, haciendo cada uno su vida de familia, de trabajo, de descanso, nos reunimos.

Y no simplemente nos "encontramos" en un lugar como se encuentran los que van en un mismo colectivo en que cada uno va a lo suyo.

Entre nosotros hay "algo" que nos une, hay una corriente vital que unifica a los que somos tan diversos: es la fe en Jesús. Lo que nos une no es "algo" sino "alguien": "Donde dos o más están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos".

Varias veces, durante la celebración, el que preside la reunión llama la atención: "El Señor esté -o está- con vosotros". Es no sólo un augurio sino un llamado de atención: ¿Estamos unidos o simplemente juntos, cada uno por su lado? Jesús quiere estar con nosotros: ¿queremos estar con El?

¿Es nuestra misa una reunión? Tendríamos que aprender de // las sectas.

Cuando nos tomamos las manos, ¿lo hacemos mecánicamente o // como hermanos que queremos ser? ¿Nos abrimos al otro? ¿Queremos // de verdad dar la mano al ocasional vecino, dar una mano al que // lo necesita?

¿A quiénes abarca el "nuestro" del Padre Nuestro, el pan // "nuestro"? ¿Sólo a nuestra familia?

Y cuando decimos: "La paz esté contigo", ¿esas palabras son expresión de una cortesía descomprometida o una manifestación // sincera de nuestra voluntad de ser constructores de la paz, es // decir, de ser instrumentos de la paz de Cristo en la familia, en el trabajo?

La paz es fruto de la justicia. No podemos recibir la paz // del Señor ni transmitirla -ya que nadie da lo que no tiene-, si // no trabajamos por la justicia.

2.- RECUERDO

"Hagan esto en memoria mía": La misa es una reunión para re- cordar. Recordar lo que Dios ha hecho por nosotros, para recono- cer lo que sigue haciendo por nosotros y con nosotros.

Tenemos una gran tendencia a olvidar. Muchas cosas se agol- pan en nuestra memoria: tantas cosas nos preocupan; tenemos nues- tro corazón como un vaso que rebalsa...

La misa comienza por la liturgia de la Palabra. Pero tene-//

REUNIRSE PARA RECORDAR Y COMPARTIR EL PAN DE LA LIBERTAD

mos que hacer lugar a la Palabra.

El canto, el saludo del que preside el rito penitencial y / la oración nos preparan para recibir la Palabra de Dios.

¿Venimos con ganas de escuchar lo que Dios quiere decirnos / por la Biblia?

No nos han enseñado a escuchar. Nos cuesta escuchar al o-//tro, y más cuando se nos lee. Nos cuesta prestar atención. Si al / quien nos pregunta, acabada la lectura, qué decía el pasaje que / se leyó, muchas veces no lo sabríamos.

Vale la pena hacer un esfuerzo, hacer silencio para escu-//char a Dios que nos habla. La Biblia nos muestra de qué manera / interviene Dios en la historia.

Si perseveramos, iremos adaptando el oído de nuestro cora-//zón para captar su Palabra que nos habla en medio del bullicio / de nuestra vida. Dios no se ha quedado inactivo y mudo: sigue in- / terviniendo y hablando hoy.

En la liturgia de la Palabra escuchamos sobre todo a Jesús / en el Evangelio.

Lamentablemente, cierta instrucción religiosa recibida en / el catecismo o en colegios católicos tiene como resultado una ac- / titud de suficiencia que impide captarlo en su frescura e incisi- / vidad original.

La finalidad de la homilía es ayudar a actualizar el Evange- / lio. La Palabra de Dios ha sido dicha en palabras humanas situa- / das en un tiempo y un lugar determinados; en el caso de Jesús, / en la Palestina del siglo I.

No todos pueden conocer ese contexto histórico cultural. Pe- / ro, si no se tiene en cuenta, el texto permanece mudo y se pres- / ta a ser manipulado y falseado, incluso con buena voluntad.

Si no se sabe quiénes eran los escribas y fariseos, no será / posible reconocer a los que juegan ese mismo papel en la Iglesia / de hoy y, por tanto, la crítica que les hace Jesús a los actua- / les escribas y fariseos.

Si no se sabe lo que significa violar el sábado en tiempos / de Jesús, no se entenderá la vigencia actual de la revoluciona- / ria proclama de Jesús: "No está hecho el hombre para el sábado / sino el sábado para el hombre".

La homilía tiene que ser una relectura de la Palabra de /// Dios para que resuene hoy, no como un eco del pasado, sino como / una luz que ilumine el presente, como una Buena Noticia para no- / sotros hoy.

El rezo del Credo es una forma de expresar nuestra acepta- / ción de la Palabra de Dios que hemos recibido.

3.- COMIDA

La segunda parte de la misa es la liturgia de la eucaristía- / a. Ya hemos hablado de ella, especialmente el Jueves Santo y el / día de Corpus.

Después de participar de la mesa de la Palabra, participa- / mos del pan y el vino.

La misa es una reunión en forma de comida: Cristo no es só- / lo quien invita, sino la comida.

Este sacramento significa que Jesucristo nos da vida, que / nos une con El y nos une entre nosotros.

REUNIRSE PARA RECORDAR Y COMPARTIR EL PAN DE LA LIBERTAD

Jesús se hace presente en forma de comida. Pero hay que entender el lenguaje del signo.

El signo de la comida ha entrado también en la vorágine de las privatizaciones. Cuando Jesús habla de comida no piensa en esas comidas de restaurant self-service o de snackbar.

La comida de qué habla Jesús evoca la multiplicación de los panes, el maná en el desierto... Es la fiesta de la vida de un pueblo: un pueblo que comparte su pan en marcha hacia la libertad.

Es una fiesta de peregrinos. Peregrinos que aún no han llegado a la meta. No están con vestidos elegantes: están con trajes afeados quizá por el sudor y la tierra del camino.

Pero es una fiesta verdadera, en que ya se comparte el pan de la libertad. Como el maná, no se puede asegurar el mañana; hay que seguir caminando en medio de peligros. Pero la fiesta, la alegría, no es sólo una promesa para el final. Ya en medio de la lucha se degusta la victoria, aunque haya todavía injusticias, heridas y muertes.

Ese es el sentido de nuestra eucaristía, a la que todos estamos invitados.

La eucaristía no es una especie de premio al mérito para personas de exquisita espiritualidad, sino el alimento necesario para quienes quieren integrarse en ese pueblo pobre que peregrina anhelando la libertad.

Pero lo que nunca tenemos que olvidar es que la liturgia es simbólica. Lo positivo del símbolo es que ya inaugura, a su modo, lo que expresa. Pero su limitación consiste en que la plenitud que presenta no se lleva a cabo en el ámbito del símbolo mismo. Requiere la prosaica realización en la vida concreta, con sus marchas y contramarchas, con sus éxitos y sus fracasos.

"La liturgia realiza simbólicamente lo que nos queda por hacer".

+***+

DOMINGO 21 DURANTE EL AÑO: Jn. 6, 60-69

CICLO B

¿USTEDES TAMBIEN QUIEREN IRSE?

La conclusión del discurso del pan de vida nos presenta una crisis entre los seguidores de Jesús y la actitud del mismo Jesús frente a ella.

La crisis entre los seguidores de Jesús es un hecho atestiguado en los Evangelios: Marcos, por ejemplo, menciona frecuentemente la "incomprensión" de los discípulos (4, 40; 6, 52; 8, 17; 9, 32).

El Evangelio de Juan la presenta como consecuencia de las afirmaciones inauditas de Jesús: "Si no comen la carne del Hijo del Hombre y no beben su sangre, no tendrán vida en ustedes" (6, 53).

La reacción se expresa con esas palabras: ¡Este mensaje es insoportable! ¿Quién puede escucharlo? (6, 60).

Jesús, según los Evangelios, tenía lo que se suele denominar "carisma". Suscitaba admiración y adhesiones entusiastas. // "Habla de un modo nuevo", "Nadie habló como este hombre". Su personalidad era atrayente e irradiaba una fuerza que hacía bien. "Un gran profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha visitado a su Pueblo" (Lc. 7, 16).

Su anuncio de la cercanía de una nueva era, que Él llamaba Reino de Dios, había avivado la esperanza de los pobres, de los marginados: pecadores, enfermos y endemoniados.

Por otra parte, su modo de hablar y de actuar despertó sospechas y provocó en los dirigentes religiosos, oposiciones que fueron en crescendo hasta el enfrentamiento final.

Ciertamente, esta actitud hostil por parte de los dirigentes que lo acusaban de irreligiosidad e, incluso, de ser instrumento del demonio (Mc. 3, 22), influyó en el alejamiento de la gente.

Pero también el estilo no "mesiánico" de la misión de Jesús produjo el desencanto en muchos de sus seguidores. Ellos "esperaban que Jesús liberara a Israel" (Lc. 24, 21), que fuera un Mesías que luchara contra los romanos, un Mesías triunfador...

Pero... ¿ha habido otras causas para el alejamiento de los discípulos de Jesús?

¿No será porque Jesús proponía exigencias morales más rigurosas que las de los escribas y fariseos? ¿No hay que interpretar así esas expresiones: "Si la justicia de ustedes no es superior a la de los escribas y fariseos, no entrarán en el Reino de los cielos" (Mt. 5, 20)? ¿No es ése el sentido de las antítesis del Sermón de la montaña: Oyeron que se dijo a los antepasados... Yo en cambio les digo... (Mt. 5, 21-48)?

¿Sería entonces el Evangelio una ley más estricta que la ley antigua? ¿Jesús sería una especie de Moisés a la enésima potencia, "Mosissimus Moses", según la expresión de Lutero? ¿Esa sería la Buena Noticia?

No, ciertamente. La Buena Noticia es el amor gratuito y desbordante del Padre que corre al encuentro del hijo pecador.

En la catequesis que llamamos Sermón de la montaña, se han concentrado ciertos rasgos que expresan la vida nueva. A los discípulos que han abierto sus corazones al amor misericordioso de Dios, les dice el catequista Mateo: "Vean cómo se manifiesta la vida de un hombre que pertenece a esta nueva era del Reino. Vean cómo aparece... el rostro de la fe cuando es vivida. Vean cómo es la vida de quienes pertenecen a la era de la salvación, inaugurada por Dios" (J. Jeremías).

¿USTEDES TAMBIEN QUIEREN IRSE?

Por eso Jesús compara al Reino no a la recompensa merecida/ por un trabajo pesado (esa sería la manera de presentarlo propia de los escribas y fariseos), sino a la inmensa alegría del que / encuentra, de un modo fortuito, un tesoro escondido en el campo (Mt. 13, 44).

Muchas veces se explica esta parábola como si expresara la/ exigencia de renunciar a todo. Pero la parábola apunta a la //// "gran alegría" del que encuentra el tesoro. De la misma manera, / el Reino de Dios nos inunda de alegría. Y en esa situación lo // más natural es abandonarlo todo para apropiarse de ese tesoro.

Es cierto que para entrar en el Reino hay que abandonar, // hay optar: es lo que se llama la conversión. Quien vislumbra el/ valor inmenso del tesoro, no duda en "vender lo que tiene para / adquirirlo". En comparación con el tesoro, considera todo lo que tiene como sin valor (Fil. 3, 7-8).

Pero sin embargo puede también reaccionar de distinta mane- ra. Puede no decidirse a renunciar a lo que tiene. Puede juzgar/ que es más seguro apoyarse en lo conocido que arriesgarse en un/ nuevo estilo de vida.

Es lo que le pasó al hombre rico, a quien Jesús le propuso/ compartir sus bienes con los pobres y lo invitó a seguirlo. No a ceptó la invitación y "se alejó triste, porque tenía muchos bie- nes" (Mc. 10, 22).

Seguir a Jesús no es cumplir mandamientos más exigentes que los antiguos, sino optar por un estilo nuevo de vida, es orien- / tar nuestros pasos por la brecha abierta por El. Pero eso implica "cambiar de mentalidad" ("metanoéin"), renunciar a lo que en/ nuestro mundo se juzga como razonable, como lógico, como normal.

En muchos casos se piensa que ser cristiano es hacer cier- / tas cosas que no hacen los no cristianos: venir a misa, rezar, / etc. Pero la vida, lo que toca al trabajo, al dinero, a la forma de conseguirlo y administrarlo, a la política, a las relaciones/ con los demás... en todo eso Jesús y su Evangelio no entran. El/ cristianismo, en estas personas, es un adorno religioso, un agre- gado más o menos inútil a una vida de acuerdo a las pautas vigen- tes en la sociedad de la que forman parte.

Por el contrario, ser cristiano es seguir a Jesús, es evan- gelizar las distintas dimensiones de nuestra existencia indivi- / dual y social.

"No somos cristianos (de una vez para siempre); nos vamos / haciendo cristianos" (Kierkegaard). O nos vamos haciendo cada // vez menos cristianos.

A veces, de un modo claro, se aparta uno de Jesús, rompe su relación con El; como dice el Evangelio de hoy: "Muchos de sus / discípulos se alejaron de El y dejaron de acompañarlo" (6, 66).

Pero las más de las veces se entra en componendas, se pre- / tende armonizar el cristianismo con las pautas de una sociedad / injusta. Se pretende, como se dice, "estar bien con Dios y con / diablo". Nos fascina el claroscuro, las medias tintas...

Jesús nos alerta: "No se puede servir a dos señores; no se/ puede servir a Dios y al dinero" (Lc. 16, 13).

Es necesario elegir. Y nos cuesta elegir. Tenemos miedo de/ perder, tenemos miedo a la libertad. Preferimos continuar "acom- pañando" a Jesús a cierta distancia.

Acompañar no es seguir: "acompañar" es sinónimo de no com- / prometernos; "seguir" es imitar a Jesús.

¿USTEDES TAMBIEN QUIEREN IRSE?

Somos como esas personas que no se deciden a integrarse en una manifestación pero la acompañan caminando por la vereda, preparados para negar toda vinculación en caso de que surgiera algún problema. "No conozco a ese hombre" dijo Pedro cuando aquella sirvienta lo reconoció: "Vos también eres uno de ellos" (Mc. 15, 71).

La pregunta de Jesús está dirigida hoy a nosotros: "¿Ustedes también quieren irse?". ¿Quieren seguirme o sólo acompañarme?

Hay que optar, hay que decidirse. Se trata de un camino: no es un asunto que se agota en un instante.

Sus pasos, ¿en qué dirección van? ¿Se van acercando o alejando de Jesús?

¿Se quieren ir también ustedes?

Esta pregunta puede ser molesta, pero responderla posibilita fundar nuestra vida en la sinceridad. Hay que tener claro que lo que importa no es tanto no irse sino cómo quedarse. Judas no se fue: se quedó...

¿Podemos hacer nuestras las palabras de Pedro?: "Señor, ¿adónde quieres que vayamos nosotros?". Nosotros, esos pobres tipos que somos, hemos aprendido que Dios nos ama.

Queremos que nuestra vida tenga el sentido que tuvo la Tuya.

Queremos hacer nuestro tu proyecto de una sociedad más justa y fraterna.

A pesar de nuestras incoherencias, a pesar de que, como Pedro, después de confesarte te negaremos quizás más de /// tres veces, queremos poder decirte como él: "Señor, Tu lo sabes todo, por eso sabes que te quiero" (Jn. 21, 17).

+***+

DOMINGO 22º DURANTE EL AÑO: Mc. 7, 1-8.14-15.21-23

CICLO B

JESUS ENTRE LO SAGRADO Y LO PROFANO

Este pasaje del Evangelio de Marcos parece bastante alejado de nuestra realidad. Se trata de una discusión de Jesús con los escribas y fariseos acerca de lo puro y lo impuro.

En tiempos de Jesús había una cantidad de prescripciones y prohibiciones con respecto a los alimentos, a la forma de prepararlos y de consumirlos. Existía la obligación de ayunar en determinados tiempos y la prohibición de compartir la mesa con pecadores públicos y prostitutas. Si uno no cumplía con estas prescripciones, quedaba impuro, es decir, alejado de Dios.

Se había ido produciendo una marcada separación entre sagrado y profano. De hecho, la distinción puro-impuro es correlativa a la distinción sagrado-profano de que hablan los sociólogos de la religión y los historiadores de las religiones.

No nos detendremos en este punto. Sólo recordar que la heterogeneidad absoluta entre sagrado y profano que sostenía E. Durkheim, hoy ya ha sido relativizada.

Mircea Eliade, por ejemplo, tiene una posición mucho más matizada. Manteniéndose dentro de la contraposición, ofrece una vía mediadora interesante a través del concepto de "hierofanía", que es una especie de lugar de encuentro y reconciliación entre lo sagrado y lo profano.

Pero para hacernos una idea del problema, digamos que puro-impuro, sagrado-profano, expresan una concepción dicotómica de la realidad. Es decir, existirían ciertos ámbitos, ciertas "zonas" de la realidad que estarían influenciadas por lo divino, mientras que otras carecerían de ese influjo.

Así por ejemplo, de acuerdo a esta concepción:

- hay personas sagradas,

es decir, personas que poseen una especie de fuerza o poder especial del que pueden disponer en beneficio de otros. Mucha gente considera así a los sacerdotes y a otras personas como curanderas, manosantas...: "Usted que está cerca de Dios..."

- hay lugares sagrados,

los templos o lugares señalados por alguna aparición, etc. En esos lugares se pueden obtener "gracias", ventajas concretas que no es posible conseguir en otros lugares.

- hay tiempos sagrados,

días, fiestas, etc., en cuyo transcurso se disfruta de ciertas oportunidades: son "tiempos favorables" para alcanzar la satisfacción de peticiones: El 13 para los devotos de San Antonio, los 7 para los de San Cayetano, los 22 para los de Santa Rita. Muchos entienden así el cristianismo; lo ven ligado a esta concepción de lo sagrado.

El cristianismo sería el "ghetto de lo sagrado". Para entrar en relación con Dios hay que abandonar el mundo, dejar fuera el polvo del camino, como lo expresa el rito del lavado de los pies para poder entrar en las mezquitas. La relación con Dios se daría sólo en el ámbito de lo sagrado y no en la realidad cotidiana.

Ciertos modos de hablar utilizados con mucha frecuencia expresan y refuerzan esta concepción. ¿No hemos oído, al final de la misa, expresiones como éstas: "Y ahora, volvemos a la vida de todos los días..."? La misa aparece como un paréntesis de eternidad en el tiempo: "Dejamos, fuera del templo, nuestros problemas, nuestras preocupaciones, para encontrarnos con Dios..."

JESUS ENTRE LO SAGRADO Y LO PROFANO

Como si para encontrar a Dios hubiera que abandonar la vida de todos los días con sus problemas y ocupaciones. Otras veces / hemos hablado ya del sentido del culto cristiano y cómo no es un agregado extrínseco a la vida concreta del creyente.

Hay que tener presente que la liturgia es esencialmente simbólica, es una acción ritual compuesta de gestos y palabras que explicitan el sentido de tales gestos.

En la liturgia resuena la Palabra de Dios en la Biblia, que se actualiza en la homilía.

Nos llamamos y actuamos como hijos de Dios y realizamos gestos fraternales: nos damos las manos y comemos del mismo pan confesando que nuestra vida es Jesucristo...

Explicitamos el sentido profundo de nuestra vida: siguiendo el camino que es Jesús, viviendo según las pautas del Reino de Dios...

Pero se trata de una acción esencialmente simbólica. Esa peculiaridad indica, de un solo trazo, su privilegio y sus limitaciones.

El privilegio del símbolo: inaugura, para quienes participan en él, la realidad figurada, la posibilidad de la reconciliación de los hombres entre sí y con Dios.

Pero el símbolo tiene sus limitaciones: la realización de lo que se representa no se lleva a cabo efectivamente en el ámbito del símbolo.

Es realista, pero su eficacia sólo se logra en la existencia concreta, requiere para desarrollarse las manifestaciones "prosaicas" en la familia, en el trabajo, en la política, en la economía, en las relaciones sociales... Para decirlo en una frase: "La liturgia realiza simbólicamente lo que nos queda por hacer".

Con Jesucristo y con el Padre, o nos encontramos en la vida, o en el culto nos encontramos con un fantasma.

Jesús vino a derribar los muros que hacían de la religión / un enclave aislado del mundo (Ef. 2, 11-22).

Ese es el sentido de la rotura del velo del templo cuando / murió Jesús: "El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo" (Mt. 27, 51).

La tentación en que cayó Israel y en la que ha caído muchas veces la Iglesia, ha consistido en pretender encerrar a Dios en un templo, imaginarse que se lo podía inmovilizar entre cuatro paredes para poder "disponer" de Él. Pero Dios sigue avanzando / por los caminos de la historia, haciéndose encontrar por los que lo buscan y permaneciendo oculto a quienes no lo buscan.

Hay una deformación "sacralista" del cristianismo. Hay un modo de hablar de Dios, en que se acaba despreciando al hombre. Se dice que Dios es todo y que el hombre es nada; se insiste en que hay que elegir entre Dios y el mundo, se establece una rivalidad inconciliable entre lo "natural" y lo "sobrenatural".

La realidad humana, individual y social, se pinta con sombríos colores. Se emplean fuertes calificativos para denunciar la decadencia de las costumbres, la corrupción moral de la humanidad. Y se exalta a la Iglesia como lugar de salvación. En contra de la tradición, se callan los pecados de la Iglesia; se denuncian los pecados de la sociedad sin confesar y pedir perdón / por los propios. Se habla como si aquí estuvieran los puros y fuera de la Iglesia hubiera sólo perdición. "Una Iglesia sin mun-

JESUS ENTRE LO SAGRADO Y LO PROFANO

do ha producido un mundo sin Dios" (Cougar).

El esfuerzo realizado en el Concilio Vaticano II para hacer caer las barreras que aislaban a la Iglesia del mundo parece haberse interrumpido. Se añora la seguridad de los bastiones abandonados, se asiste a una decidida tarea de restauración de los antiguos muros.

Jesús participó del culto del templo y de la sinagoga, pero lo que lo distinguía de la mentalidad sacralista de los escribas y fariseos era la libertad con que optaba por el hombre, muchas veces en contra de la letra de la ley.

Por eso llama hipócritas a los escribas y fariseos porque / "dejan de lado el mandamiento de Dios por seguir la tradición de los hombres" (Mc. 7, 8).

Para la mentalidad sacralista, lo que importa es cumplir lo que está mandado, aunque eso implique la muerte del hombre, como sucedió en tiempos de la Inquisición.

El hombre tiende a sacralizar, a construirse con ritos y // prácticas "zonas de seguridad" en que se "sienta" estar a salvo. Pretende conseguir la bendición de Dios no comiendo carne los // viernes, o rezando determinadas oraciones, o, incluso, comulgando con la hostia consagrada.

Cuando realizó el gesto simbólico de expulsar a los vendedores del templo, Jesús les echó en cara que lo habían "convertido en una cueva de ladrones" (Mc. 11, 17). Habían pretendido convertir la religión en una cobertura para seguir explotando a la gente con tranquilidad de conciencia.

El hombre tiende a sacralizar, es decir, a crearse una religión que substituye el amor efectivo al prójimo por el rito religioso. Es que amar efectivamente al prójimo comporta un riesgo de "caer en manos de los ladrones" (Lc. 10, 30), ese riesgo que afrontó el buen samaritano; amando efectivamente al marginado se corre el riesgo de sufrir su misma suerte.

Jesús enseña que no hay sagrado y profano, que no hay puro o impuro en sí. Sacralidad y pureza vienen al hombre y al mundo por la actitud concreta de los hombres.

Es el hombre, el obrar del hombre, lo que consagra o profana el mundo. Es lo que sale del corazón del hombre lo que hace de este mundo un templo, donde está Dios, o un infierno, donde se lo pretende excluir.

Jesús no vino a substituir un ritual por otro; vino a invitarnos a vivir la Buena Noticia del Reino, a comprometernos en desbaratar los proyectos injustos, hacer cesar los robos, disminuir y acabar con los homicidios, dominar la codicia, no seguir mintiéndonos y mintiendo, renunciar a la difamación y vencer el orgullo... Estas cosas, que nacen de dentro, hacen puro al hombre (Mc. 7, 21-23).

Cristo quiso una Iglesia no como un refugio de "puros" en medio de un mundo "profano". Quiso una Iglesia que fuera como un esbozo de su proyecto de la unión auténtica de todos los hombres entre sí y con Dios (L.G. nº 1).

No una Iglesia abroquelada en sus dogmas y apoyada en el poder, sino una Iglesia peregrina, que anuncie contra el pretendido realismo de la muerte de las ideologías la Buena Noticia del Reino de Dios, cuyos signos modestos van gestando quienes luchan por la justicia.

Se dice, a veces, que Dios calla en el mundo. El silencio de Dios en el mundo de hoy está diciendo que lo hemos profanado.

JESUS ENTRE LO SAGRADO Y LO PROFANO

Hemos profanado el único lugar sagrado en este mundo: el // hombre. "A Dios no lo vio nadie; si nos amamos unos a otros El / permanece en nosotros" (1 Jn. 4, 12).

Hemos profanado al pobre, al ciruja, al jubilado, al anciano solo y enfermo, al chico de la calle, a la chica de cuya ingenuidad y pobreza se aprovecharon... Estos son los sacrilegios // que hay que dejar de cometer y reparar.

En estos sacramentos está Cristo realmente presente: "Lo // que hicieron con uno de estos hermanos míos más pequeños, lo hicieron conmigo".

+ * * * *

"CRISTO MEDICO"

Escuchamos hoy un relato de milagro: la curación de un sordomudo.

Le piden a Jesús que le imponga las manos. Jesús lo aparta de la gente, le pone los dedos en las orejas y con su saliva le toca la lengua. Realiza gestos habituales de los curanderos judíos y griegos, aunque nada hay que sugiera un contexto de magia.

El evangelista alude a un gesto de oración de Jesús, "levantando los ojos al cielo", y la orden "ábrete".

Las curaciones de Jesús no son simples adornos extrínsecos/ agregados a su vida, sino un modo de anunciar la presencia del Reino, un modo de significar no sólo con palabras sino con gestos que ha comenzado un mundo nuevo.

Son una expresión de la actividad creadora y liberadora de Dios. Nos manifiesta el corazón de Dios. Un Dios que ama al hombre todo.

Los milagros son un "acercamiento holístico", un "holistic/ approach" de Dios al hombre.

El hombre bíblico es una totalidad, no es un agregado de materia y espíritu. La enfermedad corporal afecta al espíritu del hombre, y su desequilibrio psíquico incide en su cuerpo.

El milagro, cuyo relato escuchamos hoy, nos presenta a alguien incapacitado para escuchar a los demás, imposibilitado para hablar con los demás.

Se trata de un hombre encerrado en sí mismo, incapaz de relacionarse con los otros, privado de las relaciones que le permitirían realizarse como hombre.

Cuando consideramos un relato evangélico de milagro, no podemos prescindir de la íntima relación del hecho en cuestión, // con la persona de Jesús y con el Reino de Dios.

Si se los priva de esa relación constitutiva, cambian de // sentido. Aparecen como manifestaciones de un mundo fantástico. // Los Evangelios pasan a ser una especie de cuento de hadas, y Jesús se transforma en un mago que va haciendo surgir a su paso un paraíso infantil.

Los milagros de Jesús, algo más de veinte según los Evangelios, son señales luminosas, imprevisibles y esporádicas, en una vida para nada fantástica, sino común y conflictiva. Un estilo / de vida muy poco "mesiánico".

Aparece en este relato, como frecuentemente en Marcos, la // consigna del silencio, un modo de poner de relieve esa discre- // ción del obrar de Jesús.

En tiempos de Jesús había muchos más enfermos que los que / El curó. Mucha gente tenía apenas lo necesario para comer y lu- / chaba para sobrevivir; y hubo una sola (o dos) multiplicación de los panes.

El anuncio del Reino no hizo desaparecer la hipocresía, la explotación, los asesinatos, los robos...

La presencia del Reino de Dios en Jesús es una presencia real, pero discreta; y los milagros son señales de esa presencia.

Por eso, aunque los milagros de Jesús contribuyeron en una/ escala minúscula a mejorar la calidad de vida de sus contemporáneos, es claro que no tenían por finalidad substituirse al es-// fuerzo humano.

"CRISTO MEDICO"

Los milagros no vienen a solucionar los problemas humanos, pero manifiestan que tal solución es posible.

Cuando Jesús anunció la llegada del Reino de Dios, no se produjo de un modo mágico e instantáneo el cambio del mundo.

El anuncio se completaba con la invitación: ¡"Cambien de mentalidad", cambien de manera de vivir, vivan de acuerdo al Evangelio!

Los milagros son como "muestras", como pequeñas anticipaciones, de algunos aspectos del Reino de Dios.

Los milagros de Jesús proyectan una luz sobre las posibilidades de desarrollo de nuestro mundo.

Si alguna vez se los describió como ruptura o "suspensión" de las leyes de la naturaleza, hoy los visualizamos, más bien, como "saltos" en la evolución de la humanidad.

Los milagros son signos precursores de ese "proyecto-esperanza" que Dios tiene sobre el mundo: Un mundo justo y fraterno. En una situación aparentemente desesperada, anuncian que hay una "salida". En la tierra hay pan para todos, en el enfermo hay una fuerza de curación, es posible que los sordos y mudos se hablen y se entiendan.

Por eso los relatos de milagro constituyen una invitación a trabajar para actualizar esas potencialidades existentes en el mundo y en el hombre.

Así como en la multiplicación de los panes encargó: "Dénles ustedes de comer", al curar a los enfermos, implícitamente nos está diciendo: "Cúrenlos ustedes".

El relato de milagro es una invitación al compromiso por la vida humana.

Contemporáneamente, nos manifiesta la dimensión profunda de la acción humana. Nos muestra que el ayudar a vivir, que el dar de comer, que el trabajar por la salud de los enfermos, es entrar en la dinámica del Reino de Dios.

Y en el último día, quienes así hayan actuado, escucharán de boca de Jesús: "Vengan benditos de mi Padre, reciban el Reino; porque tuve hambre y me dieron de comer, ... estaba enfermo y me socorrieron..." (Mt. 25, 31-46).

En distintos períodos de la historia se han dado a Cristo variados títulos, por ejemplo Cristo Rey, Cristo Obrero... Los milagros de curaciones de los Evangelios llevaron, en los primeros siglos, a atribuir a Cristo el título de médico: "Médico de las almas y de los cuerpos" (Cirilo de Jerusalén) o "Médico integral" (Clemente de Alejandría).

El título de "Cristo médico" llevó, a un sector de la Iglesia en la antigüedad, a interesarse por la medicina, con un interés no exclusivamente científico sino teológico.

"Los Padres comprendieron que Jesús no había venido para curar al, sino para que los hombres curásemos, y que Jesús no había sido "médico" para manifestar su poder sino para descubrirnos el nuestro (o mejor: el poder del Reino de Dios en nosotros mezclados con toda la pecaminosidad y toda la limitación humana)".

"La contemplación de las curaciones de Jesús podría llevar a la medicina occidental a recuperar aquello que ha perdido: una revalorización del paciente, y del paciente como persona viva. Del enfermo como sujeto."

"... (demasiadas veces), el enfermo se convierte en un tu-

"CRISTO MEDICO"

bo de ensayo en el que se vierten los compuestos de alguna reacción química a producir" (González Faus).

No hay duda que la especialización ha comportado grandes avances. Pero la superespecialización produce resultados nefastos. El enfermo va peregrinando de un especialista a otro.

El hombre no es una suma de órganos: es una misteriosa unidad; y no sólo orgánica sino psicosomática.

Felizmente se está volviendo lentamente al "médico de cabecera" que conoce a las personas en su singularidad irrepetible. Conoce su "historia", no sólo clínica: es que no hay enfermedad, sino enfermos.

El médico está rodeado de un "aura" muy especial. En nuestra sociedad contemporánea, que se pretende tan "racional" y "moderna", juega un papel análogo al del brujo o el sacerdote de otras culturas.

El médico tiene acceso a esa realidad misteriosa que es la vida y la muerte.

Aunque en la vida moderna se ha trivializado el misterio de la vida y se ha excluido la mención de la muerte, hay una "ausencia sociológica de la muerte"; sin embargo, la enfermedad grave la hace irrumpir a la conciencia.

Esa perspectiva de la propia muerte, tanto más desconcertante cuanto más cuidadosamente reprimida, agiganta y casi sacraliza la figura del médico.

Invade al enfermo un angustioso sentimiento de impotencia. Entonces se entrega en manos del doctor que es el que "sabe y puede".

Lamentablemente, hay una acentuada despersonalización en la práctica de la medicina.

No hay duda de que hay muy buenos médicos y enfermeras, que establecen un positivo "raport" con el paciente, pero en muchos casos se trata a los enfermos pobres y ancianos sin ningún respeto.

Es que a veces los médicos no superan los condicionamientos de pertenencia a una especie de "casta", más cerrada que la de los clérigos.

"Ante ella sólo se tiene palabra y sólo se cuenta como persona, si es posible presentarse con el hábito sacerdotal de: /// Soy el doctor Fulano". Esa casta no tiene necesidad de contar con el enfermo ni escucharlo. Ella decide por el enfermo".

Y no hablemos de cuando la medicina se enfoca simplemente como un medio para un enriquecimiento lo más rápido posible.

No es esto un ataque generalizado a los médicos; es una alusión a situaciones conocidas y padecidas por muchos.

El relato de milagro de hoy tiene una gran lección, sobre todo para los médicos: Jesús curaba "tocando", con ese gesto tan expresivo de acogida personal. Jesús "suspiró", dice el Evangelio, como expresión de conmovida ternura.

Jesús curaba despertando energías dormidas en el paciente. Muchas veces afirma: Tu fe te ha salvado; nunca dice: "Yo te salvé".

No se trata de denigrar la medicina y menos aún de apoyar las curanderías que pululan, incluso, con ropajes religiosos.

En tiempos de crisis proliferan los charlatanes que lucran con el dolor, sobre todo de la gente pobre. Pero es mucho más //

"CRISTO MEDICO"

grave que lo haga un médico.

El Evangelio de hoy nos lleva a parafrasear esa revolucionaria afirmación de Jesús: "No está hecho el hombre para la medicina, sino la medicina para el hombre".

La actitud de Jesús ante los enfermos manifiesta que la salud del hombre tiene que ver con el Reino de Dios. El Dios de la vida no es indiferente a la enfermedad de los hombres.

El derecho a una vida digna de hombre implica el derecho a la salud. ¿Por qué no hay un sistema de salud que alcance a todos? ¿Sólo los ricos tienen derecho a curarse?

¿No hay nadie que sea responsable de las muertes de niños / en los primeros años de vida?

¿Nadie tiene que dar cuenta, ante la sociedad y ante Dios, / por las deficiencias mentales irreversibles, consecuencia de la / falta de alimentación de las madres? Y éste no es un problema // propio de los médicos, sino de justicia social.

El cólera, esa enfermedad de la miseria, ya golpea a nuestras / puertas. ¿Será necesario que comience a morir gente para / caer en la cuenta que hoy no puede considerarse un lujo el agua potable y las condiciones mínimas de higiene y que, por tanto, a / eso tienen derecho todos los argentinos?

¿Y los medicamentos?

Frente a la amenaza del pago de las patentes, ¿qué actitud / tiene el gobierno y las fuerzas políticas con respecto, además, / a los precios inalcanzables de los medicamentos?

¿Es éste otro de los beneficios por haber pasado del tercer mundo al primero, como se dice?

Es muy cierta esa afirmación: "Factum Verbi, verbum nobis // est": los hechos de Jesús son una interpelación para nosotros.

+ + + + +

¿QUIEN ES JESUS? ¿COMO SEGUIRLO? - EL SUFRIMIENTO

El pasaje que les acabo de leer nos recuerda un momento de crisis en la vida de Jesús.

Los comienzos de la actividad de Jesús según el testimonio de los Evangelios fueron marcados por el éxito. La gente acudía a él, su fama se extendía de pueblo en pueblo, parecía que había resurgido con más fuerza el carisma de Juan Bautista.

Y sin embargo, en cierto momento, la situación comienza a cambiar. Por los datos que traen los Evangelios, podemos pensar que en tal cambio influyó, en buena parte, la hostilidad cada vez más manifiesta de las autoridades religiosas del pueblo.

Estas veían con malos ojos la libertad del joven profeta de Galilea. Este ponía en crisis la identificación que ellos hacían entre su autoridad y sus tradiciones con la Palabra de Dios. Jesús cuestionaba un sistema religioso que había dividido la sociedad entre elegidos y réprobos. Cuestionaba un sistema religioso que no tenía como centro al hombre y sus necesidades, sino el poder de la clase dirigente. Jesús denunciaba la hipocresía de los líderes religiosos y su lejanía del pueblo.

La popularidad de Jesús había llamado la atención de las autoridades. El tema de su predicación, el Reino de Dios, era un tema peligroso porque podía traerles complicaciones con el poder de ocupación, con los romanos, con quienes los dirigentes habían llegado a un pacífico modus vivendi. La actividad de Jesús que implicaba a Dios en los asuntos humanos les resultaba intranquilizadora.

Entonces comenzaron a tratar de desprestigiar a Jesús ante la gente. Hicieron notar, por ejemplo, que no llevaba una vida de privaciones como Juan Bautista sino que vivía como todo el mundo; llegaron, incluso, a acusarlo de glotón y borracho, amigo de publicanos y pecadores (Lc. 7, 34). Es decir, acusaban a Jesús de mezclarse con aquellos que las autoridades marginaban de la sociedad.

También acusaban a Jesús porque curaba en sábado y porque no cumplía con las tradiciones de los ayunos y de las prácticas sobre lo puro y lo impuro. Atribuyeron sus curaciones y expulsiones de demonios a una alianza con el príncipe de los demonios. Por tanto, lejos de reconocer en él un enviado de Dios, lo calificaban como violador de la ley y enemigo de Dios.

Estas críticas y otras fueron haciendo mella en la gente que fue tomando sus distancias con respecto a Jesús. La gente estaba desconcertada porque experimentaba, por una parte, una gran atracción por este hombre que hablaba de un modo nuevo y que aparecía tan cerca de los marginados y, por otra, veía la actitud de censura y de rechazo de las autoridades.

Jesús mismo, que había comenzado su actividad como una invitación a todo Israel, autoridades y pueblo, ve con preocupación que su mensaje no es aceptado. Y se pregunta ¿qué quiere el Padre de él? ¿Habrá que seguir así o habrá que cambiar de manera de obrar? ¿Cómo llegará el Reino si su anuncio es rechazado?

Esta situación anímica de Jesús está en la base de la pregunta a los Apóstoles: ¿Quién dice la gente que soy yo?

No es una pregunta inspirada por la vanidad sino por la conciencia de su misión: ¿Ha comprendido la gente su misión? ¿A qué se debe este cambio de actitud de la gente?

La información que le dan los Apóstoles es relativamente tranquilizadora. Para la mayoría de la gente Jesús sigue siendo

¿QUIEN ES JESUS? ¿COMO SEGUIRLO? - EL SUFRIMIENTO

un profeta como los que ha habido en Israel.

Pero Jesús quiere saber qué piensan sus seguidores más cercanos: Y ustedes, según ustedes, ¿quién soy yo?

Pedro responde en nombre de todos confesando que Jesús es / el Mesías, es decir, el enviado último y definitivo de Dios.

Jesús les ordenó que no lo dijeran a nadie. Jesús quiere evitar una interpretación triunfalística de su misión.

Les anuncia a los Apóstoles que el rechazo de los escribas / y fariseos culminará con su muerte. Es posible que la prisión y / muerte del Bautista haya influido en hacer pensar a Jesús en un / fin similar.

Frente a esta perspectiva, el mismo Pedro que había confesado la Mesianidad de Jesús manifiesta que él y quizás también sus compañeros se habían hecho una idea bastante distinta de Jesús.

Las palabras de Jesús a Pedro son quizás las más duras del Evangelio: "Apártate de mí, Satanás, porque tus pensamientos no / son de Dios sino de los hombres".

Esto quiere decir que hay cierto modo de confesar a Jesús o a Dios, correcto de acuerdo a los términos pero muy alejado del / pensamiento de Jesús.

Jesús no viene a establecer un mesianismo de poder, no viene a establecer una alianza con los poderosos. Por eso se traiciona a Jesús cuando se pretende continuar su misión por los caminos que él rechazó. Justamente la tercera de las tentaciones / de Jesús es la tentación del poder. Y fácilmente se cae en ella. Se piensa, como Pedro, que es el camino más eficaz para instaurar el Reino.

Por el contrario, Jesús pone como condición de su seguimiento la búsqueda no del poder sino el camino que lo llevó a la // cruz.

El pretender instaurar el Reino de Dios apoyándose en el poder tendría como resultado una caricatura del anunciado por Jesús.

Esa caricatura "satánica" ("Apártate de mí, Satanás, ..."), tendrá como característica la esclavitud del hombre.

Presentará como homenaje al Dios de la vida la violación de los derechos humanos; pretenderá dar gloria a Dios destruyendo / al hombre que es su imagen.

Por el contrario, el criterio distintivo del Reino de Dios / lo expresaba así San Irineo (Siglo II): "La gloria de Dios es el hombre viviente". El Reino de Dios se manifiesta allí donde el / hombre va creciendo en humanidad, va alcanzando una vida más plena: "Yo he venido -dice Jesús- para que tengan una vida más plena.

Pero Jesús no impone por el poder, por la fuerza, el Reino / de Dios. No lo impone: lo propone.

Esa característica fundamental del Reino de Dios es la que / manifiesta Jesús en su diálogo con Pilato.

El gobernador romano tenía una idea muy clara del sentido / que daban ciertos grupos judíos a la expresión "reino de Dios". Cuando le pregunta a Jesús: "¿Eres tú el rey de los judíos?", es / está pensando en un movimiento político opuesto al dominio romano, pero del mismo tipo.

Por eso Jesús aclara: "Mi reino no es de este mundo", el // reino del que yo hablo no es como el del emperador, que Pilato /

¿QUIEN ES JESUS? ¿COMO SEGUIRLO? - EL SUFRIMIENTO

representa. Jesús explicita: "Si mi reino fuera de este mundo // (si mi reino fuera como el de los romanos fundado en la fuerza y el poder), mis partidarios hubieran combatido para librarme de los judíos" (Jn. 18, 37).

Ese mundo nuevo que Jesús llama Reino de Dios no se impone, surge de la aceptación libre del amor de Dios. Jesús invita, no coacciona.

Ante la deserción de muchos de sus simpatizantes, les pregunta a sus Apóstoles: "¿Y ustedes también quieren irse?" (Jn. 6, 67). Y en el Evangelio de hoy aparece esa misma actitud: "El que quiera seguirme" (vs. 34).

Ser cristiano es una opción libre. Se trata de una manera de enfocar la vida. Y, como sucede con la vida, es una opción // que sólo se conserva si se renueva.

Hoy nos dice Jesús: "El que quiera seguirme..."

¿Usted lo quiere seguir?

¿Usted quiere ser cristiano?

Hay que tener presente que "no somos cristianos, nos vamos haciendo cristianos" (Kierkegaard).

... O vamos dejando de ser cristianos...

¿Usted quiere seguir a Jesús?

Esta pregunta supone que se ha escuchado el anuncio del Reino de Dios anunciado por Jesús.

Jesús no propone un seguimiento ciego.

Jesús invita a seguirlo a quien ha descubierto en sus palabras y en sus gestos el sentido de su vida.

La decisión de vivir como cristiano nace en el corazón de // quien anhela una vida plena, una vida libre y solidaria.

Pero al que decide seguirlo, Jesús no oculta las dificultades.

A uno que le dijo: "Te seguiré adonde vayas", Jesús le advirtió: "Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo, sus nidos; pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza".

Y a otro que le dijo: "Te seguiré, Señor, pero permíteme antes despedirme de los míos", Jesús le contestó: "El que ha puesto la mano en el arado y mira hacia atrás, no sirve para el Reino de Dios" (Lc. 9, 57-62).

Y en el Evangelio de hoy escuchamos:

"El que quiera seguirme,
que renuncie a sí mismo,
que cargue su cruz
y me siga.

Porque, si uno quiere salvar su vida la perderá,
pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio,
la salvará" (vs. 34-35).

Estas palabras de Jesús han sido muchas veces mal interpretadas. Se las ha explicado como si expresaran una glorificación del sufrimiento, como si Jesús invitara a sufrir.

Se contaba de algunos santos que ansiaban sufrir. Se presentaban como modelos a imitar, hombres y mujeres que inventaban sofisticadas y crueles mortificaciones: azotes, cilicios, ayunos prolongados...

¿QUIEN ES JESUS? ¿COMO SEGUIRLO? - EL SUFRIMIENTO

Durante los veinte siglos de cristianismo encontramos diversas valoraciones y actitudes frente al sufrimiento.

El Evangelio se encarnó en la cultura helenística en los // primeros siglos de nuestra era. Se dio una helenización del cristianismo aunque también se puede hablar de una cristianización // del helenismo. La helenización del cristianismo tuvo consecuencias para la imagen de Dios.

La imagen de un Dios inmutable e impasible desdibuja los // rasgos patéticos de Yavé, un Dios que se conmueve ante los sufrimientos de su pueblo y cuyo amor lo lleva a intervenir en la historia para liberarlo.

Esta imagen helenizada de Dios era difícilmente integrable // en la confesión de Jesús de Nazareth como Hijo de Dios. De ahí // que en los primeros siglos, o se afirmara la realidad de sus sufrimientos, negando su divinidad, o se afirmara su divinidad, negando su real humanidad: Jesús habría sido un hombre aparente.

Pero durante buena parte de la historia del cristianismo se considera que el sufrimiento viene de Dios o como castigo por el pecado o como prueba para los justos.

El proyectar el origen del sufrimiento al ámbito trascendente de la divinidad, dificulta o impide el reconocimiento de las // causas intramundanas e históricas.

La pasión y la muerte de Jesús en la cruz tienen una importancia particular en la interpretación cristiana del sufrimiento.

Recién en el siglo XI aparecen los primeros crucifijos con // Cristos desnudos, con ojos cerrados y rostro dolorido. Pero en // la época barroca es frecuente presentar los sufrimientos de Cristo como exigencia de un Dios irritado que descarga su cólera contra su Hijo cargado de los pecados del mundo.

En cierta literatura pretendidamente espiritual se atribuye al sufrimiento el poder de disminuir o "pagar" la deuda del pecado. Se desdibujan los rasgos misericordiosos del Padre de Jesús // que enseñó que había que perdonar "setenta veces siete".

La mística del sufrimiento puede convertirse en "opio del // pueblo" porque lleva a la resignación y al fatalismo.

No se puede hablar en general del sentido de la cruz metiendo en la misma bolsa el cáncer y la injusticia, el hambre de los miserables y la sensación de soledad del rico satisfecho.

No todos los sufrimientos son iguales. No se los puede nivelar en un discurso universal.

No se puede hablar de la cruz sin tener en cuenta el contexto histórico en que tuvo lugar.

Hablar de la cruz prescindiendo de las causas históricas // que la motivaron, es substituir el Evangelio por una ideología.

No es Dios Padre quien crucifica a Jesús.

Jesús no sólo no buscó la cruz, sino que pidió al Padre que lo librara del sufrimiento (Mc. 14, 33-36).

La cruz de Jesús es consecuencia del rechazo del Reino de // Dios. La cruz es la culminación de los conflictos que genera la libertad filial de Jesús al chocar contra la cerrazón de los defensores del sistema religioso.

Jesús no predicó la resignación ni mucho menos propició que se deseara o se buscara el sufrimiento.

¿QUIEN ES JESUS? ¿ COMO SEGUIRLO? - EL SUFRIMIENTO

Se falsifica la enseñanza de Jesús cuando se interpreta esa expresión "cargar su cruz" como si fuera una invitación a la resignación, "cuando la cruz de Jesús es precisamente el resultado de no haberse resignado nunca" (González Faus).

Cuando Jesús dice al que quiere seguirlo que tiene que cargar su cruz, no está dando un consejo "espiritual", una invitación a hacer mortificaciones: se trata, más bien, de una advertencia realista.

Quien quiera vivir como El, quien quiera vivir de acuerdo / al Reino, tendrá que afrontar la cruz.

Quien quiera trabajar por la justicia en un mundo que acepta y legaliza la injusticia, será marginado y perseguido.

Quien quiera decir y vivir la verdad de la fraternidad universal en un mundo que acepta como normal, como lógico, que sólo algunos gocen del derecho a la vida mientras la mayoría de los / hombres estén condenados a morir antes de tiempo, quien no comparta esta visión pretendidamente "realista" y actúe en consecuencia, debe contar incluso con la muerte.

Por eso, para ser discípulo de Jesús no hay que aferrarse a la vida. No se trata de vivir a cualquier precio.

Hay algo más importante que la vida, y es lo que da sentido a esa vida: la fidelidad a Jesús y a su Evangelio.

Jesús, que ama la vida, nos ha enseñado a amarnos.

Pero nos advierte que hay un modo de amarse que en el fondo es mortífero.

Es indispensable descubrir cuáles son las pérdidas necesarias para vivir y crecer.

No podemos ilusionarnos pensando que será posible vivir de acuerdo a las pautas del Reino de Dios sin renunciar a los valores propios del mundo viejo.

Jesús nos advirtió: "No se puede servir a dos señores".

No podemos hacer honor a dos lealtades.

Tenemos que reconocer que ello puede aparecer posible porque nuestro cristianismo es más bien verbal que real.

Nuestra adhesión a Jesucristo consiste en cierta simpatía / por su persona y en una aceptación intelectual de su proyecto.

Pero nos resistimos a renunciar a los criterios vigentes en el contexto social en que nos movemos.

Hay quienes no tienen nada o muy poco que perder: los marginados, los que están en la miseria, los pobres...

Nosotros, en cambio, tendremos algo que perder: tiempo, quizás; dinero, quizás; o ambas cosas, como el buen samaritano...

+***+

UNA COMUNIDAD FRATERNAL AL SERVICIO DEL REINO

Escuchamos una nueva predicción acerca del fin de Jesús.

Se alude a la situación peligrosa en que se encuentra Jesús, a la hostilidad que lo rodea.

Van por Galilea, pero Jesús quiere pasar desapercibido: "No quería que nadie lo supiera".

Esta predicción acerca de su fin violento está expresada en términos más genéricos que la que escuchábamos el domingo pasado: "Va a ser entregado en manos de los hombres, lo matarán y al tercer día resucitará".

Los Apóstoles no reaccionan como Pedro ante el anuncio anterior (8, 32), pero nota el evangelista: "Los discípulos no comprendían pero no se animaban a preguntarle".

Marcos menciona frecuentemente esta característica de los discípulos: no comprenden (4, 12.23.24; 6, 52; 8, 17).

No se trata de la comprensión de una fórmula matemática o de una teoría filosófica.

No comprenden a Jesús, no comprenden el sentido de su vida, no comprenden "en qué está Jesús". Están con él; lo siguen porque se sienten atraídos por él.

Piensan que es más que un profeta, intuyen que es el enviado por tanto tiempo esperado, el Mesías, como había dicho Pedro en nombre del grupo (Mc. 8, 28-29).

Pero no comprenden. Y su incompreensión tiene raíces profundas, como lo dice el evangelista. Sus intereses son muy distintos a los de Jesús; más aún, son contrarios.

Jesús hablaba del Reino de Dios mientras que ellos sueñan con el poder, discuten acerca de los puestos, están preocupados por los lugares que van a ocupar en las "listas".

Piensen en la comunidad del Reino con los criterios de la sociedad en que viven, en la cual la autoridad está arriba y manda, y los demás están abajo y obedecen: "Discutían sobre quién era el más grande" (vs. 34).

Los Evangelios traen a colación reiteradamente este problema, nos informan sin tapujos acerca de la "interna" de la Iglesia.

Nos muestran a los Apóstoles, a quienes la comunidad cristiana en tiempos en que se escriben los Evangelios considera como "columnas de la Iglesia" (Gál. 2, 9), preocupándose por la cuota de poder que les toca dentro de la Iglesia: nos muestran a los Apóstoles sin maquillaje, sin "lifting".

El problema no comenzó después de Constantino: ya se manifestó en vida de Jesús (Mc. 10, 37).

Jesús trata de hacerles comprender: "Entre ustedes no debe suceder así" (Mc. 10, 43). Jesús viene a inaugurar otro tipo de comunidad.

No será una comunidad anárquica, habrá dirigentes. Pero su misión será el servicio: "El primero debe hacerse el último de todos y el servidor de todos" (Mc. 9, 35).

El dirigente de la Iglesia de Jesús debe ser esclavo de sus hermanos.

No es entusiastamente ser esclavo, tener que vivir para servir.

UNA COMUNIDAD FRATERNAL AL SERVICIO DEL REINO

A veces no era fácil encontrar candidatos para ser dirigente, para ser obispo. En la carta a Timoteo se afirma: "El que aspira a presidir la comunidad desea ejercer una noble función" (3, 1).

Jesús se propuso a sí mismo como modelo a los dirigentes: / "No he venido a ser servido, sino a servir" (Mc. 10, 45).

En la última cena, después de haber realizado el servicio / de los esclavos lavándoles los pies, les dijo: "Ustedes me llaman maestro y señor; y tiene razón, porque lo soy. Si yo, que soy el maestro y el señor les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes" (Jn. 13, 13-15).

La comunidad de Jesús, lo que llamamos Iglesia, es una comunidad fraternal. Jesús decía: "Ustedes tienen un único maestro, el Cristo, y todos ustedes son hermanos" (Mt. 23, 8).

Esto fue reafirmado en el Concilio Vaticano II: "No hay en Cristo y en la Iglesia ninguna desigualdad por razón de la raza, de la nacionalidad, de la condición social o del sexo.

"Aunque algunos son doctores y pastores, existe una auténtica igualdad entre todos, es común la dignidad y es común la misión.

"Los pastores, siguiendo el ejemplo del Señor, deben ponerse al servicio de los demás" (L.G. nº 32).

Ninguna desigualdad, idéntica dignidad de todos los miembros de la Iglesia.

No sólo tenemos la misma dignidad, sino que todos somos corresponsables de la misión de la Iglesia que es anunciar el Evangelio del Reino de Dios.

La misión de la Iglesia no es monopolio del Papa, de los obispos y sacerdotes. La Iglesia que quiso Jesús es lo más opuesto que se puede pensar a un ejército. Lamentablemente, a veces se oye: "Ustedes también son como los militares, con su jerarquía, su 'cadena de mandos'..."

"Entre ustedes no debe ser así", repite Jesús (Mc. 10, 43).

Tenemos que ser realistas y reconocer que como los Apóstoles no hemos comprendido a Jesús.

Tenemos que reconocer que la Iglesia católica no es una comunidad fraternal.

Tenemos que reconocer que nuestra diócesis, que nuestra parroquia, no es una comunidad fraternal.

Nuestras comunidades no son comunidades libres de dominio.

El Evangelio de hoy es ciertamente una crítica a los dirigentes de la Iglesia que, como los Apóstoles, no comprenden, tienen una actitud contraria a la que les pide Jesús.

Pero también es una crítica implícita a los laicos.

¿Quién de ustedes se considera corresponsable de la misión de la Iglesia?

¿Quién se siente con el derecho y, a veces, el deber de intervenir en la Iglesia? Es decir, no sólo para cantar o leer en la misa sino para opinar y hacer aportes (¡la crítica inteligente es un gran aporte!) en orden a la vida y misión de la Iglesia.

El paternalismo y autoritarismo del clero surge y se conso-

UNA COMUNIDAD FRATERNAL AL SERVICIO DEL REINO

lida gracias al infantilismo e indiferencia de los laicos.

Ciertamente, la Iglesia de Jesús comporta aspectos institucionales.

Pero de lo que se trata es de averiguar qué características tiene que tener la Iglesia que quiso y quiere Jesús.

La Iglesia que hoy existe está necesitada de una "reforma", como lo afirmó el Concilio Vaticano II.

Después de cuatro siglos volvió a aparecer esa palabra que expresó durante siglos en la Iglesia, la condición para ser fiel al Evangelio. Porque en el siglo XVI la usaron Lutero y otros, / se le tenía miedo y se la substituía por otros términos: "renovación", "restauración".

El Concilio, imitando a Paulo VI, retomó esa palabra que // llenaba de esperanza a los cristianos de otros siglos. En el Decreto de Ecumenismo, afirma el Concilio que "la Iglesia es convocada por Cristo a una reforma permanente" (U.R. 6).

Pero el término ha vuelto a desaparecer del discurso eclesiástico. Y no sólo el término ha desaparecido.

El extraordinario aporte del Concilio en orden a una reforma de la Iglesia a la luz de su misión en el mundo contemporáneo, no ha tenido entre nosotros mucho fruto. Antes celebrábamos / la misa de espaldas y el latín; ahora lo hacemos de frente y en castellano. Pero cambios más profundos no se han dado.

No se puede dar una reforma sin cambio de mentalidad.

Y cambiar la mentalidad es muy difícil: no se renuncia fácilmente a los esquemas con los que estamos familiarizados.

Por otra parte, la resistencia a aceptar nuevas concepciones se ve reforzada, en el caso de la Iglesia, en virtud de un / inmovilismo inculado de muchas maneras por la educación religiosa.

La organización de la Iglesia ha sido presentada como sustentada por normas inmutables. Muchos piensan que la Iglesia de hoy es la "Iglesia de siempre".

Siempre que se habla en la Iglesia de conversión, se da por sentado que son los otros los que tienen que cambiar, no la Iglesia. Se considera que la Iglesia, tal cual existe hoy, es la que quiso Jesús y que, por tanto, no se la puede cambiar.

Si bien vivimos en un mundo de cambios en que la ciencia y la técnica nos han habituado a cambios profundos, no se transporta esta actitud al ámbito de la vida religiosa.

Además, el clima de cambio que se respiraba durante el Concilio y el inmediato post-concilio ha sido considerado por muchos como una especie de recreo que ya ha acabado.

Hoy soplan vientos de restauración. Se insiste en el orden, se ignora el Concilio y se vuelve a hablar de la Iglesia como de una institución dual: un grupo investido de poder (la jerarquía) y otro desprovisto de poder (los laicos).

No se pone el acento en una comunidad de hermanos, iguales en dignidad y solidariamente responsables de la misión.

Se presenta la Iglesia como lo hacía el Papa Gregorio XVI, en el siglo pasado (1831-1846): "Nadie ignora que la Iglesia es una sociedad de desiguales, en la que Dios destinó a unos a ser gobernantes y a otros a ser sus servidores. Estos son los laicos; aquéllos, los clérigos".

UNA COMUNIDAD FRATERNAL AL SERVICIO DEL REINO

La sociología enseña que toda institución se siente tentada a establecer un cuerpo rígido de doctrina, una ideología, que // proteja la institución y robustezca su gobierno.

Tratándose de la Iglesia, muchos católicos piensan que es una institución monolítica donde no hay lugar para los conflictos, no puede haber libertad de investigación en lo que toca a la teología o la moral.

Se confunde la unidad de la fe con la uniformidad de la teología, de la liturgia o de la moral.

Quien no acepta el statu quo, quien cuestiona la infidelidad al Evangelio, es descalificado como heterodoxo o "infiltrado".

Se emplea la misma táctica que emplearon los escribas y fariseos con Jesús. Se "demoniza" al que cuestiona: "Actúa inspirado por Belzebul".

No hay duda de que la Iglesia habla de los derechos humanos. Desde León XIII que hace un siglo defendía los derechos de los obreros en la Rerum Novarum, Juan XXIII en la Mater et Magistra (1961) y la Pacem in Terris (1963), sobre todo el Concilio (Gaudium et Spes, Dignitatis Humanae), Paulo VI en la Populorum Progressio (1967) y las Encíclicas de Juan Pablo II Laborem Exercens (1981) y Sollicitudo Rei Socialis (1987), han sido muchos los pronunciamientos sobre derechos humanos.

La doctrina es seria y genuina pero, ¿es creíble?

La credibilidad del mensaje descansa en parte en la actuación del testigo.

El Sínodo de los obispos de 1971 afirmaba: "Cualquiera que pretenda hablar de justicia, debe él mismo ser justo a los ojos de los demás".

Se insiste en ese documento en la participación de todos // los miembros de la Iglesia, sin olvidar a las mujeres, en la toma de decisiones en la Iglesia. Se reafirma el derecho a la libertad de pensamiento y opinión en la Iglesia. Se dice que "los procedimientos judiciales deben conceder al imputado el derecho a saber quiénes son sus acusadores, así como el derecho a una // conveniente defensa".

Además, "la justicia para ser completa debe incluir la rapidez en el proceso, y esto se requiere especialmente en las causas matrimoniales".

¿Se da en la Iglesia católica este respeto a los derechos humanos que su magisterio papal y episcopal proclama?

¿Quién no recuerda la manera totalmente contraria en que la Congregación de la doctrina cristiana procedió contra teólogos como Küng, Schillebeeckx, Pohier, Boff...?

A los individuos y grupos progresistas sólo les queda como posibilidad, el silencio o la emigración. ¿Está en desacuerdo // con el Párroco?: que se vaya a otra parroquia. ¿No está de acuerdo con el Obispo?: que se vaya a otra diócesis.

¿Es ésta la Iglesia que quiere Jesús?

¡Qué distinta ha sido y es la actitud de dirigentes que imitan al Buen Pastor Jesús!

Escuchemos como escribe San Agustín, obispo de Hipona, a un grupo con el que estaba en conflicto:

"... Quiero pedirles un favor. Depongamos, yo y ustedes, to

UNA COMUNIDAD FRATERNAL AL SERVICIO DEL REINO

da arrogancia. No pretendamos, ninguno de nosotros, haber descubierto la verdad. Busquemosla como algo que nos es igualmente // desconocido.

"Sólo podremos buscarla, con amor y sinceridad, cuando ninguno de nosotros tenga la osadía o presunción de creer que ya la posee.

"Y si no puedo pedirles tanto, concédanme, al menos, poder/ escucharlos, conversar con ustedes, para poder conocernos mejor" (Contra Epistolam Manichei, cap. 3).

+XXXX+

¿CATOLICOS O SECTARIOS?

"Tratamos de impedirselo, porque no es de los nuestros..."

Esta persona expulsaba demonios. Esa expresión, de acuerdo a la mentalidad de la época, significaba que esa persona liberaba a quienes sufrían enfermedad o algún mal.

Es decir, actuaba en la línea de acción de Jesús, que venía a instaurar el Reino de Dios. Esta persona innominada trabajaba por el Reino.

Los Apóstoles, en vez de alegrarse, trataron de impedirselo. La razón es mezquina: "... porque no es de los nuestros..."

El orgullo de los discípulos se expresa en la pretensión de tener, en cuanto grupo, el monopolio de Jesús y de su Reino.

Quienes no pertenecen al grupo no pueden trabajar por el // Reino.

Esa actitud cerrada, sectaria, se manifestó cuando se planteó la evangelización de los pueblos no judíos.

Hubo quienes se resistían a reconocer la obra del Espíritu/ fuera de los estrechos límites de la comunidad judeo-cristiana. Consideraban que la fe era inseparable de las pautas culturales/ del judaísmo. Para salvarse había que hacerse judío (He. 15, 1).

Felizmente había también otra corriente, liderada por Pablo y Bernabé, más sensible al obrar de Dios en otros contextos culturales. En el libro de los Hechos se relata un hecho paradigmático: la conversión del Centurión Cornelio (He. cap. 10 y 11).

Los judíos no podían relacionarse con los paganos, ni mucho menos entrar a sus casas.

Cornelio invitó a Pedro a su casa. Este, al principio, se / resistía pero, finalmente, comprendió que "no hay que llamar manchado o impuro a ningún hombre" (He. 10, 28). Pedro, el evangelizador evangelizado, exclamó: "Ahora comprendo que Dios no hace / distinción entre las personas. Por eso El está junto a quien le / teme y practica la justicia" (He. 10, 34-35).

La tensión entre las dos corrientes, entre los "tradiciona- / listas" y los "progresistas", llegó a su punto culmen en la Asam- / blea que se suele denominar "Concilio de Jerusalem" (Hechos, // cap. 15).

Se impuso la actitud progresista de Pablo: No se puede impo- / ner a los paganos que para creer en Jesucristo debían abandonar / su cultura.

Esta decisión hizo superar el peligro de que la comunidad / de Jesús se convirtiera en un grupo interno del judaísmo.

La fe en Jesucristo es independiente de la cultura judía.

Esta primera decisión fue de capital importancia. Pero el / problema ha resurgido constantemente en la Iglesia a través de / los tiempos.

Hoy también nuestra generación se encuentra ante un proble- / ma semejante.

El llamado a una Nueva Evangelización plantea de un modo // nuevo el problema.

Hoy como ayer se encuentra la Iglesia ante la posibilidad / de reconocer la presencia salvadora de Dios más allá de sus fron- / teras o, por el contrario, ilusionarse creyendo que ha encerrado / a Cristo y a su Espíritu de libertad dentro de sus muros.

¿CATOLICOS O SECTARIOS?

La Iglesia ha confundido, muchas veces, la fidelidad al /// Dios viviente con la conservación y repetición de sus formulaciones conceptuales.

Esa actitud merece el reproche que hace Jesús a los escribas y fariseos: "Ustedes anulan la Palabra de Dios por la tradición que ustedes mismos se han transmitido" (Mc. 7, 13).

Para no anular la Palabra de Dios tenemos que conocerla.

Pero, lamentablemente, para la inmensa mayoría de los católicos, los Evangelios y mucho más toda la Biblia, es un libro cerrado, desconocido.

La Biblia nos proporciona las "pistas" para descubrir las / "huellas" de Dios en la realidad.

Pero para muchos la Biblia "es un libro protestante"; y /// cuando ven a alguien con una Biblia en la mano, piensan que no / es un católico sino un protestante.

¿En cuántas casas de familias que se consideran católicas / hay una Biblia o, al menos, un Nuevo Testamento?

¿Se lee alguna vez o "descansa" olvidado entre los otros libros?

Las familias protestantes tradicionales solían colocar el ejemplar de la Biblia en un lugar destacado de la casa.

Un chico de diez años preguntó un día a su mamá: "Mamá: ¿ése es el libro de Dios?". "Sí, querido", le contestó la mamá. Y el chico volvió a preguntar: "¿Entonces por qué no se lo devolvemos, ya que nosotros no lo usamos?".

San Jerónimo decía: "Ignorar las Escrituras es ignorar a // Cristo".

Y no se puede ser cristiano ignorando a Cristo. Aunque muchos se consideren muy católicos a pesar de que ignoran lo que / Jesús hizo y dijo. Ignoran el Evangelio, pero se consideran católicos porque realizan ciertos ritos como la misa y los sacramentos. Según el Nuevo Testamento, ser cristiano es seguir a Jesús, y no se puede seguir a quien no se conoce, no se puede seguir a Jesús si no se sabe por dónde va...

El desconocimiento del Evangelio y del Nuevo Testamento da como resultado una concepción distorsionada del cristianismo.

Se lo concibe como una religión más, quizás la más perfecta, pero del mismo tipo que las otras religiones. Y, en ese caso, se considera importante la doctrina y moral de la Iglesia y no la persona de Jesús, lo que Jesús hizo y dijo.

Eso explica que se tenga de Jesús una imagen desleída, parecida a esas estatuas antiguas a las que el buril del tiempo ha privado de sus rasgos distintivos.

Los Evangelios, aunque no pretenden ser una biografía de Jesús, enraizan nuestra fe en la historia.

Cuando no se los conoce, se hace de Jesús una abstracción; o, a lo más, el propagandista de un ideal vagamente humanitario. Como si su misión se hubiera concretado en invitar al amor universal...

Hay algo de cierto en esta caricatura. Pero a un lírico que habla de que hay que amarse entre todos no se lo asesina. Ni ahora, ni entonces. Si Jesús hubiera predicado un humanismo abstracto sería incomprensible su vida y su muerte.

La muerte de Jesús no fue un accidente fortuito, sino la // culminación de enfrentamientos con los líderes religiosos de su

¿CATOLICOS O SECTARIOS?

tiempo, que decidieron eliminarlo para cortar de raíz un movimiento que consideraban muy peligroso.

El contexto histórico en que vivió y murió Jesús constituye el marco imprescindible fuera del cual el misterio de la persona de Jesús, Hijo de Dios y hombre verdadero, pierde toda consistencia.

Hay que abrir los Evangelios para descubrir la persona de Jesús y su proyecto, que él llamaba Reino de Dios.

Se dice que no hay modelos que proponer en un contexto de crisis de valores y de ausencia de líderes y proyectos.

En el Evangelio podremos descubrir la personalidad de Jesús cuya libertad entusiasmaba al pueblo y ponía fuera de sí a los celosos defensores del sistema religioso.

Y a partir del Evangelio podremos ir adentrándonos en la Biblia. Y la Biblia no es un libro "sectario" sino "católico", es decir, universal, ecuménico.

Hoy, hay una invasión de sectas que aparecen enarbolando la Biblia, casi blandiendo la Biblia como un arma, y pretendiendo demostrar, con la Biblia, que los católicos están en el error mientras que ellos han descubierto la verdad.

Ellos afirman que han encontrado a Cristo en la Biblia, mientras que los católicos "son idólatras porque adoran las imágenes de la Virgen y de los Santos".

Algunos católicos, desorientados ante algunas frases de la Biblia que parecen dar razón a la prédica de las sectas, quieren encontrar en la Biblia otros textos para "darles en la cabeza" con su misma arma. Buscan, con la misma mentalidad polémica y fundamentalista, textos que fundamenten la doctrina y práctica de la Iglesia católica...

Oponer a una actitud sectaria otra actitud sectaria...

Pero la Biblia no es un libro "sectario" sino "católico" / Es decir: no de un grupo llamado "iglesia católica" sino católico en su sentido etimológico, esto es, ecuménico, universal...

Hablamos de sectas, pero a veces no se tiene una idea clara acerca de lo que es una secta.

Se denomina secta a un grupo que se considera a sí mismo como único depositario de la salvación, como los que tienen el monopolio de la salvación.

La secta se considera a sí misma como un reducto de salvados, en medio de un mundo destinado a la perdición.

La Iglesia católica ha asumido muchas veces una actitud sectaria. Se afirmaba, sin distinguos, "fuera de la Iglesia no hay salvación".

Jesús, en el Evangelio de hoy, dice lo contrario: hay muchos que "están con nosotros" aunque no pertenecen a nuestro grupo, aunque no están en la Iglesia católica.

El Dios que se revela en la Biblia, ése a quien Jesús llama Padre, es un Dios no de un grupo, no es un dios tribal como pretendió hacerlo muchas veces Israel.

El Dios de la Biblia "quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim. 2, 4).

Esta enseñanza fundamental de la Biblia: Dios salva fuera de Israel (¡Hay "santos paganos en el Antiguo Testamento"!); Dios salva fuera de la Iglesia, ha sido afirmada reiteradamente/

¿CATÓLICOS O SECTARIOS?

por el magisterio solemne de la Iglesia en el Concilio Vaticano/II (por ejemplo, Lumen Gentium, nº 16; Gaudium et Spes, nº 22, /al final; etc.).

Por eso no son fieles a la Biblia, y por tanto no son católicos, quienes, presentándose como defensores de la ortodoxia, /pretenden imponer a quienes quieren creer en Jesucristo la circuncisión cultural occidental.

Hace casi cuarenta años advertía el Padre Henri de Lubac: /"Nunca se lucha más apasionadamente que cuando la causa es más /mezclada, cuando mezclamos nuestros prejuicios con la causa de /la Iglesia. Hay quienes defienden los derechos de la verdad, los derechos de Dios, con el celo ambiguo de quien defiende un bien/de familia".

No son católicos sino sectarios quienes siguen repitiendo:/ "Fuera de la Iglesia no hay salvación".

No son católicos sino sectarios quienes se sitúan frente al mundo con espíritu de cruzada, como conquistadores en lugar de /colaborar con quienes trabajan por la justicia.

No son católicos sino sectarios quienes, desde la ciudadela amurallada de una iglesia identificada con el Reino de Dios, anatemizan, descalifican a quienes no piensan como ellos.

No son católicos sino sectarios los que aplican la lógica /del todo o nada: o es de los nuestros o están en el error.

Es muy grande la tentación de la "inflación eclesial".

Hace unos años, escribía uno que se sentía fuera, refiriéndose a Cristo:

"Gentes de la Iglesia, ¡devuélvannoslo! También a nosotros/nos pertenece Cristo. Pertenece a todos los que hemos aprendido/de él que el hombre ha sido creado creador".

+***+

EL MATRIMONIO, ¿BAJO LA LEY O BAJO LA GRACIA?

El pasaje de hoy relata uno de los enfrentamientos de Jesús con los fariseos.

Los fariseos le plantean a Jesús el tema del divorcio "para ponerlo a prueba". Esta aclaración presupone que Jesús se habría expresado de un modo contrario a la práctica del divorcio, permitida en la legislación de Moisés.

En el libro del Deuteronomio se lee: "Si un hombre se casa con una mujer y consuma el matrimonio, pero después le toma aversión porque descubre en ella algo que le desagrada, escribe un acta de divorcio, se la entrega y la despide de su casa.

"Una vez que esté fuera de su casa, la mujer podrá casarse con otro; pero, si su segundo marido también llega a despreciarla y le entrega el acta de divorcio despidiéndola de su casa, o si este segundo marido se muere, el que fue su primer marido no podrá volver a casarse con ella" (24, 1-4).

En tiempos de Jesús, la situación de la mujer era mucho peor que la de nuestros días. Ciertamente, a pesar de los cambios habidos en estos veinte siglos, la situación de la mujer en países de tradición cristiana como el nuestro, deja mucho que desear.

Aunque a nivel teórico se afirma la igual dignidad del varón y la mujer, en la práctica perdura la discriminación tanto en la sociedad civil como en la Iglesia.

En otra ocasión hemos hablado de Jesús y la mujer (pág. 43-47, Domingo 5º durante el año) y decíamos que hemos frenado el movimiento de liberación de la mujer inaugurado por la palabra y la acción de Jesús.

La práctica del divorcio en la Palestina del siglo I era otra de las manifestaciones de la opresión de la mujer.

No basta decir que Jesús está en contra del divorcio; hay que tener presente cuál era el divorcio vigente en su patria.

El divorcio era un privilegio exclusivo del varón (El vs. 12: si una mujer se divorcia de su marido, tiene presente una situación extraña al ambiente palestino).

Es que la mujer era considerada como algo que pertenecía al marido. El Decálogo, en el décimo mandamiento, enumera a la mujer entre los bienes que pertenecen al hombre, y ni siquiera en primer lugar: "No codiciarás la casa, ni la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su buey, ni su asno ni nada que le pertenezca" (Ex. 20, 17).

La mujer llamaba a su marido "adón" (Gén. 18, 12; Jue. 19, 26; Amós, 4, 1) o sea, le daba el mismo título que daba el esclavo a su amo y el súbdito a su rey.

El matrimonio, en tiempos de Jesús, no era una relación entre iguales; sólo el varón tiene derechos.

Por eso, la infidelidad de la mujer casada, el adulterio, era penado con la muerte (Jn. 8, 4-5). Pero la infidelidad del hombre casado prácticamente no era tenida en cuenta, a menos que tuviera relación con una mujer casada. En ese caso violaba el derecho del otro marido...

Entre los encargados de interpretar la ley, se discutía acerca de las causales de divorcio.

La expresión del Deuteronomio que se ponía como motivo del repudio de la esposa "Si encuentra en ella algo que le desagrada" era muy genérica y se prestaba a muchas arbitrariedades.

EL MATRIMONIO, ¿BAJO LA LEY O BAJO LA GRACIA?

Se preguntaban si sólo se podía repudiar a la adúltera, o / también a la que había quemado la comida; o en el caso de que el marido hubiera encontrado una mujer más hermosa...

La reacción de Jesús tiende a defender la dignidad de la mujer y su igualdad con el varón. Afirma que "el varón que se divorcia de su mujer y se casa con otra comete adulterio contra aquélla" (10, 11).

Es una afirmación revolucionaria en esa sociedad patriarcal y machista.

A la pregunta de los fariseos "¿Es lícito al hombre divorciarse de su mujer?", Jesús responde con otra pregunta: "¿Qué es lo que Moisés les ha ordenado?"

Es el primer paso para una nueva impostación del problema: / distinguir entre una reglamentación humana y el proyecto de Dios.

Las prescripciones mosaicas, dice Jesús, no pertenecen al / proyecto de Dios sobre el varón y la mujer; se explican por la / "dureza del corazón de ustedes" (10, 5).

La moral corriente de su tiempo, la moral farisaica, se basaba en el desconocimiento de la dignidad de la mujer, en la inferioridad de la mujer, real aunque inconfesada. La mujer era // considerada propiedad del marido.

Jesús apela a la creación, al relato del Génesis, donde ambos, varón y mujer, son hechos a imagen de Dios (Gén. 1, 27).

En el Capítulo 20 resuena ese primer poema de amor, afirmando la igual dignidad del varón y la mujer: "Esta sí; ésta es carne de mi carne y hueso de mis huesos" (Gén. 2, 23).

Dios ha creado al varón y a la mujer el uno para el otro. / Su proyecto es unir al hombre y la mujer en el amor, para vivir / en la comunión personal y en la mutua entrega. Esa unión de amor hace de los dos una sola carne, como una sola persona (vs. 7-8).

Jesús concluye la discusión con la afirmación lapidaria: "No separe el hombre lo que Dios ha unido" (vs. 9). Deshacerse de la mujer es deshacerse de la voluntad de Dios.

Con un procedimiento literario empleado en otras ocasiones: "vuelto a la casa" (4, 10-13; 7, 17-18; 9, 28-29), el evangelista introduce un comentario de la sección precedente.

"La casa, para Marcos, tiene un significado teológico; es / el lugar donde Jesús se encuentra con sus discípulos y en donde / pueden darse las manifestaciones mesiánicas aparte de la muchedumbre... Los que están "en la casa" constituyen la nueva familia de Jesús... los únicos que pueden entender todo el alcance / de sus enseñanzas y su persona (9, 9-13; 13, 3)".

Es cierto que el rechazo del divorcio por parte de Jesús es tajante, pero Jesús no lo impone como una ley.

Es cierto que así se han entendido las palabras de Jesús.

Es que tienen la forma de una expresión jurídica, como otros pasajes del Evangelio, por ejemplo, las contraposiciones // del Sermón de la montaña: "Oyeron que se dijo a los antiguos... Yo, en cambio, les digo..." (Mt. 5, 21-48).

Jesús emplea el lenguaje jurídico, pero salta a la vista // que no promulga un código nuevo.

No pretende dictar una ley propiamente dicha sobre la indisolubilidad del matrimonio; busca, más bien, actualizar el proyecto originario de Dios, la verdadera realidad del matrimonio.

EL MATRIMONIO. ¿BAJO LA LEY O BAJO LA GRACIA?

Sus raíces calan más hondo que todas las leyes posibles y / ninguna ley puede asegurar su concreción. Jesús, en este punto / de las relaciones hombre-mujer como en lo que se refiere al te- / ner y al poder, plantea una actitud nueva.

La palabra de Jesús es provocativa al cumplimiento de la vo- luntad de Dios, a la realización plena del dinamismo del amor // conyugal del hombre que tiende a la unidad e indisolubilidad.

Por eso la palabra de Jesús no puede emplearse como una nor- ma casuística para resolver clara y tajantemente la diversidad / de las situaciones que pueden presentarse en las historias con- / cretas de los matrimonios.

"¿Podrán separarse o tendrán que separarse alguna vez los / esposos que se prometieron amor para siempre?

¿No hay acaso situaciones en las que la convivencia resulta imposible, en las cuales los esposos, lejos de ayudarse a vivir / y a crecer, se destruyen y torturan a los hijos?

Es cierto que, muchas veces, frente a las crisis cuya supe- ración implica sacrificios, pero sacrificios y pérdidas necesi- / rias para vivir y crecer, se bajan los brazos y se declara muer- to el amor.

Pero también es cierto que a veces uno de los dos rompe la / alianza y busca su felicidad fuera. En ese caso, ¿qué debe hacer el que es inocente del fracaso de su matrimonio? ¿No le es lícito formar una nueva pareja? Y si lo hace, ¿se los debe excluir / definitivamente de la eucaristía y de los sacramentos?

La Iglesia oriental, desde siempre, ha considerado como un / camino de salvación para el cónyuge inocente, un segundo casa- // miento, que es bendecido por la Iglesia y los esposos son admiti- dos normalmente a los sacramentos.

Cuando se trató este tema en el Concilio Vaticano II, un o- bispo oriental, Mons. Zoghbi, recordaba que la enseñanza del Con- cilio de Trento sobre el divorcio (1563), se había formulado de / tal manera que no excluyera la práctica de la Iglesia oriental / que, contrariamente a la Iglesia occidental, acepta en determina- dos casos el divorcio y el nuevo matrimonio.

"Espero -decía- que en estos tiempos de ecumenismo y de diá- logo, la Iglesia Católica pueda reconocer la tradición y la mo- / ral de la Iglesia de oriente y que los teólogos puedan encontrar un camino para ayudar a los esposos inocentes abandonados por // sus cónyuges".

Existe una legislación en la Iglesia católica referente al / matrimonio. El nuevo Código de Derecho Canónico tiene más en // cuenta la complejidad de la situación actual de las personas que se casan. Pero las normas y los procedimientos de la Iglesia tie- nen que estar en consonancia con la actitud y la enseñanza total / de Jesús.

Y la enseñanza de Jesús no está centrada en la indisolubili- dad del matrimonio sino en el perdón y la misericordia. Además, / la función de la Iglesia no es defender una institución sino ayu- dar a las personas a seguir a Jesucristo.

Si no se tiene esto en cuenta, puede asumir la Iglesia la / actitud de los fariseos a quienes Jesús censura por su dureza de corazón.

La "cardioesclerosis", la dureza de corazón en tiempos de / Jesús, era la enfermedad de los defensores del divorcio; hoy ata- ca más bien a ciertos defensores de la indisolubilidad del matri- / monio, que reducen el mensaje cristiano sobre el amor conyugal y

EL MATRIMONIO, ¿BAJO LA LEY O BAJO LA GRACIA?

la familia a la condena del divorcio.

Ciertamente, hay desorientación en nuestros días sobre la / relación hombre-mujer, sobre el amor conyugal, sobre el matrimonio y la familia.

La familia cristiana, ¿es un resto de un mundo que desaparece y que hay que salvar del naufragio, o es un proyecto de futuro que hay que inventar? ¿Se puede hablar de la indisolubilidad/ del matrimonio sin hablar de un modo creíble sobre el amor del / hombre y de la mujer?

¿Cómo ayudar a distinguir el amor de sus imitaciones profusamente publicitadas con las sofisticadas técnicas de la comunicación de masas al servicio de la ideología consumística del primer mundo?

¿Cómo convencer a los jóvenes, y a los no tan jóvenes, solteros y casados, de la necesidad de una iniciación permanente en el indispensable y difícil arte de amar?

Y, ¿dónde están los maestros?

Tenemos que reconocer que la Iglesia católica, cuya misión/ es anunciar a un Dios que ama la vida y cuyo nombre es amor //// (1 Jn. 8, 4), aparece como imponiendo una moral represiva y arrojando un manto de sospecha y de pecado sobre el placer y el sexo.

Y, lamentablemente, esta mala imagen de la Iglesia se debe/ no tanto a quienes la atacan sino a muchos que se presentan como sus defensores y representantes. Esta imagen no se podrá cambiar por un hábil maquillaje de especialistas en publicidad.

Sólo será posible mediante una seria y profunda revisión de lo que muchos siguen presentando como "doctrina católica" acerca de la sexualidad humana, del amor y del matrimonio. Una revisión a la luz de una relectura de la Biblia y de la tradición, y de / los aportes actuales de las ciencias del hombre: la psicología y el psicoanálisis, la sociología, la antropología, las ciencias / biológicas...

Como discípulos de Jesús y encargados de anunciar su Evangelio, tenemos que presentar su aporte sobre el amor humano y sobre la familia.

Al pretender hacerlo en nuestra patria nos encontramos con/ una situación de aumento sostenido del desempleo. Somisa es, por ahora, el último capítulo de una tragedia que ayer era Sierra // Grande y que mañana no sé cómo se llamará...

¿Cómo hablar de familia y de educación en el amor a gente / que vive de changas, hacinados en un sucucho de cartón y lata, / en medio de la promiscuidad y la cultura de la miseria?

¿Qué papel pueden jugar en la educación en el amor las instituciones educativas ante la ausencia de un proyecto educativo/ integrado en un proyecto de nación y la progresiva proletarianización de los docentes?

Sin dejar de anunciar el Evangelio en la ciudad, hay que // crear grupos de jóvenes, de familias que encarnen la propuesta evangélica del amor, un proyecto de vida alternativo al proyecto consumístico que ahoga el crecimiento en humanidad y solidaridad.

Sólo desde la plataforma de una comunidad-signo, sólo a partir de un testimonio de vida se podrá proponer de un modo creíble el mensaje liberador del Evangelio sobre el amor humano.

13.10.91

- 1 -

111

DOMINGO 28º DURANTE EL AÑO: Mc. 10, 17-27

CICLO B

¿QUE TIENE QUE HACER UN RICO PARA SALVARSE?

El Evangelio de hoy nos presenta la actitud de Jesús con // respecto a los ricos.

Jesús, más que pronunciarse sobre la riqueza y la pobreza / en abstracto, habla de ricos y pobres en concreto.

El texto evangélico tiene dos partes: el diálogo de Jesús / con el hombre rico (vs. 17-22) y el diálogo de Jesús con sus discípulos (vs. 23-27).

El pasaje está inserto en el camino a Jerusalem, y esa notación no tiene sólo un valor topográfico sino un profundo sentido teológico: es el camino hacia la muerte y la resurrección.

En el camino se va explicitando la nueva actitud de los que siguen a Jesús. El pasaje de hoy habla de la nueva actitud con / respecto al "tener"; el domingo pasado leíamos acerca de la nueva actitud con respecto a las relaciones varón-mujer, con respecto al "sexo" (10, 1-12); el próximo domingo, la nueva actitud // con respecto al "poder" (10, 35-45).

El hombre rico del pasaje de hoy aparece sinceramente preocupado por su salvación. Uno puede extrañarse por la pregunta // que hace. ¿Qué esperaba de Jesús? ¿Quizás lo había escuchado y / pensaba que el camino de la ley ya no era suficiente?

La expresión del rico: "Maestro bueno" es interpretada por / Jesús de tal manera que provoca al interlocutor (y a los que leemos el Evangelio) a interrogarse sobre la identidad de Jesús.

El mismo Jesús que pregunta: "¿Por qué me llamas bueno?" y / que afirma: "Sólo Dios es bueno", pone como condición para entrar en el Reino, además de la observancia de los mandamientos / de Dios, el seguimiento de su persona (10, 21-24).

Jesús recuerda al hombre rico los mandamientos. Es notable / que sólo alude a los mandamientos con respecto al prójimo. Es // que el problema del rico se encuentra allí, en su relación con los demás. Y no es casual, tampoco, el orden: pone en primer lugar el quinto: "No mates".

Viene a la mente la afirmación del Eclesiástico 34, 21-22: / "Si niegas su pan al pobre, lo matas". Además, Jesús agrega un / mandamiento que no figura en el Decálogo: "No defraudes", que // significa retener injustamente lo que pertenece al otro.

El señalarle los mandamientos es el primer paso de la res- / puesta, que prepara la nueva condición en la era del Reino de // Dios.

"Te falta una cosa: vende lo que tienes y dalo a los po-/// bres, así tendrás un tesoro en el cielo. Luego, ven y sígueme" / (vs. 21).

La condición de Jesús no es una especie de consejo ascéti- / co. No pide Jesús que el rico se haga pobre como si ser pobre // fuera más perfecto, fuera "espiritualmente" mejor que ser rico.

El llamado de Jesús no tiene como objetivo la perfección es- / piritual del rico sino las necesidades materiales de los pobres.

El acento no está en despojarse de las riquezas sino en com- / partirlas con los necesitados.

El Reino anunciado por Jesús comporta el proyecto de una // convivencia humana renovada de acuerdo a criterios fraternales.

Por eso no se puede formar parte del Reino, de la "nueva fa- / milia de Jesús", no se puede seguir a Jesús, ser cristiano, pose- / yendo en exceso los bienes que los pobres necesitan para vivir.

¿QUE TIENE QUE HACER UN RICO PARA SALVARSE?

Al rico no le convenció la propuesta de Jesús. Jesús le proponía cambiar su "seguro de vida" por otro. El rico consideraba sus riquezas como un "colchón" que le aseguraba el futuro. Jesús le propone poner su seguridad en Dios: "Tendrás un tesoro en el cielo".

Pero el rico prefirió renunciar al camino que lo había entusiasmado, aunque esa decisión le resultó costosa: "Se entristeció y se fue apenado" (vs. 22).

Hizo una opción que muchos calificarían de "realista", "porque tenía muchos bienes", aclara el evangelista.

Y así se frustró una promisorio posibilidad.

Este es el único caso que nos transmiten los Evangelios de una invitación de Jesús a seguirlo que es rechazada.

La reflexión de Jesús expresa profunda tristeza: "¡Qué difícil será para los ricos entrar en el Reino de Dios!". Son palabras duras, que se confirman con la conocida hipérbole: "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de Dios".

Jesús usa la hipérbole también en otras ocasiones: ver la pelusa en el ojo ajeno y no la viga en el propio (Mt. 7, 3-5), / colar los mosquitos y tragarse los camellos (Mt. 23, 24).

El lenguaje de las imágenes es muy elocuente. Jesús afirma la imposibilidad para un rico de entrar en el Reino de Dios.

Lo que dificulta la entrada es la actitud del rico de no querer compartir sus bienes con los pobres. Esta actitud es incompatible con el seguimiento de Jesús.

Los Apóstoles se extrañan ante esta imposibilidad de la salvación. Jesús responde: "Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para El todo es posible" (vs. 27).

Las palabras de Jesús no quieren decir que existe la posibilidad de seguir siendo rico y entrar en el Reino de Dios.

La afirmación "todo es posible para Dios" es una expresión que se usa para indicar una intervención extraordinaria de Dios (Lc. 1, 37; Gén. 18, 14).

Jesús afirma que la fuerza negativa de la riqueza, que impide de una actitud fraternal, puede ser vencida. El amor de Dios es capaz de suscitar en el hombre la liberación de las ataduras de la riqueza y hacerlo entrar en un ámbito nuevo de valores, en el proyecto de una convivencia libre y fraterna.

En otras palabras, el rico podrá dejar de ser rico y aprender un nuevo modo de tener, un tener compartido, en una nueva sociedad que va surgiendo.

Pero podemos preguntar: estas claras palabras de Jesús, ¿tienen validez hoy para nosotros?

Porque, sinceramente, están en contra del modo como se concibe el "tener" en nuestra sociedad que, sin embargo, se considera cristiana.

¿O quizás este Evangelio no está dirigido a nosotros? ¿Somos acaso ricos nosotros?

Pero, una pregunta previa: ¿no será que este Evangelio tiene sentido en la situación de la Palestina del siglo I, pero no tiene aplicación en la Argentina del siglo XX?

Ciertamente, Jesús habla en el contexto socio-económico-político de su patria en el siglo I.

Allá y entonces, la brecha entre las clases sociales era //

¿QUE TIENE QUE HACER UN RICO PARA SALVARSE?

muy grande. El rey y su corte, los terratenientes y los jefes de los recaudadores de impuestos, la aristocracia sacerdotal, llevaban una vida de gran bienestar y frecuentemente fastuosa. En la otra parte, las masas eran explotadas por estos privilegiados.

Detrás de todo está presente la sombra de Roma que regula / la situación con los impuestos y la ocupación militar.

La sociedad en que vive Jesús está estructurada de una manera injusta; es un sistema que genera y mantiene desigualdades / flagrantes.

El anuncio del Reino de Dios que hace Jesús implica una denuncia de esa situación de injusticia.

Cuando proclama: "Felices los pobres porque el Reino de /// Dios les pertenece" (Lc. 6, 20), está anunciando un cambio de situación: dejarán de ser pobres, porque Dios-rey se pondrá de su / parte.

Si preguntamos quiénes son los pobres, fácilmente nos ponemos de acuerdo.

Pobres -"ptojós" es el término griego que emplea el Evangelio-, entonces y ahora significa lo mismo. No han cambiado en estos veinte siglos: son los que carecen de lo necesario para vivir, no tienen medios para una vida digna de hombre: ni dinero, / ni cultura; no tienen asegurado ni el hoy ni el mañana, y si se enferman o son niños o ancianos, peor.

Pero también se puede decir con mucha razón que ha habido / cambios en el mundo de los pobres.

Hoy son millones, las dos terceras partes de la humanidad. / Y ya no son pobres individuales: forman grupos, sectores, clases; y hay países pobres.

Además, en muchos se ha despertado la conciencia que su situación no es fatal; están convencidos que su situación es injusta, que tienen derecho a vivir como hombres, y que hay quienes / les impiden ejercitar el derecho que tienen a la vida. Hoy sabemos que hay pobres porque hay ricos.

Pero, ¿quiénes son los ricos?

Aquí ya no es fácil ponerse de acuerdo.

Es que vivimos en una sociedad imbuída de una ideología consumista. Una sociedad que por medio de la propaganda exagera / nuestra tendencia a tener, crea constantemente necesidades artificiales. Siempre nos falta algo sin lo cual "no se puede vivir" o, al menos, que es "lógico", que es "normal" tenerlo.

No basta la heladera, necesitamos el freezer; no basta la / cocina, necesitamos la micro-ondas; no basta el televisor, necesitamos la video-casetera... Para otros será la casa en Punta / del Este, la cuenta en Nueva York o en Suiza...

Pero nadie se considera rico...

Jesús no es el propagandista de una mística de la pobreza / ni está contra el bienestar; pero, ¿es correcto nuestro modo de ver? ¿Es cristiana la mentalidad ambiente que nos lleva a pensar que la situación de los pobres, incluso miserables, que viven en las villas miseria, no tienen nada que ver con nosotros, con /// nuestro modo de vida?

¿No tenemos ninguna responsabilidad en la situación de los / pobres? ¿La tendrá que solucionar el gobierno?

Y los empresarios, chicos, medianos y grandes, ¿son ricos? / ¿Qué tendrán que hacer si quieren ser cristianos? ¿Tendrán que /

¿QUE TIENE QUE HACER UN RICO PARA SALVARSE?

vender sus empresas a otros y distribuir el dinero a los pobres?

Pero, ¿ésa es la solución?

Ciertamente, no. Sería pan para hoy y hambre para mañana.

La indicación de Jesús al rico: "Vende lo que tienes y dalo a los pobres" es válida hoy, aunque la manera de realizarla sea más compleja.

Compartir la riqueza, por ejemplo, es dar trabajo; para luchar contra la pobreza hay que abrir, no cerrar las fuentes de trabajo.

Jesús vivía en un mundo pre-industrial en el que las relaciones económicas eran más simples y transparentes.

Hoy, la actividad económica en nuestra sociedad se ha hecho muy compleja. Tan compleja se ha hecho que confundimos fácilmente los medios con los fines. O, más bien, nos enredamos de tal manera en la complejidad de los medios, en la complejidad del "mercado", que hemos perdido la visión de la finalidad de la economía: la vida y el bienestar de todos los hombres.

¿Qué busca el hombre con su actividad económica, con su trabajo? Busca tener alimentos, vestido, casa, medicina, cultura. Busca vivir.

Y Dios hizo la tierra para que vivieran todos los hombres.

A medida que se va haciendo más compleja la vida económica, se pierde de vista este fin.

Con la medicina ha pasado lo mismo. La especialización ha posibilitado los admirables avances de la ciencia y la técnica médica. Pero la medicina se ha despersonalizado; se ha perdido de vista que es una persona la que está enferma. Gracias a Dios, hay una saludable reacción, se está insistiendo en la necesidad del médico de familia.

Algo análogo ha pasado con la ecología. Para producir más y a menor costo, se está haciendo inhabitable el planeta. También aquí, aunque demasiado lentamente, se insinúa una reacción.

También la economía necesita urgentemente una revisión y reestructuración. Así como va, va marginando irremediablemente a 7 millones de personas. La "buena marcha del sistema" condena a la miseria y a la muerte, más o menos lenta pero fatalmente, a millones de seres humanos.

Algo anda mal. En muchos órdenes: en la explotación de la naturaleza, en el campo de la energía atómica, en el mundo de la biogenética y particularmente en lo que se refiere a la economía y al sistema económico, nos está pasando lo que al aprendiz de brujo.

No podemos seguir encandilados perfeccionando una máquina que, como nuevo Moloc, devora a los hombres a quienes tendría que hacer vivir.

El mensaje del Evangelio de hoy es un mensaje de vida, un mensaje de amor.

Un llamado a no desviar la vista ante el rostro de los pobres.

Cuesta soportar la mirada de los pobres; por eso los expulsamos de nuestros barrios y los confinamos en esos ghettos modernos, las villa-miserias, las favelas...

No despreciemos al pobre, no lo humillemos, no lo hagamos a un lado como a una cosa molesta que obstaculiza nuestro camino.

¿QUE TIENE QUE HACER UN RICO PARA SALVARSE?

No nos lo saquemos de encima con un mandrugo o un par de australes... "Lo que hicieron con uno de éstos, lo hicieron conmi-////go..."

Tratémoslos como personas aunque parezcan casi no hombres, / hablemos con ellos...

Si no compartimos con ellos, nuestras riquezas no podremos / seguir a Jesús.

Comencemos ya a compartir: nuestro tiempo, nuestros conoci- / mientos, nuestros bienes...

Y, particularmente, quienes son más responsables de la polí- / tica económica, de las ciencias económicas, de los medios de pro- / ducción, tienen que aportar imaginación, creatividad y competen- / cia para promover los cambios necesarios y urgentes.

Pero todo esto supone la liberación de la atrayente esclavi- / tud del tener que nos envuelve y penetra como el aire que respi- / ramos.

Contamos con la palabra de Jesús: "No hay nada imposible pa- / ra Dios."

+ + + + +

SER MADRES HOY

Este pasaje está a continuación del tercer anuncio de la pasión (Mc. 10, 32-34).

El evangelista, con este pasaje, nos vuelve a presentar la falta de comprensión de los discípulos. Están en "otra cosa".

Así como hace dos domingos el evangelista presentaba la nueva actitud en la relación varón-mujer, la actitud frente al "sexo" (Mc. 10, 2-16); el domingo pasado, la nueva actitud con respecto al "tener" (Mc. 10, 17-30), hoy nos presenta la nueva actitud con respecto al "poder".

Ya hemos reflexionado sobre el sentido que tiene, en la Iglesia, el poder: no dominación sino servicio (Domingo 25º durante el año).

Hoy se expresa el fundamento de esta inversión de perspectiva. Se trata de una de las afirmaciones más importantes del Evangelio: "El Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir, y a dar su vida como rescate por una multitud".

Por ser hoy el día de la madre, haremos la reflexión sobre ello. También la madre no busca ser servida sino servir, y da su vida por sus hijos.

1.-

El día de la madre no es una fiesta religiosa, es una celebración común a cristianos y no cristianos.

Hasta no hace mucho tiempo existía en el calendario litúrgico la fiesta de la Maternidad de María el 11 de Octubre, y se solía celebrar la fiesta de la madre cristiana. Eran dos celebraciones: una sólo para cristianos, la otra, para los demás: el día de la madre cristiana y el día de la madre universal.

La supresión de la fiesta litúrgica ha posibilitado que la celebración sea común.

Este hecho es simbólico. Los cristianos no tenemos que hacer una historia paralela, aunque es grande la tentación.

La presencia de los cristianos en el mundo debe ser concebida al modo de la levadura en la masa (Mt. 13, 33), de la luz y 7 de la sal (Mt. 5, 13-16).

Un cristiano del siglo II describía así la situación de los cristianos en el mundo: "Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por la región, ni por la lengua, ni por las // costumbres. Cada uno habita en su propia patria, aunque con un // sentido peregrinal. Participan de todo como ciudadanos que son, // y lo soportan todo como extranjeros: el extranjero es para ellos patria, y la patria, extranjero. Se casan como todos, procrean // hijos, pero no tiran los fetos. Ofrecen mesa común, pero no lecho... Obedecen las leyes fijadas, pero con sus propios recursos superan las leyes... En una palabra, lo que el alma es para el // cuerpo, eso son los cristianos en el mundo." (Carta a Diogneto).

Ciertamente, la Iglesia como comunidad tiene que verificar un proceso de eclesialización. Pero su misión no se reduce a aumentar el número de sus inscriptos. La comunidad de los creyentes en Cristo no puede encerrarse en una isla católica con su // propia cultura, su propia historia, su propia lengua. El reunirse en iglesia es un medio para difundir entre todos la luz del Evangelio. Ello no será posible si no surgen comunidades cristianas que vivan la fraternidad evangélica.

SER MADRES HOY

Por eso dice el Concilio: "Ese pueblo mesiánico, aún cuando de hecho no abarque a todos los hombres y muchas veces aparezca como una pequeña grey, sin embargo es un germen de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano" (Lumen Gen-// tium, 9).

Paulo VI comenzó a hablar de la "civilización del amor". Pero trabajar por la civilización del amor no es pretender construir una sociedad al lado de la que existe; la tarea más bien es la de procurar que esta sociedad en la que vivimos vaya transformándose de selvática en humana. Deje de ser un mundo donde sobreviven los más fuertes para llegar a ser una casa común donde sea posible que todos vivan en la justicia y la fraternidad.

2.-

¿Hay una forma cristiana de festejar el día de la madre?

Sí. Es abrir los ojos y mirar toda la realidad a la luz del Evangelio.

Y eso implica no quedar atrapados en la propaganda televisiva montada para aumentar las ventas. Implica tener la fuerza de liberarse de la ideología consumística que disuelve la familia / transformándola en una unidad de consumo.

Ver el día de la madre a la luz del Evangelio es mirar la realidad en toda su amplitud, no pensar que sólo hay madres jóvenes y bellas, ricas y sonrientes.

Hoy hay que tener presente no sólo a las que se alegran por su primer hijo sino también a las que han despedido a todos y van contando los nietos. Hay que pensar en las madres solteras, en las madres adolescentes que tienen que hacer frente a la vida, carentes de madurez, de cultura, de dinero.

Están las mamás que están educando a sus hijos en este tiempo tan difícil. Algunas son acompañadas por sus maridos, pero están otras que tienen que afrontar esta tarea solas; o porque sus esposos no las acompañan o porque las han abandonado.

Hay madres que económicamente están bien, y hay otras que sufren porque no pueden dar a sus hijos lo necesario para vivir.

Hay madres fortalecidas por el afecto de sus esposos, sus hijos y nietos, y hay madres carentes de recursos y de afectos, madres ancianas en la más dura soledad.

Hay también mujeres que sin haber engendrado hijos son verdaderas madres.

¿Quién no conoce esas enfermeras, esas religiosas, esas tías, esas abuelas que son madres de tantos hijos que ellas no han traído al mundo? ¿Y tantas mujeres que son madres de hijos que han adoptado?

Es que ser madre es ayudar a vivir, ayudar a crecer, a realizarse.

3.-

Hoy no es fácil hablar de la madre.

Es cierto que la palabra madre se refiere a un hecho biológico. Y, en ese sentido, podríamos decir que no ha cambiado a través de los tiempos.

Pero el ser madre no es un puro hecho biológico, es sobre todo un hecho cultural. La mujer no vivencia hoy la maternidad de la misma manera en que la vivían sus abuelas o las mujeres de

SER MADRES HOY

los siglos pasados.

Ha habido grandes cambios en la sociedad global y en la familia en estos últimos doscientos años.

Ha habido grandes cambios en la situación económica, que // han incidido en la familia. Para muchos se hace imposible formar una familia...

Ha habido cambios en la situación de la mujer en la sociedad y ello incide en la manera de considerar la maternidad.

La maternidad ha dejado de ser el único rol asignado a la / mujer en la sociedad.

Hoy, la mujer trabaja, ejerce una profesión, la docencia, / la política...

Se están dando grandes cambios en el ámbito de la sexuali- / dad humana. La nueva situación comporta la superación de tabúes / de origen social y religioso.

Es explicable que se de cierta falta de mesura al abordar u na temática hasta ahora socialmente ausente y compleja. Y, por o tra parte, hay también falta de mesura en la crítica inspirada 7 en una mentalidad represiva.

Por otro lado, no hay duda que dificultan un serio plantea- miento del problema los mercaderes del sexo que están al acecho / para aumentar sus ganancias.

Estos cambios se dan en un contexto de cierta crisis de las instituciones como el estado, las instituciones educativas y la / misma Iglesia católica, cuya enseñanza muchas veces aparece como anticuada y represiva.

A esto hay que agregar una más generalizada crisis de valo- res que provoca en muchos un repliegue sobre sí mismos, un indi- vidualismo casi narcisístico. Lo cual, lógicamente, incide en // las relaciones sociales y en la relación varón-mujer.

Es un fenómeno relativamente reciente, no tiene más de 50 ó 60 años, la tendencia a visualizar la pareja varón-mujer como mo delo de una relación humana, distinta de la relación que media 7 entre padres e hijos en el seno de una familia.

Muchos jóvenes deciden vivir en pareja no tanto para tener / hijos sino porque se quieren.

Se atribuye un valor fundamental, muchas veces exclusivo, / al sentimiento de atracción mutua. Y la perdurabilidad de la u- nió n depende de la permanencia de ese sentimiento.

En ese contexto se relativiza la importancia del divorcio. / No aparece como un fracaso excepcional, sino como un derecho de / la pareja en la cual se ha extinguido el amor.

Las ciencias humanas, la psicología, el psicoanálisis, la / antropología, hablan de la polivalencia de la sexualidad humana.

La dimensión sexual del hombre, a diferencia de los anima- / les, no está restringida a posibilitar la procreación. Entre los hombres no es válida la ecuación: sexualidad = procreación.

Constituye, ciertamente, un gran avance este descubrimiento de la enriquecedora polivalencia de la sexualidad. Ciertamente / también es un avance la valorización de la relación amorosa en / el matrimonio.

No es simplemente un contrato de prestación de servicios, o simplemente el medio de asegurar la perduración de la especie.

Pero no todo es positivo en esta evolución.

SER MADRES HOY

No nos podemos detener mucho en esto. Hay mucho que investigar aún y hay que dar correcta información sobre lo que ya sabemos. Pero sobre todo es urgente, aunque la tarea es muy difícil, una educación de los sentimientos.

El hombre no tiene, como los animales, programados finalísticamente sus sentimientos.

La agresividad, el miedo, la atracción sexual, el amor, /// etc., etc., tienen que ser educados para que el hombre pueda realizar su tarea de ser hombre.

El hombre es un ser cultural, tiene que "cultivarse" para vivir como hombre. Hecho para amar y ser amado, necesita aprender "el arte de amar".

En esta compleja crisis cultural que estamos protagonizando, el ser madre y el ser padre (¿por qué separarlos? Yo creo // que la razón es sólo el criterio comercial) ya no es un ideal // para muchos jóvenes y no tan jóvenes.

Decía un psiquiatra argentino, el Dr. Rascovsky: La nueva / situación de la mujer, por influencia de la civilización industrial y el feminismo, ha hecho que "uno de sus roles centrales, // o, quizás, el primordial papel humano, la maternidad, fuera relegada a segundo plano, con lo que se produjo el incremento enorme de la enfermedad mental que sin duda alguna se debe a la fractura de la relación madre-hijo, la disminución de la natalidad y / la diferente estructura de la familia" (Clarín, 08.03.87).

4.-

Ser madres hoy, ¡qué difícil que es!

Alguno podría -jocosamente- calificarlo de "trabajo insalubre".

Una mujer no se transforma en madre de una manera automática; la mujer se va haciendo madre, va creciendo como madre.

Recuerdo una tira de "Mafalda": La madre de Mafalda la reta y le dice: "¡Tenés que recordar que soy tu madre!". Y Mafalda // responde: "¡Y vos tenés que recordar que soy tu hija! ¡Al fin y al cabo nos recibimos las dos el mismo día!".

¡Qué difícil es ayudar a crecer a los hijos, que no son propiedad privada de los padres! Ese es el significado profundo del bautismo: cada hijo es una persona distinta, responsable ante // Dios.

¡Qué difícil es educarlos en la libertad para que aprendan / a ser libres y responsables! Particularmente en este tiempo en / que la sociedad y sus parámetros están en crisis y aún no están / claras las nuevas pautas.

¿Cómo tienen que ser? ¿Solidarios o egoístas? Sabemos que / lo que educa no son tanto las palabras cuanto las actitudes de / los padres.

Las madres tienen que ser creativas, no pueden aplicar los / moldes que regían en sus familias.

Es una tarea a la cual no la pueden realizar solas, tienen / muchas veces que pedir ayuda, quizás también a psicólogos y psicopedagogos.

Ser madre es un constante aprender "el arte de amar": vamos cambiando todos: madres, esposos e hijos. Y en el arte de amar / todos, casados y no casados, jóvenes y maduros, seguimos siendo, mientras vivimos, aprendices.

SER MADRES HOY

Hoy, día de la madre, nuestro pensamiento va a la madre de Jesús.

No debió ser fácil, para María, ser madre de Jesús de Nazareth.

Jesús dijo siempre sí al Padre, pero no siempre dijo sí a su madre (Mc. 3, 31-35).

María tuvo que ayudar a Jesús a crecer en libertad.

El evangelista Lucas nota que María no entendía a Jesús /// (Lc. 2, 50), como les sucede muchas veces a los padres con sus hijos.

Y, sin embargo, María respetó su vocación de anunciador del Reino de Dios.

Lucas también nos dice que María trataba de comprender en la oración: "Su madre conservaba estas cosas meditándolas en su corazón" (2, 19).

La vocación a ser madre es permanente, no se deja de ser madre aunque pasen los años. Los años van madurando el corazón de las madres.

El amor y también el desamor o la ingratitud de los hijos / van moldeando el corazón de las madres purificándolos y aquilatandolos. Los años no las envejecen sino que van acrecentando su sabiduría.

El día de la madre es un día de acción de gracias y de petición.

Acción de gracias por el don de la madre y petición para // que Dios la colme de bendiciones haciéndola cada vez más semejante a El.

Es un día de oración también por las madres que ya no están entre nosotros: creemos que viven en Dios y que un día podremos reencontrarnos definitivamente.

+*****+

DOMINGO 309 DURANTE EL AÑO: Mc. 10, 46-52

"MAESTRO, ¡QUE PUEDA VER!"

Este relato sobre la curación del ciego Bartimeo concluye / toda la sección comenzada con la confesión de Pedro (8, 27-30). / Inmediatamente antes (8, 22-26), se relata otra curación de un / ciego.

Tal enmarcamiento tiene un profundo valor simbólico respec- / to al tema desarrollado en la sección: el descubrimiento progre- / sivo de la identidad de Jesús por parte de los discípulos. Final- / mente, estos discípulos censurados por Jesús: "¿Todavía no com- / prénden ni entienden? Tienen la mente ennegrecida. Tienen ojos y / no ven, oídos y no oyen" (Mc. 8, 17-18), finalmente pueden abrir / los ojos y ver.

Son notables la viveza y los detalles del relato: el mendi- / go sentado junto al camino, su decisión de no dejar escapar la o / portunidad de ser curado, su negativa a guardar silencio, el uso / atrevido del título mesiánico: "Hijo de David", la prontitud de / su respuesta: da un salto y tira su manto en que recogía las mo- / nedas que le daban de limosna, la confianza en Jesús al que "si- / gue por el camino".

Se trata de un relato de gran contenido simbólico. Es un re- / lato-símbolo de la situación del discípulo de Jesús. Pinta la si- / tuación de los Apóstoles y nuestra propia situación.

Es un ciego; más precisamente, un mendigo ciego.

Está junto al camino, al margen del camino, "marginado". Y / desde esa situación de necesidad, desde su ceguera, invoca a Je- / sús.

Frente a los gritos de auxilio de este "marginado" aparece / la distinta actitud de Jesús y sus seguidores. Estos quieren ha- / cerlo callar -análoga actitud de rechazo frente a los niños, Mc. / 10, 13-14. Jesús, en cambio, lo manda llamar.

Ante el llamado de Jesús, este hombre tira su manto, es de- / cir, se despoja de su "riqueza", de las limosnas que le han da- / do; se despoja del poco poder que tiene y pide a Jesús la gracia / de ver.

"Tu fe te ha salvado", le dice Jesús. El hombre comenzó a / ver y lo siguió por el camino.

La fe es un nuevo modo de ver que se manifiesta en el segui- / miento a Jesús.

Creyentes son los que ven la realidad como Jesús la ve, por / eso siguen a Jesús por el camino, viven como Jesús.

La fe se compara siempre en el Nuevo Testamento con la vi- / sión; es una nueva capacidad de ver.

En cierta literatura cristiana se habla a veces de la "fe / ciega", incluso en ciertas representaciones artísticas se ha re- / presentado la fe con una venda que le cubre los ojos. Esta con- / cepción no es bíblica.

Jesús es designado en el Evangelio de Juan como la luz ver- / dadera que ilumina a los hombres (Jn. 1, 9); y creyentes son los / que han visto la gloria de Jesús (vs. 14).

La misión de Jesús, luz del mundo, es hacer ver a quienes / no ven; por otra parte, los que pretenden orgullosamente ver, // quedan ciegos ante la nueva realidad del Reino de Dios (Jn. 9, / 1-41).

Una de las recomendaciones más repetidas de Jesús es: "¡Es- / tén despiertos!", "estén atentos", "estén vigilantes", "mantén- /

"MAESTRO, ¿QUE PUEDA VER!"

ganse alertas". No se nos invita a cerrar los ojos sino a abrirlos más, para descubrir lo que por falta de atención puede pasar desapercibido.

Vivimos en un mundo en que los medios de comunicación están produciendo una verdadera revolución cultural.

Alvin Tofler, autor de los best-sellers "El shock del futuro" (1971) y "La tercera ola" (1980), acaba de publicar "El cambio de poder" (Powershift) sobre el poder de la información.

Hoy todo el planeta puede seguir minuto a minuto acontecimientos internacionales por televisión. El poder del conocimiento y de la información han sido decisivos en la Guerra del Golfo Pérsico y en el golpe militar de la Unión Soviética. Estamos, afirma Tofler, en la era de la información y del conocimiento. // "El poder del conocimiento permite llevar a los demás a que hagan lo que uno quiera, haciéndoles creer que ellos también lo quieren".

Estas palabras son una descripción perfecta de la manipulación que se puede ejercer por los medios de comunicación, especialmente por la televisión.

Se va conformando una manera de ver la realidad, una manera de ver el mundo que responde a los intereses de determinados grupos de poder, en cuyas manos están la información y los medios de difusión.

Sabemos, por ejemplo, que más del 70 % de las informaciones provienen de los "cuatro grandes", las cuatro grandes agencias de noticias: dos norteamericanas (A.P. y U.P.I.), una inglesa (Reuter) y una francesa (F.P.).

La peculiaridad de la televisión nos acostumbra a una visión fragmentada de la realidad, se pasa de escenas de guerra a un desfile de modas, de una carrera de Fórmula 1 en Europa a niños hambrientos en África... Todo tiene el mismo valor, la misma importancia.

Se acostumbra uno a ver sin participar. Peor aún, se crea la ilusión de participar sin que de hecho tengamos que cambiar algo en nuestra vida.

La abundancia e indiscriminada mezcla de las informaciones hace casi imposible el pasar del saber al hacer, de la información al actuar.

Lejos de ayudar a un conocimiento en madurez y responsabilidad, se va generando una especie de acostumbramiento e indiferencia: no se va al fondo de nada; no se estimula el espíritu crítico ni la solidaridad efectiva. Nos acostumbramos al crecimiento de la miseria en el mundo sin visualizar sus causas estructurales, y nos liberamos de la molestia que momentáneamente nos causa esa visión, confiando en una imaginaria y anónima evolución de la sociedad.

Junto con la manipulada información se nos transmiten por la propaganda, por las series y las películas, una imagen del hombre y del trabajo, de las relaciones entre los sexos y de la familia, determinada por las pautas valorativas de una sociedad consumista y competitiva, individualista y cerrada a la trascendencia.

Y no puede extrañar que en un mundo donde no hay lugar para Dios vaya aumentando atterradoramente la masa de los marginados y excluidos.

Estamos ante una nueva colonización, mucho más rápida y profunda, más difícil de enfrentar y vencer, porque es más solapada

"MAESTRO, ¿QUE PUEDA VER!"

y sofisticada que la realizada por las armas y el poderío militar.

"Jesús le preguntó: ¿Qué quieres que haga por tí?"

El respondió: Maestro, que yo pueda ver" (Mc. 10, 51)

Jesús hoy nos hace a nosotros esta pregunta: ¿Qué quieres / que haga por tí?

Bartimeo, el ciego del Evangelio era consciente de que no / veía, tenía conciencia de su carencia.

Hoy, quizás, hay muchos que, como los escribas y fariseos / de entonces, están convencidos de que ven (Jn. 9, 41), y es como dice el refrán: "No hay peor ciego que el que no quiere ver".

El ciego del Evangelio tuvo una experiencia de la cercanía / de Jesús, y esa experiencia despertó en él la esperanza de un // nuevo modo de vivir, el deseo de ver.

Muchos de nuestros contemporáneos están como ennegrecidos / por la visión que nos transmite la televisión: creen que ésa es / la realidad.

Están en la situación del personaje de esa novela "Desde el jardín", tan hermosamente llevada al cine en una de las últimas / interpretaciones de Peter Sellers. Ese hombre que nunca había sa- / lido de su casa y que veía constantemente televisión. Para él, / la realidad era la que le transmitía la pantalla de televisión.

Fue necesario el choque con la realidad para disipar el he- / chizo de la realidad ilusoria, como el sol disipa la niebla que / oculta la realidad.

La tarea de los cristianos no es hacer propaganda sino ha- / cer "misterio". No es hacernos presente en el mundo de las comu- / nicaciones como un producto más de consumo entre otros productos / de consumo. Introducir una imagen sagrada entre la propaganda de / una gaseosa y la transmisión de un partido de fútbol.

No hacer propaganda, sino hacer misterio, es decir, dar tes- / timonio del sentido profundo de la realidad por un nuevo modo de / vivir.

Pedro, el día de Pentecostés, anunció que Jesús había resu- / citado y había enviado el Espíritu Santo, señalando la presencia / de un grupo de hombres que vivían como hermanos: "A este Jesús, / Dios lo resucitó y todos nosotros somos testigos. Exaltado por / el poder de Dios, él recibió el Espíritu Santo prometido, y lo / ha comunicado como ustedes ven y oyen" (He. 2, 32-33).

Esa es la tarea que hemos recibido: hacer visible y audi-// ble, hacer experimentable en nuestro mundo a Dios.

El Espíritu de Dios se hace visible cuando hay un grupo de / gente que vive la fraternidad. No que dice que somos hermanos, / sino que vive como hermanos en medio de un mundo dominado por el / darwinismo histórico, donde sólo sobreviven los más fuertes.

Pero nosotros no vivimos en una burbuja; compartimos en me- / nor o mayor medida la ceguera de nuestro tiempo.

¡Reconozcamos que somos ciegos!

No nos engañemos, como los fariseos, que estaban convenci- / dos que ellos veían, mientras los otros eran ciegos. De ellos di- / ce Jesús: "¡Déjenlos! Son ciegos que guían a otros ciegos. Pero, / si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el pozo" (Mt. 15, / 14).

"¿Qué quieres que haga por tí?"

"MAESTRO, ¿QUE PUEDA VER!"

"Maestro, que yo pueda ver".

Que pueda ver con ojos nuevos tu Evangelio, que lo pueda leer sin los anteojos deformantes de tantas acomodaciones y componendas para percibir con alegría su frescura e incisividad originaria. Como el que descubrió imprevistamente el tesoro enterrado en el campo (Mt. 13, 44).

Que pueda ver que he llegado a ser un esclavo complaciente/ del tener, que pueda desenmascarar la atrayente trampa de una sociedad que crea constantemente nuevas necesidades, haciéndonos olvidar que, lo que tenemos de más, pertenece a los pobres (Mc. 10, 17-22).

Que pueda ver, en medio de la crisis de valores, el proyecto primigenio de Dios en la relación de la mujer y el hombre para ir gestando la mujer y el hombre nuevo, el mundo nuevo (Mc. 10, 1-12).

Que pueda ver, que pueda darme cuenta cuando el poder degenera en dominio, destruyendo y destruyéndonos (Mc. 10, 41-45).

Que pueda ver, que pueda caer en la cuenta de que la obsesión del éxito, que es el aire viciado que se respira en esta sociedad competitiva, es alienante y seca de raíz la solidaridad.

Que pueda ver, que pueda descubrir los esbozos discretos // del Reino de Dios, en actitudes como la de Monseñor Castagna, el Obispo de San Nicolás, silenciado por la mayoría de los medios / de difusión.

Monseñor Castagna, que rechazó la mediación que le ofrecía/ el Interventor de Somisa porque, afirmó, él no estaba en el medio sino de parte de quienes defienden su derecho a la vida que/ es su derecho al trabajo.

Monseñor Castagna recordó anteayer que "quien dice que ama/ a Dios y no ama a su hermano es un mentiroso y un incoherente. / Es preciso, afirmó, volver a la solidaridad, hasta el punto de / retardar procesos de ajuste o dejarlos de lado, si la seguridad/ del hombre corre peligro".

Que pueda ver la vida nueva que está pujando por venir a la luz: "Estoy haciendo algo nuevo; ya está brotando. ¿No lo notan? tan?".

+*****+

DOMINGO 31º DURANTE EL AÑO: Mc. 12, 28-34

CICLO B

AMOR A DIOS Y AL PRÓJIMO. NO HAY MANDAMIENTO MAS GRANDE QUE ESTOS.

Un diálogo entre Jesús y un escriba, es decir, un teólogo / dedicado a la interpretación de la Biblia.

Marcos no lo presenta de un modo polémico (contrariamente a los paralelos Mt. 22, 34-40; Lc. 10, 25-28); se trata de alguien bien intencionado. Le plantea un tema que se discutía entonces: ¿Qué mandamiento es el más importante?

Aunque la problemática que originó la pregunta nos sea extraña, la respuesta de Jesús es importante para nosotros.

Le preguntaron por un mandamiento y Jesús presenta en unidad el amor a Dios y el amor al prójimo: "El primero es... y el segundo es... No hay otro mandamiento más grande que éstos".

Por la aprobación del escriba, que repite la respuesta de Jesús, aparece que no hay diferencia entre la enseñanza de Jesús y la enseñanza de los escribas.

La diferencia entre Jesús y los líderes religiosos de su tiempo no está en la línea de las formulaciones doctrinales.

La diferencia entre Jesús y los dirigentes religiosos está en el modo concreto de implicar a Dios en la vida de todos los días. La diferencia no está en la teoría sino en la práctica. Claro que una práctica distinta, e incluso opuesta, implica una diferente comprensión de formulaciones doctrinales que pueden ser idénticas. La diferencia está en el modo de integrar, en las opciones concretas, el amor a Dios y al prójimo.

Tenemos una gran tendencia a separar e incluso oponer el amor a Dios y el amor al prójimo.

Se suele hablar de la tensión entre verticalismo (relación con Dios) y horizontalismo (relación con los hombres); se discute acerca de teocentrismo y antropocentrismo, sin comprender que lo esencial del cristianismo es la integración dialéctica entre Dios y el hombre.

El verticalismo teocéntrico ha inspirado cierto tipo de religiosidad introvertida, que ha cristalizado en los diversos modos de "fuga mundi", de huida del mundo a través de la historia.

El gran riesgo de este tipo de religiosidad, el gran peligro que acecha a los "religiosos" preocupados de "vivir para Dios", es la insensibilidad frente al prójimo. Como el sacerdote y el levita, que a pesar de ver al hombre medio muerto, "siguieron de largo" (Lc. 10, 30-32).

¡Cuántas veces, en nombre de Dios, con el pretexto de defender los derechos de Dios, las verdades reveladas por Dios, se ha silenciado, se ha torturado o dado muerte al hombre!

El Dios viviente tiene sus ojos y sus oídos abiertos a los gritos y lamentaciones de los israelitas, esclavos en Egipto, e interviene en la historia para liberarlos.

Jesús de Nazareth tenía compasión de la gente necesitada (Mc. 6, 34-42), vivió haciendo el bien y liberando de enfermedades y demonios (Mc. 10, 38) a los pobres.

Un dios aislado en su cielo, ciego y mudo ante las necesidades de los hombres, es un ídolo, producto de la imaginación humana.

Por otra parte, el horizontalismo antropocéntrico llega a exaltar de tal manera al hombre, que acaba negando su apertura y su referencia a Dios.

AMOR A DIOS Y AL PROJIMO. NO HAY MANDAMIENTO MAS GRANDE QUE ESTOS.

La Iglesia, que en la historia de occidente jugó un papel / de primer orden en la promoción de la cultura europea, no com-// prendió el sentido de los grandes cambios que fueron gestando el mundo moderno.

Desorientada ante el surgimiento del nuevo humanismo, fue e volucionando de la sospecha a la condena. Esa actitud de la Igle sia tuvo mucho que ver con la génesis del ateísmo contemporáneo.

En la lucha contra la indebida tutela eclesiástica se llegó a pensar que Dios obstaculizaba el progreso del hombre. Se concibió a Dios como rival o émulo del hombre. Había que elegir entre Dios y el hombre.

Por eso el ateísmo moderno aparece como el presupuesto de / un auténtico humanismo.

El Concilio Vaticano II representó una seria tentativa de / la Iglesia para superar el falso dilema: "O Dios o el hombre".

Paulo VI, en el discurso de clausura del Concilio, hacía u- na sugestiva descripción del hombre moderno y afirmaba: "La reli gión del Dios que se ha hecho hombre se ha encontrado con la re- ligión -porque tal es- del hombre que se hace Dios. ¿Qué ha suce dido? ¿Un choque? ¿Una lucha? ¿Una condenación? Podía haberse da do, pero no se produjo (...). Una simpatía inmensa lo ha penetra do todo. El descubrimiento de las necesidades humanas -y son tan to mayores cuanto más grande se hace el hijo de la tierra- ha ab sorbido la atención de nuestro sínodo.

"Ustedes, humanistas modernos, que renuncian a la trascen- / dencia, reconozcan nuestro nuevo humanismo: también nosotros, y/ más que nadie, somos promotores del hombre" (07.12.1965).

El cristiano no es un ser esquizofrénico tironeado por dos/ fuerzas contrapuestas: el cielo y la tierra, Dios y el hombre.

Como hermosamente lo expresa el título del último libro de/ Schillebeeckx: "Los hombres son la narración de Dios". En la re- lación humana Dios se me hace presente; la relación humana cons- tituye la mediación de la presencia de Dios, el signo de la pre- sencia de Dios en la historia.

No sólo no hay que elegir entre amar a Dios y amar al próji mo, sino que el amor al prójimo hace presente a Dios. Donde se / da el amor entre los hombres, allí está Dios: "Ubi caritas et a- mor, Deus ibi est", afirma un hermoso canto medieval.

Jesús hace suyo el mandamiento del Antiguo Testamento: "Ama rás al prójimo como a tí mismo" (Lev. 19, 18).

En una de las obras más famosas de Freud, "El malestar de / la cultura", hay una crítica implacable a este mandamiento del a mor al prójimo. La cita es algo larga, pero creo que vale la pe- na considerarla:

"Adoptemos, frente a este mandamiento, una actitud ingenua, como si lo oyésemos por primera vez; entonces, no podremos conte ner un sentimiento de asombro y extrañeza. ¿Por qué tendríamos / que hacerlo? ¿De qué podría servirnos?...

"Mi amor es, para mí, algo muy precioso, que no tengo dere- cho a derrochar insensatamente. Me impone obligaciones que debo/ estar dispuesto a cumplir con sacrificio. Si amo a alguien es // preciso que éste lo merezca por alguna razón... Si me fuera ex- traño y no me atrajese ninguno de sus valores, ni tuviera ningun- na importancia para mi vida afectiva, entonces me sería muy difí cil amarle..."

AMOR A DIOS Y AL PROJIMO. NO HAY MANDAMIENTO MAS GRANDE QUE ESTOS.

"Y examinando el precepto más detenidamente, me encuentro// con nuevas dificultades. Este ser extraño (el prójimo) no sólo / es, en general, indigno de amor, sino que -para confesarlo sinceramente- merece mucho más mi hostilidad y, aún, mi odio.

"No parece alimentar el mínimo amor por mi persona, no me / demuestra la menor consideración. Siempre que lo sea de alguna utilidad, no vacilará en perjudicarme, y ni siquiera se preguntará si la cuantía de su provecho corresponde a la magnitud del // perjuicio que me ocasiona. Más aún; ni siquiera es necesario que obtenga de ello un provecho; le bastará experimentar el menor // placer, para que no tenga escrúpulo alguno en denigrarme, en ofenderme, en difamarme, en exhibir su poderío sobre mi persona.

"Si se condujera de otro modo, si me demostrase consideración y respeto, a pesar de serle yo un extraño, estaría dispuesto por mi parte, a retribuirsele de análoga manera. Aún más, si ese mandamiento grandilocuente dijera: "Amarás al prójimo como / el prójimo de ame a tí", nada tendría yo que objetar..."

Pero el mandamiento no es así.

Por eso Jesús dice: "Si aman a los que los aman, ¿qué valor tiene eso? Y si hacen bien a los que se los hacen a ustedes, /// ¿qué mérito tienen? Y si prestan a aquellos de quienes esperan / recibir, ¿qué calidad humana tiene eso? También los malos pres- / tan con intención de cobrarse."

Y continúa Jesús, extendiendo el mandamiento a lo específicamente cristiano de este precepto:

"Amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar / nada a cambio. Entonces... serán hijos del Altísimo, porque El / es bueno con los desagradecidos y malos. Sean misericordiosos como el Padre de ustedes es misericordioso" (Lc. 6, 32-36).

¿Qué actitud tenemos con respecto a esto?

¿No es cierto que experimentamos sentimientos contrapues-// tos? Por una parte, quisiéramos estar de acuerdo con Jesús; pero nos sentimos expresados también con varias, si no con todas, las consideraciones de Freud: amaría si me amaran...

Si nos ponemos a pensar un poco, tenemos que confesar que / nos sentimos algo confundidos en este punto. Y esto en buena parte se debe, como nota Erich Fromm, a que recibimos, en nuestra sociedad, dos orientaciones contrapuestas: por una parte, desde niños se nos ha repetido "No seas egoísta"; pero, por otra parte, se nos ha inculcado: "Busca tu propia ventaja", "Trata de // ser el primero", "Lo importante es que tengas éxito".

"Es realmente curioso que dos principios aparentemente tan/ contradictorios puedan ser enseñados en una misma cultura; sin embargo, del hecho no existe duda alguna. Un resultado de esta / contradicción es la confusión... que obstaculiza la integración/ de la personalidad".

¿Sabemos qué significa ser egoísta? A nadie le gusta que le digan egoísta. Pero, ¿quién es un egoísta?

Generalmente se dice que egoísta es el que se ama a sí mismo. De tal manera que se nos plantea la alternativa: o uno se ama a sí mismo y entonces es egoísta, comete pecado; o uno ama al prójimo, y entonces es caritativo, es virtuoso.

Pero, ¿es realmente así? ¿Hay que elegir: amarse a uno mismo o amar a los otros? ¿Es cierto que cuanto más amor doy a los/ otros, menos me amo a mí mismo?

AMOR A DIOS Y AL PROJIMO. NO HAY MANDAMIENTO MAS GRANDE QUE ESTOS.

Hay que afirmar claramente que el amor a los demás y el amor a uno mismo no son recíprocamente excluyentes. Por el contrario, dependen uno del otro.

"Si es una virtud amar a mi prójimo como ser humano, entonces debe ser una virtud -y no un vicio- amarme a mí mismo como ser humano..." La enseñanza de la Biblia y de Jesús: "Ama a tu prójimo como a tí mismo" implica que el respeto por la propia integridad, el amor y la comprensión de uno mismo, no pueden ser separadas del respeto, el amor y la comprensión de los demás.

Quien no se ama a sí mismo no puede amar a otro. Y viceversa: quien no ama a los otros, no se ama a sí mismo. El egoísmo y el amor a sí mismo no sólo no son idénticos sino totalmente opuestos.

"La persona egoísta no se ama a sí misma demasiado sino muy poco; en realidad, se odia... Es cierto que las personas egoístas son incapaces de amar a otros; pero son también incapaces de amarse a sí mismas" (Erich Fromm).

La persona egoísta está únicamente interesada en sí misma. A veces, eso se oculta porque se ama a la propia familia. Pero cuando se ama a la propia familia y no se preocupa uno por los otros, por los de fuera, es un signo claro de impotencia básica para amar.

La persona egoísta juzga a toda persona o cosa desde el punto de vista de la utilidad para ella; no siente placer en dar sino sólo en recibir. Está vehementemente interesada en arrebatar a la vida aquellas satisfacciones cuya obtención, paradójicamente, ella misma obstaculiza. "Parece preocuparse demasiado por sí misma, pero se trata sólo de un vano intento por compensar su falta de amor para consigo misma".

El egoísta cree estar actuando en favor de sí mismo; pero, en realidad, su interés supremo es el tener y alcanzar el éxito. Y así, lejos de irse realizando, se va alienando, se va perdiendo.

Hemos sido hechos a imagen de Dios. Pero Dios no es un solitario sino que es plenitud de vida en comunión: Padre, Hijo, Espíritu Santo. Por eso dice el Concilio Vaticano II que "el hombre... no puede encontrarse verdaderamente a sí mismo sino dándose, (amando), sinceramente a los demás" (G.S. 23).

Preocupados por muchas cosas, no nos hacemos tiempo para reflexionar, para pensar cómo estamos viviendo. Absorbidos en la preocupación por los medios para vivir mejor, perdemos el sentido de la vida.

Muchas veces nos sentimos mal. Pero prestamos atención sólo a los síntomas superficiales. Tratamos de superar nuestro malestar con analgésicos. No nos aventuramos a ir al fondo, a bucear en nuestro interior: ello pondría al descubierto que es la orientación de la vida lo que falla.

Hechos para amar, para amarnos y amar a los demás, vivimos centrados en lo que erróneamente consideramos como nuestro interés. Obsesionados por los medios, perdemos de vista el fin de nuestra vida.

Leía hace unos meses la conclusión de una encuesta realizada a jóvenes argentinos entre 16 y 23 años, que suman casi seis millones. Se notaba "un marcado desinterés político; la nueva religión de los jóvenes pone al tope de los mandamientos el indivi

03.11.91

- 5 -

129

AMOR A DIOS Y AL PROJIMO. NO HAY MANDAMIENTO MAS GRANDE QUE
ESTOS.

dualismo 'al mango' " (Noticias, 07.07.91).

¿Será una actitud sólo de los jóvenes?

¿Qué presente estamos viviendo y qué futuro estamos prepa-
rando?

¿Estamos, como el escriba del Evangelio, "cerca del Reino /
de Dios" o nos estamos alejando de él?

+ + + + +

JESUS ALERTA: ¡CUIDENSE DE LOS ESCRIBAS!

La primera parte del pasaje de hoy nos transmite el tono habitual de la relación de Jesús con los escribas: era una relación conflictiva. Los choques de Jesús con los dirigentes religiosos culminaron con su condena y su muerte en la cruz.

Escuchamos una seria advertencia de Jesús acerca de estos / teólogos, de estos ministros religiosos: "¡Cuidense de los escribas", tengan cuidado con los doctores de la ley!

No podía caerles bien a los dirigentes religiosos el que Jesús alertara a la gente contra ellos.

Si Jesús hubiera aconsejado el respeto y la sumisión, los / dirigentes lo hubieran mirado con otros ojos.

Pero Jesús no sólo no hace eso, sino que estimula a la gente para que asuma una actitud crítica frente a ellos.

En varias ocasiones los acusa de hipócritas, a los escribas y a los fariseos, que eran esos grupos que hoy llamaríamos "gente de iglesia".

Los escribas, incluso por su modo de vestir, querían aparecer como religiosos. El texto de hoy habla de "largas vestiduras", aludiendo a cierta máscara de santidad.

"Cuidense de los escribas" dice Jesús, porque no hay relación entre su enseñanza y su vida.

Ellos enseñan que hay que amar al prójimo, que hay que preocuparse de los pobres. Están centrados en sí mismos. Avidos de poder, les interesa ocupar el primer lugar en la escala social. Son celosos del rango que les compete como dirigentes religiosos, como ministros de la palabra de Dios.

Dice Jesús: "(Les gusta) ser saludados en las plazas y ocupar los primeros lugares en las sinagogas y los banquetes" (vs. 38-39).

Estos tres lugares: plazas, sinagoga y banquetes, eran los ámbitos en que se desarrollaba la vida social de Israel. Allí "les gusta" a los escribas ocupar un lugar destacado.

Preocupados por sí mismos, están lejos de la gente común, de los pobres. No sólo eso: hay algo más grave aún: se aprovechan de los pobres. Con la excusa de la religión, despojan a los pobres de lo poco que tienen. Jesús dice: "Fingen hacer largas oraciones y devoran los bienes de las viudas" (vs. 40).

Ocultos tras una máscara de santidad, profanan la imagen viviente de Dios que es el pobre.

Manipulan hábilmente el nombre de Dios y su Palabra utilizándola para provecho propio, de acuerdo a su interés social y económico. Es el riesgo que corren los encargados de anunciar la Palabra de Dios: en lugar de servir al pueblo, ponen la Palabra de Dios a su servicio. Jesús acusa a los escribas de esquilar a las viudas.

Hay que tener presente que las viudas en Israel, sociedad patriarcal, eran personas desprovistas de todo apoyo social y económico.

La expresión "las viudas y los huérfanos" correspondía a nuestra expresión "los marginados". Viuda había llegado a ser una categoría-símbolo para designar al pobre.

"Devorar los bienes de las viudas" era una manera de decir: despojan a los pobres de lo poco que tienen, aprovechándose de su religiosidad.

JESUS ALERTA: ¡CUIDENSE DE LOS ESCRIBAS!

Aquí está el pecado mayor de estos dirigentes religiosos. / Presentándose como representantes de Dios, el libertador de los / pobres, son en realidad lacayos de un dios alienante, mensajeros de la muerte, porque roban a los pobres sus medios de vida.

¡Qué valentía tiene Jesús al desenmascarar frente a la gente a los poderosos doctores de la ley!

La gente común se sentía interpretada por sus denuncias.

Es curioso que los que seleccionaron las lecturas de este / domingo hayan salteado una frase que forma parte de este apartado. Antecede inmediatamente al texto del Evangelio que leímos. / La frase dice: "El pueblo escuchaba a Jesús con gusto". En diversas ocasiones dan cuenta los Evangelios de esta reacción de la gente frente a la predicación de Jesús.

Jesús expresaba lo que la gente sentía y no sabía o no se animaba a expresar.

Por eso la gente consideraba a Jesús un profeta.

Jesús constituye algo único en Israel; su personalidad desborda los modelos humanos dentro de los que se lo pretende encuadrar. Pero su modo de actuar y de hablar llevó a la gente a considerarlo un profeta. En los Evangelios aparece, en varias oportunidades, que sus paisanos lo califican de profeta. Y cuando // pregunta a los Apóstoles acerca de lo que piensa la gente de él, éstos le dicen: la gente piensa que eres un profeta (Mc. 8, 27--28).

Jesús no quería que lo llamasen Mesías, un título que en su tiempo tenía un acentuado matiz político; pero nunca se opuso al título de profeta.

La palabra "profeta", en tiempos de Jesús, no significaba / lo mismo que en nuestro lenguaje corriente. Para nosotros, profeta se dice de alguien capaz de predecir un hecho futuro aleatorio: el resultado de un partido de fútbol, un número de la quiniela o el tiempo que vamos a tener dentro de un mes. Para nosotros, profeta es quien predice el futuro.

Para la Biblia, en cambio, profeta es quien manifiesta lo que piensa Dios sobre el presente. Profeta es quien interpreta el presente a la luz de Dios.

El profeta también alude al futuro: porque detecta, tras la opacidad del presente, los signos de la acción liberadora de // Dios que va gestando ese mundo nuevo que Jesús llama Reino de // Dios. Una realidad presente cuya plenitud esperamos: "Venga a nosotros tu Reino".

Profeta es un término de origen griego que significa, literalmente, "el que habla en nombre de alguien". En la Biblia, // "profeta" es el que habla en nombre de Dios, el que hace presente el juicio de Dios sobre la realidad histórica.

Los profetas no provienen de una determinada clase social. / Dios suscita profetas entre personas pertenecientes a las más diversas categorías: ha habido profetas que eran campesinos, sacerdotes, intelectuales, etc., y no solamente dentro del pueblo de Israel sino también gente extraña a él.

Los profetas son hombres de su tiempo y en sintonía con // dial, particularmente con los pobres que luchan y esperan. Por eso, las palabras del profeta que manifiestan lo que Dios piensa // sobre lo que está pasando, no producen la impresión de venir de las nubes sino que parecen surgir del seno de la historia. Las // palabras del profeta tienen el timbre familiar de lo cotidiano.

Las palabras del profeta encuentran eco en el corazón de // los pobres.

JESUS ALERTA: ¡CUIDENSE DE LOS ESCRIBAS!

Otra característica distintiva del profeta auténtico es su libertad. Es, quizás, el rasgo más saliente de su personalidad.

Libertad frente a "lo que se dice", "lo que se piensa". Libertad frente a las pautas y los criterios prevalentes en la sociedad; libertad frente a las instituciones y frente a los poderosos. Por eso el profeta "desentona", pone en crisis "lo dado", "lo establecido".

La palabra del profeta es una palabra libre, no atada por compromisos. Es lo más opuesto al lenguaje diplomático que "dice y no dice". Por eso es una palabra que muchas veces hiere, porque denuncia a quienes obran mal. Señala las injusticias que comete la gente del pueblo, pero también las de los dirigentes políticos y religiosos. Por eso la palabra profética tiene frecuentemente un matiz antijerárquico y anticlerical, lo cual tiene consecuencias muy concretas para el profeta.

Los poderosos reaccionan y pretenden hacerlo callar. Lo acusan de subvertir el orden, de generar la confusión, de desorientar a la gente. Incluso, como dice Jesús, los dirigentes llegan a pensar que dando muerte al profeta dan gloria a Dios (Jn. 16, 2), como sucedió con Jesús.

Por eso muchas veces lo dirigentes buscan falsos profetas que den respaldo, en nombre de Dios, a su obrar injusto. "Compran" el silencio de los profetas o las palabras de "profetas complacientes".

Los profetas no son héroes; son hombres comunes. Frente a la dificultad de su misión a veces sienten miedo (Isaías 6; Jeremías, 1), sienten la tentación de callar. Aunque pueden entender que Dios les pide ocultarse, como hizo Jesús en cierto momento de su vida (Jn. 7, 1.10). Pero la fidelidad a su misión le exige al profeta no entrar en componendas con los poderosos que actúan injustamente.

Jesús habla y actúa como un profeta; y en su enseñanza aparece, no pocas veces, ese matiz antidoctrinal y anticlerical.

Tenemos un ejemplo claro en esa parábola tan central del Evangelio de Lucas: la parábola del buen samaritano, que deja tan mal parados a los miembros del clero: el sacerdote y el levita.

Otro ejemplo lo constituye el capítulo 23 del Evangelio de San Mateo, donde el evangelista ha reunido una serie de denuncias de Jesús, precedidas por la fórmula insultante que se repite como una letanía: "Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas..."

Y en el Evangelio de hoy escuchamos: "¡Cuidense de los escribas!"

Esta advertencia de Jesús, ¿ha perdido actualidad? No. Tiene validez también en situaciones análogas que se dan en la Iglesia de Jesús. En la historia de la Iglesia ha habido muchos profetas que han hecho oír esta voz de alerta.

En realidad, la Iglesia toda tiene como tarea continuar la misión profética de Jesús. Dice el Concilio Vaticano II: "Crisis, el gran profeta... cumple su misión profética no sólo a través de la jerarquía... sino también por medio de los laicos..." (L.G. 35).

Pero entonces, ¿todos somos profetas?

Realmente a esa misión hemos sido llamados: a manifestar lo que Dios piensa acerca de lo que está pasando. Es decir, a hacer escuchar en este tiempo lo que Dios quiere de nosotros, a descubrir y señalar los signos de los tiempos nuevos, que quieren co-

JESUS ALERTA: ¡CUIDENSE DE LOS ESCRIBAS!

menzar; a denunciar las fuerzas y las personas que ejercen violencia para que no surja la vida, que se oponen al Dios de la vida que quiere que todos los hombres vivan.

Pero, en nuestros días como muchas veces en la historia, // dentro mismo de la Iglesia se pretende silenciar la voz profética. Los casos son muchos, y en Europa y Estados Unidos son publicados. Entre nosotros hay una conjura del silencio.

Quizás algunos han oído el nombre del teólogo brasileño /// Boff, pero no saben por qué se lo cuestiona. Algo han oído de la Teología de la Liberación, pero no tienen quizás idea de qué se trata. Algunos piensan: "Son cuestiones de curas...". Y sin embargo no es un asunto entre curas sino una acción decidida para impedir la profecía que cuestiona a una Iglesia clerical que ha vuelto a cerrar las ventanas y las puertas que el Concilio había abierto al mundo.

Entonces, por más que a algunos disguste, hay que alertar: // ¡Cuidense de los que cierran sus oídos al clamor de los pobres! No hablan en nombre de Dios. Se preocupan de sus intereses y no de la vida de los pobres.

Como en el caso de los escribas, no es falsa la doctrina // que enseñan, pero es censurable su actitud concreta con respecto a los pobres, a las "viudas", como decía Jesús.

Y esa posición hace cuestionable su religiosidad. La transforma en una religiosidad hipócrita y alienante, porque al hablar en nombre del Dios verdadero, lo presentan como si estuviera de acuerdo con su traición a los pobres.

No cerremos los ojos a la realidad.

Evangelios como el de hoy pueden no gustar a los dirigentes de la Iglesia: Papa, obispos, sacerdotes.

Por eso algunos lo silenciarán como si se tratara de un asunto del pasado, de un cuestionamiento de Jesús a los escribas de su tiempo. No se les ocurre preguntarse si no estamos hoy nosotros en esa situación: "Serán juzgados con más severidad" (vs. 40).

El mensaje liberador de Jesús sigue resonando hoy en su Iglesia.

Un cristiano de los primeros siglos decía: "La Iglesia de Cristo es la casa de la libertad".

No tengamos miedo a la libertad.

Arriesguémonos a vivir el Evangelio de la libertad; no buscando nuestro propio interés, sino haciendo nuestra la causa de los pobres que es la causa de Dios.

+■+■+■+

EL ÚLTIMO DÍA ILUMINA LOS PENÚLTIMOS

Es un texto difícil.

El pasaje de hoy es sólo una parte de una composición más / amplia que abarca todo el capítulo 13 de Marcos.

Se utiliza un lenguaje que nos es extraño: el lenguaje apocalíptico.

"Apocalipsis" y sus derivados ha llegado a significar en el lenguaje corriente "desastre", "destrucción total", "algo terrorífico, espantoso".

Pero "apocalipsis" es un término griego que significa "revelación", manifestación de algo que está oculto. (Apocalipsis es el nombre del último libro del Nuevo Testamento).

El género apocalíptico, que encontramos en el Antiguo Testamento y sólo en esta parte del Evangelio de Marcos y en los pasajes paralelos del Evangelio de Mateo y de Lucas, se ocupa del fin de la historia humana. "Lo oculto" sobre lo que se habla es lo que sucederá al final de la existencia de los hombres; a veces se dice: lo que sucederá al fin del mundo, al fin de "este mundo".

Pretender expresar con palabras lo que aún no ha sucedido, / pretender hablar no de lo que acontece en la historia, sino de / la conclusión de la historia, exige apelar a imágenes y símbolos.

El género apocalíptico no utiliza el lenguaje unívoco de // las ciencias, sino el lenguaje metafórico. Tratándose del fin, / abundan las imágenes que sugieren la disolución, la destrucción, el desquiciamiento del orden del mundo. Se apela a metáforas cósmicas, como en el pasaje de hoy: "El sol se oscurecerá, la luna dejará de brillar, las estrellas caerán del cielo (¿donde estaban fijas!) y el universo entero se conmovirá" (vs. 24-25).

En otros pasajes se utilizan imágenes humanas: se habla de / guerras, revoluciones, pestes...

Pero cuando la Biblia habla del fin, su última palabra no / es la muerte, la aniquilación. La última palabra no es destrucción, sino transformación; no es sólo muerte, sino resurrección; no afirma sólo el fin de este mundo viejo, sino el advenimiento / de un cielo nuevo y una tierra nueva.

Ese cielo nuevo y esa tierra nueva, es decir, ese mundo nuevo se designa en el Nuevo Testamento con la expresión "Reino de Dios", y lo novedoso del mensaje de Jesús es que el Reino de Dios, ese mundo nuevo no es sólo una promesa para después de que concluya la historia humana. El primer día del Reino no tendrá / lugar sólo después del último día de este mundo.

Jesús anunció que el Reino ya ha amanecido en medio de nuestra historia (Mc. 1, 14-15). No se trata de dos estadios sucesivos y completamente heterogéneos. El futuro ha irrumpido en el presente. El Reino de Dios no se realiza en un lugar distinto de este mundo y de esta historia.

Aunque no sea claro lo que significan imágenes como "resurrección" y "tierra nueva", ciertamente afirman que no será inútil, que no se perderá lo que es históricamente bueno: lo que es justo, lo que es verdadero, la solidaridad y el amor auténtico / entre los hombres. Tales realizaciones son ya esbozos, primicias, comienzo germinal del mundo nuevo y definitivo.

Estas realidades no acabarán el último día, sino que perdurarán de un modo para nosotros inimaginable, transformadas, //// transfiguradas.

EL ULTIMO DIA ILUMINA LOS PENULTIMOS

Hoy el Evangelio nos habla del fin de la historia; pero el mensaje acerca del fin, con su imaginería de destrucción, no es un mensaje cristiano si se silencia el mensaje central de Jesús acerca de la presencia del Reino en este mundo y en esta historia.

Por eso no son cristianos, a pesar de que citen palabras // del Nuevo Testamento o de la Biblia, ciertos anuncios de desastres inminentes, de castigos divinos o de asaltos diabólicos a // que apelan muchas sectas para conseguir adherentes, o algunas // personas que afirman haber recibido esos mensajes trágicos por // medio de Cristo o de la Virgen María, para que la gente se "convierta".

Es un método eficaz, para conseguir ciertos fines, el provocar miedo, azuzando el sentimiento de culpa.

Jesús nunca actuó así. Nunca se aprovechó del obscuro sentimiento de culpa para hacer aceptar su mensaje.

Por el contrario, su tarea consistió en liberar a los hombres del miedo a esas fuerzas esclavizantes que llamaban "demonios". No buscó generar miedo ante terribles castigos de Dios. // Suscitó en torno a su persona un clima de libertad, de responsabilidad, una atmósfera de sano realismo, sana y sanante.

En cambio, las sectas apocalípticas y ciertos católicos se valen del miedo para provocar actitudes aparentemente religiosas.

Las sectas apocalípticas, que se presentan a sí mismas como un islote de salvados en medio de un mundo destinado a la perdición, hacen el juego a las fuerzas reaccionarias que se benefician del ordenamiento injusto de la sociedad. Merecen el calificativo de "opio del pueblo" porque anestesian la sensibilidad social y // descalifican el compromiso político.

Como anuncian una salvación que tiene lugar después de la muerte, como ubican el Reino de Dios fuera de la historia actual, como consideran este mundo como malo y destinado a la destrucción, enseñan que no vale la pena luchar para mejorarlo. Proponen, sí, una moral individual y familiar para salvar el alma; pero quedan fuera de la vida cristiana el ámbito de lo político, las estructuras y sistemas económicos: esas son cosas "terrenales", "mundanas", que no tienen nada que ver con el otro mundo, con la otra vida, con la vida eterna que es lo único importante, la vida verdadera.

Por eso estas sectas no son mal vistas, incluso son apoyadas por muchos que, considerándose cristianos, son tributarios de esa ideología. Son partidarios de esa "división del trabajo" que propugnaba el liberalismo clásico: "Que los cristianos se ocupen de la religión, nosotros nos ocupamos de la política y de la economía; que ellos se preocupen del cielo y que nos dejen a nosotros ocuparnos de las cosas de la tierra".

Hay muchos católicos que están preocupados por el avance de las sectas en Argentina y en América Latina. Los hay que organizan cruzadas, campañas contra las sectas; y utilizan sus mismos métodos: propagandizan la Iglesia católica por televisión y otros medios de difusión, buscan en la Biblia textos para oponer a los textos que las sectas emplean contra la Iglesia católica, etc.

Si analizamos los motivos que los impulsan a luchar contra las sectas, descubrimos que las ven como "la competencia", las consideran como un agresivo "mercado" que va captando adeptos // que la Iglesia católica contaba como propios: "Nos están quitando la gente", dicen.

EL ULTIMO DIA ILUMINA LOS PENULTIMOS

Pero la mentalidad de estos católicos que se oponen a las / sectas, no se diferencia en nada a la mentalidad de aquellos a / quienes combaten. Tienen, ellos también, una concepción secta-// ria: afirman sin distinciones que "fuera de la Iglesia no hay salva- ción".

Además, comparten con las sectas la concepción de la salva- ción.

Consideran la salvación como un asunto individual, algo que tiene que ver con el alma, no con el cuerpo de la gente. Algo // que tiene que ver con el otro mundo, no con éste; un asunto que/ se decide después de la muerte. Consideran que esta vida es un / período de prueba para la otra vida.

Distinguen muy bien su vida religiosa de su vida política y de su ubicación en el sistema económico. "Una cosa es la reli-// gión y otra cosa es la política; una cosa es la fe y otra cosa / es la economía".

Por eso, cuando alguien anuncia el Evangelio de Jesús sobre los ricos, su condena del ídolo dinero, que hoy corresponde al ídolo-mercado, etc., estos católicos acusan al predicador de "me- terse en política".

Según ellos, Jesús no se metió en política. Vino a hablar-/ nos de Dios y a enseñarnos el camino para salvar el alma.

Estos católicos no se preocupan por estudiar el Evangelio; no tienen tiempo para perder consultando intérpretes actuales de la Biblia. Están convencidos de que conocen suficientemente la / religión católica porque han ido a colegios de curas o de monjas o a una universidad católica...

Pero lo que tienen es una versión ideológica del catolicis- mo perfectamente integrable con el "statu quo". Según esta ver-// sión, "Jesús vino a enseñar una religión 'espiritual'". Vino a / espiritualizar la religión del Antiguo Testamento. Los judíos es- peraban un Reino de Dios en la tierra, pero Jesús habló del Rei- no de los cielos. Y dijo ante Pilato: "Mi Reino no es de este // mundo".

Por eso, explican estos católicos sectarios, "cuando Jesús/ habla de ricos y pobres en relación con el Reino de Dios, se re- fiere a los ricos y pobres espirituales: para ir al cielo no es/ un obstáculo ser rico si uno es 'pobre de espíritu', es decir, / si uno no está apegado a su riqueza...".

Esta versión ideológica del cristianismo vacía el Evangelio de su núcleo, el Reino de Dios, la causa por la que vivió y mu-// rió Jesús.

Transforman al conflictivo profeta de Nazareth en el lírico propagandista de un humanismo abstracto que tendría como premio/ el cielo después de la muerte.

Pero si Jesús enseñó eso, ¿por qué lo mataron? ¿Eran tan ma- los los judíos?

A alguien que no se "mete" en las cosas de este mundo, a al- guien que no toca intereses "terrenales", a quien no cuestiona / el poder y los intereses económicos... no lo matan.

Mientras hable del cielo, no molesta a los poderosos. Más / bien les tranquiliza la conciencia para que sigan aprovechándose de esta situación injusta y creyéndose buenos cristianos.

Si la acción y la enseñanza de Jesús hubieran correspondido a esta versión ideológica bastante difundida, habría que abando- nar la lectura de los Evangelios porque dan una imagen totalmen- te distinta de Jesús.

EL ULTIMO DIA ILUMINA LOS PENULTIMOS

Jesús anunció: "El plazo ha expirado, el Reino de Dios se / ha hecho presente" (Mc. 1, 14-15), está en medio de esta histo- / ria en que operan fuerzas y mecanismos que generan injusticia, / miseria y muerte.

Su mensaje es un "apocalipsis", una revelación de la drama- / ticidad de la existencia humana.

En la cotidianidad de nuestra vida se juega nuestro destino / definitivo. En la opacidad de la historia se esconde su sentido.

Dice K. Löwith que "los procesos históricos no presentan // testimonio alguno de un significado comprensivo y último. La his- / toria, como tal, no tiene resultado".

La realidad no se acomoda a la fe de la Ilustración en un / progreso indefinido. No se puede proyectar sobre la historia hu- / mana el paradigma de la evolución biológica.

La opacidad de la historia mantiene en la ambigüedad la de- / sembocadura del proceso. ¿Tiene sentido, conduce a algún fin es- / ta maraña aparentemente inconexa de sucesos y movimientos plura- / les, contradictorios?

Escuchábamos en el Evangelio: "Entonces, el Hijo del hombre / vendrá con poder y gloria". Es lo que confesamos en el Credo: Je- / sucristo resucitado, que está junto a Dios, vendrá "a juzgar a // los vivos y a los muertos".

El término "juzgar", en el lenguaje bíblico, significa "ejercer / un acto de soberanía". El "juicio" es una manifestación de la po- / testad real: Jesús viene como Señor. Por eso, la frase del Credo / no evoca un presunto proceso judicial.

La presencia de Cristo al final de la historia hace justi- / cia al devenir histórico absolviéndolo de la sospecha del sinsen- / tido. No ha acontecido el "fin de la historia": ni ése que anun- / ció F. Fukuyama, ni los que anunciaron las revoluciones triunfan- / tes en muchas ocasiones.

La manifestación final de Jesucristo será el apocalipsis, / la manifestación de lo que estaba oculto en la gris cotidiani- // dad. Será como descorrer el velo que ocultaba el sentido de la / historia.

Pero en la Biblia existe también otra acepción del término / "juicio": es el juicio como crisis, el juicio como discrimina- // ción del destino personal de los hombres, en base a su comporta- / miento ético-religioso.

El juicio, en ese sentido, depende exclusivamente del uso / de la libertad personal de cada uno y no de una supuesta senten- / cia judicial emitida al fin de la historia. El juicio-crisis es / inmanente a la historia, es un autojuicio y no algo sobreañadido / desde el exterior.

El juicio como crisis tiene lugar en el ahora de nuestra // responsabilidad, se está llevando a cabo en nuestras decisiones / de todos los días. Cuando empleamos nuestras fuerzas e intelligen- / cia en perfeccionar las armas o los sistemas económicos injustos / que condenan a millones de hombres a la miseria y a la muerte... / cualquiera sea el justificativo que se le de. O, por el contra- / rio, cuando procuramos que el bien de la vida: el pan, la salud, / el trabajo, la cultura... se distribuya más equitativamente, /// cualquiera sea el nombre que se le de a esta tarea: promoción hu- / mana, democracia auténtica y participativa, amor cristiano, libe- / ración, solidaridad...

Jesús insiste en el Evangelio en la necesidad de estar a- // tentos, de abrir los ojos, de caer en la cuenta de la trascenden- / cia de nuestras decisiones.

EL ULTIMO DIA ILUMINA LOS PENULTIMOS

"He venido para un juicio, dice Jesús; para que vean los // que no ven y queden ciegos los que ven" (Jn. 9, 39)

El Evangelio de hoy nos habla del futuro pero ilumina nuestro presente: El último día ilumina los penúltimos.

¿Qué estamos haciendo?

¿Estamos ganando el tiempo o perdiendo el tiempo?

¿Cuál es la orientación fundamental de nuestra vida?

¿Nos "aproximamos", nos hacemos "prójimos", como el buen samaritano, del hermano necesitado o seguimos nuestro camino, como el sacerdote y el levita?

No ha acabado la historia y todavía vivimos. A la luz de // Cristo, hagamos fructificar el tiempo que se nos regala.

+ + + + +

CRISTO REY EN UNA NUEVA EPOCA HISTORICA

La fiesta de Cristo Rey cierra el año litúrgico. Es una /// fiesta reciente, instituida por Pío XI en el año 1925.

El texto evangélico de hoy es la parte central de la amplia composición teológica propia del cuarto Evangelio sobre el proceso romano que culmina en la condena de Jesús (Jn. 18, 28 - 19, 7 19).

Para apreciar el dramatismo del relato de Juan, basta compararlo con la escueta sencillez que caracteriza la narración de Marcos. Jesús es conducido ante Pilato para que éste lo interrogue si es rey de los judíos. La gente rechaza el ofrecimiento // que hace Pilato y pide que se deje libre a Barrabás. Ante la insistencia de la multitud, Pilato les entrega a Jesús para que se crucifique (Mc. 15, 1-15).

La composición de Juan es más compleja y dramática.

Hay un doble escenario, el exterior del pretorio, el de "afuera", donde están reunidos los judíos, y el interior, el de "adentro", donde está el prisionero Jesús. Pilato entra y sale varias veces, dialogando con Jesús y con los acusadores. "Los dos escenarios no están totalmente separados. Hacia el final del relato, tanto las personas como los lugares, se funden. Es una escenografía perfectamente orquestada y en crescendo dramático" // (Schnackenburg).

"¿Eres tú el rey de los judíos?"

La práctica judicial romana (a diferencia de la judía que // interrogaba a los testigos) preveía un interrogatorio inicial al acusado. Este podía, eventualmente, defenderse de los cargos que se le imputaban.

La pregunta de Pilato refleja la acusación judía.

Jesús era acusado de encabezar una rebelión política contra Roma, haciéndose pasar por el "rey Mesías" (Lc. 32, 1-3), es decir, el libertador nacional. Jesús nunca se designó como Mesías/ o como rey de Israel.

Por otra parte, Jesús no puede ser confundido con los "zelotes". Estos eran un grupo clandestino (hoy diríamos un grupo /// "guerrillero") que luchaba contra la ocupación romana y tenía como objetivo restaurar la monarquía, el Reino de Israel.

Ciertamente, la personalidad "carismática" de Jesús y su // predicación sobre el Reino de Dios, había despertado la simpatía de estos hombres.

Por otra parte uno de los doce, Simón, es designado en el Evangelio con el sobrenombre "el zelote" (Lc. 6, 15). Quizás no // sólo él, sino también algún otro de los doce provendría de este movimiento (¿Judas? ¿Pedro? ¿Los hijos de Zebedeo? Son sólo hipótesis de algunos exégetas como por ejemplo Cullmann).

Había, sin embargo, un desacuerdo fundamental entre Jesús y este movimiento político de su tiempo. Los "zelotes" pretendían restaurar una monarquía teocrática. Mientras que el Reino de // Dios, del que habla Jesús, se hace presente y actúa en la historia "de una manera dialéctica: ni teocrática ni evasiva. Por eso el Reino de Dios no puede ser confundido con ninguno de los conceptos 'mileneristas' de la historia del cristianismo ni tampoco, // por el contrario, con una espiritualidad individualista y angelista.

"Jesús fue un profeta que ni instrumentalizó su prestigio // kerigmático para asumir una tarea directa de gobierno (Jn. 6, //

CRISTO REY EN UNA NUEVA EPOCA HISTORICA

15), ni hurtó el cuerpo al riesgo inevitable de la denuncia, clara y decidida, de la estructura de pecado, propia de la realidad social en cuyo seno vivía, llegando incluso a increpar duramente a los gobernantes, tanto religiosos como civiles, de su país." / (González Ruiz).

Jesús, respondiendo a Pilato, precisó el sentido de su realeza de un modo negativo primero: "Mi reino no es de este mundo", y de un modo positivo después: "He venido al mundo para dar testimonio de la verdad".

La afirmación de Jesús "Mi reino no es de este mundo" ha sido malentendida, como si Jesús quisiera afirmar que su reino era del "otro mundo", que no tenía que ver con las realidades de este mundo.

Si ése fuera el sentido de esta frase, estaría en contra de todo el Evangelio. Pero ya San Agustín, que lógicamente leía el Evangelio en su versión latina, llama la atención acerca del verdadero sentido de la frase: "Jesús no dijo: Mi reino no está aquí (hic) sino que dijo: Mi reino no es de aquí (hinc)".

El sentido de la afirmación de Jesús es perfectamente claro si se lee su afirmación completa. Generalmente, eso no se hace; se cita sólo la primera parte y se silencia la segunda.

Una aclaración: el texto original de los Evangelios es el griego. Y el término griego "basileía" que se usa aquí, corresponde a tres términos castellanos: realeza, reinado y reino; es decir: puede denotar la dignidad real, su ejercicio o el territorio y súbditos que competen al rey. Hay que determinar su sentido por el contexto.

La afirmación completa de Jesús es: "Mi realeza no es de este mundo. Si mi realeza fuera de este mundo, mis partidarios hubieran combatido para que yo no fuera entregado a los judíos. Pero mi realeza no es de aquí".

Es claro que el sentido que da Pilato y los dirigentes religiosos que acusan a Jesús es muy distinto al sentido que le da Jesús.

Al descartar Jesús la realeza que se apoya en la fuerza, es claro que no pretende ocupar el trono como podría sugerir el título "rey de los judíos". No es rey como los reyes que conoce Pilato. Su realeza es de otro tipo, completamente distinta.

Jesús caracteriza a los reyes de este mundo, "del orden este", por apoyarse en la fuerza de las armas. No se presenta como rival del Emperador, disputándole el poder; por el contrario, es su prisionero. Sólo cuando es un prisionero a merced de los poderosos, sólo en ese contexto acepta Jesús el título de "rey".

Jesús no va a imponer su reinado; los que lo acepten como rey será porque han hecho una opción libre. Esos son los partidarios de la verdad (vs. 37). Son las personas liberadas por la verdad (Jn. 8, 32).

La realeza de Jesús es, por tanto, una realeza de otro tipo, pero esto no significa meramente invisible e interior.

El Reino de Dios, anunciado e inaugurado por Jesús, no es una teocracia presidida por el Papa; pero tampoco es una realidad circunscripta al alma o al corazón de los individuos. Abarca al hombre todo, en su realidad interior y exterior, en su ser individual y social.

Los signos con que Jesús manifestó y anticipó germinalmente el reino son signos de una nueva sociedad en que los hombres, finalmente, podrán reconciliarse, reencontrarse, comunicarse, co-

CRISTO REY EN UNA NUEVA EPOCA HISTORICA

mer juntos en fraternidad y alegría.

El Reino de Dios tiene una dimensión comunitaria, una dimensión social, una dimensión política.

¿Cómo fue vivido este reinado de Cristo por los cristianos?

¿Qué significó en concreto en la historia del cristianismo/ la confesión de Cristo Rey?

Es imposible recorrer en pocos minutos los veinte siglos de vida cristiana. Basten sólo algunas alusiones.

En los primeros tiempos, cuando los cristianos eran pequeños grupos en el mundo judío y luego en el inmenso imperio romano, trataban de organizar su vida de acuerdo a los criterios del Reino. Plasmaban la dimensión social de su fe compartiendo sus bienes: el pan compartido en la eucaristía era signo y estímulo de la vida realmente fraterna.

Su situación de comunidades pobres, muchas veces perseguidas en los tres primeros siglos, reducía la dimensión social de la fe prácticamente al ámbito intraeclesial.

A partir del siglo IV, la situación cambia radicalmente. El Emperador romano, el enemigo y perseguidor de los cristianos, se convierte y el cristianismo pasa de culto no autorizado a religión oficial del Imperio.

De pequeños grupos marginales, pasan a ser mayoría; y es muy grande la influencia de los dirigentes de la Iglesia: Papa y obispos.

Comienza a gestarse ese fenómeno tan complejo que se denominó la cristiandad y que caracteriza ese período de la historia que llamamos medioevo. Medioevo es un término más cómodo que precisamente porque abarca unos 1000 años. Por eso se han propuesto nuevas periodizaciones de la historia.

Los cristianos se encuentran abocados al desafío de plasmar una sociedad cristiana. Y acuden a la Biblia, más concretamente al Antiguo Testamento, y se inspiran en el ejemplo de la teocracia del pueblo de Israel.

El cristianismo, que había aparecido como desacralizador del mundo y de la sociedad, los cristianos -hay que recordar que fueron perseguidos en los primeros siglos como "ateos"-, vuelven a sacralizar nuevamente todas las manifestaciones de la vida humana, hacen la teocracia cristiana, el mundo cristiano, el Reino de Dios en la tierra. En el contexto de la cristiandad, el reconocimiento de Cristo Rey se identifica con la influencia y el poder de la jerarquía, especialmente del Papa.

La cristiandad produjo, sí, innegables aportes a la realización humana en el estilo de vida, en las ciencias y las artes; pero son también innegables y graves las sombras del medioevo. No sólo se hicieron catedrales, sino también las cámaras de tortura de la Inquisición. Hubo una floración de vida evangélica, pero se encerró en ghettos a los judíos y se persiguió y asesinó a los que llamaban herejes y brujas.

No es casual que el mundo moderno, que fue emergiendo en las postrimerías del prolongado experimento de la cristiandad, llegara a considerar al cristianismo como un obstáculo para la realización humana.

¡Ánimate a saber! fue el lema de la Ilustración. El Dios de los dogmas aparecía como enemigo de la ciencia, de la libertad, del progreso.

Cristo Rey evocaba la presencia sofocante de la Iglesia.

CRISTO REY EN UNA NUEVA EPOCA HISTORICA

El Concilio Vaticano II (1962-1965), ha reconocido que estamos ante una nueva época histórica, caracterizada por los enormes avances de la humanidad. Dios no es un rival del hombre y // las realizaciones humanizantes no necesitan bendiciones o rótulos para ser según Dios.

Amplios sectores de la Iglesia, sin embargo, se resisten a aceptar que estamos en una nueva época histórica.

Tienen nostalgia de la cristiandad.

Cuando hablan de Cristo Rey, del carácter público del mensaje cristiano, de la dimensión social del cristianismo, están pensando en un nuevo medioevo; ciertamente, con "satélites y computadoras", pero medioevo al fin.

Esa mentalidad aflora en ciertos discursos sobre "cultura / cristiana", sobre el "substrato católico de nuestra cultura", en ciertos discursos acerca del quinto centenario del descubrimiento de América.

Traen a la mente la apodíctica afirmación del tradicionalista Monseñor Lefebvre: "Nuestro pasado es nuestro futuro".

La dimensión pública, política y social del mensaje cristiano no pasa por el aumento de los privilegios concedidos a la institución Iglesia o por la cuota de poder de que disponga la jerarquía eclesial.

En nuestra historia de veinte siglos, muchas veces y por // largo tiempo, los cristianos hemos actuado en contra de la opción que hizo Jesús; hemos pretendido hacer reinar a Jesucristo por medio del poder y de la fuerza. "Si mi realeza fuera de este mundo, mis partidarios hubieran combatido... Pero mi realeza es de otro tipo..."

Hemos bendecido "sacros imperios", "santas alianzas"; hemos justificado la unión del "trono" y del "altar", hemos impuesto / el Evangelio por medio de la espada, hemos enaltecido la unión / de "la espada y la cruz".

Y, en todos estos casos, hemos frenado la fuerza liberadora del Evangelio de Jesucristo, transformándola en una ideología sacralizadora de la razón de estado. Hemos sometido en lugar de liberar.

Hay un punto central del Evangelio que constituye el criterio inequívoco del reconocimiento de Cristo Rey: "El rey dirá a / aquél día: Lo que hicieron con estos hermanos míos más pequeños, / lo hicieron conmigo".

La actitud con los pobres, con los marginados, es nuestra / actitud con Cristo Rey.

Hoy no hay sólo pobres individuales, no está solamente el / que golpea a mi puerta y pide ropa y pan. Hoy, los pobres son // grupos, sectores, clases...

Hoy somos conscientes que su aparición no es fruto de la casualidad, de la fatalidad o de la pereza.

Hoy somos conscientes que hay sistemas y estructuras económico-sociales que generan esos millones de marginados. El test / de reconocimiento de Cristo Rey en una sociedad es el lugar que / se le da en la planificación económica, en la planificación social, en el planeamiento de la salud y en la planificación educativa, a los sectores marginados.

Este es el modo de reconocer a Cristo Rey. Esto es hacer // presente a Cristo en el mundo de hoy. Este es un aspecto fundamental de la "cultura cristiana", aunque carezca de rótulo.